seis noches en el paraíso



ASHLEY CADE

Seis Noches en El Paraiso

ASHLEY CADE

Copyright © 2020 Ashley Cade. Todos los derechos reservados
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, así como su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, físico, mediante fotocopia, grabación u otros métodos, sin la autorización previa y expresa del autor, salvo en los casos previstos por la Ley de Propiedad Intelectual de Estados Unidos. La reproducción o distribución no autorizada de una obra protegida por derechos de autor es ilegal. La infracción de los derechos de autor, incluida la infracción sin ánimo de lucro, es investigada por el FBI y castigada con multas y penas de prisión federales.
Este libro es una obra de ficción y no representa a ninguna persona, viva o muerta. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia.
Diseñador de portada: Kate Farlow - Y'all. That Graphic
Traducción: Daisy Services for Authors

Tabla de contenido

Tabla de contenido
Lista de reproducción
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

Lista de reproducción

Two Tickets to Paradise — Eddie Money
Rock The Boat — Aaliyah
Drunk On a Plane — Dierks Bentley
Temperature — Sean Paul
No Letting Go — Wayne Wonder
Hips Don’t Lie — Shakira ft. Wyclef Jean
Turn Me On — Kevin Lyttle
Somewhere On a Beach — Dierks Bentley
Sangria — Blake Shelton

Prólogo

Taylor - Era el momento. Por fin iba a pasar

Me apoyé en la puerta del conductor de su vieja Tahoe. Era de color verde oscuro, con los asientos de cuero agrietados y en el interior, un hedor permanente a comida rápida y pizza, pero no me importaba. Era *su* carro. Me había subido en él al menos cien veces, pero nunca los dos solos. Esa noche iba a ser diferente. Esa noche lo haría mío.

Por fin me había armado de valor para acercarme a él y decirle lo que sentía. Se graduaría en menos de cuatro meses, así que era mi última oportunidad.

Esperé a que saliera del gimnasio. Había metido el tiro ganador en el último partido antes de que empezaran los playoffs y seguramente se estaba duchando ahora después de una larga y ruidosa celebración con sus compañeros. Podía ser paciente. Llevaba tres años esperando, había esperado desde que me di cuenta de que estaba locamente enamorada de él. Tenía un plan y nada me iba a impedir ejecutarlo esta noche, ni siquiera si tenía que esperar horas a que saliera de los vestuarios.

Cuando por fin se abrió la puerta lateral, me enderecé y me rodeé el cuerpo con los brazos, como una huerfanita abandonada a la intemperie. Mi expresión se transformó en una de inocencia, ocultando mis pecaminosas intenciones.

Se despidió de alguien que aún estaba dentro y se dirigió hacia el vehículo que le esperaba, con una sonrisa relajada en los labios mientras observaba sus pies. Cuando levantó la mirada y me vio, se le borró la sonrisa y su expresión se tornó seria.

—Taylor, ¿qué haces aquí fuera? Hace mucho frío. —Aceleró el paso, sus largas piernas se comieron rápidamente la distancia que nos separaba. Sus manos subieron para enmarcar mis brazos, frotándolos arriba y abajo para calentarlos. Sentí el calor de su contacto, incluso a través de las capas de relleno de mi abrigo de invierno.

—Perdí mi aventón —le dije, dejando que mis ojos se desviaran hacia el suelo, fingiendo estar avergonzada—. Vi tu carro todavía aquí y esperaba que pudieras llevarme a casa.

—Sí, por supuesto. Súbete —me indicó, abriendo las puertas. Me senté en el asiento del copiloto mientras él encendía el motor.

—¿Por qué no has llamado a nadie? —preguntó, con un deje de regaño en el tono. Odiaba que me trataran así, como si fuera una niña. Él sólo era tres años mayor que yo. Pero lo dejé pasar. No creía que hubiera nada que no pudiera perdonarle, y parecía realmente preocupado—. Hace demasiado frío para esperar por mí aquí afuera.

—El teléfono está muerto. —Me encogí de hombros, la mentira salió fácilmente de mis labios.

—Oh. —Subió la calefacción y salió del estacionamiento en dirección a mi casa, con las farolas proyectando su suave resplandor sobre la capota negra.

—¿Puedes…? —empecé con un suspiro—. ¿Dar una vuelta? Que no vayamos a casa todavía.

Me miró y su ceño se frunció de preocupación.

—¿Por qué no? ¿Ocurre algo?

—No estoy lista para ir a casa. —No era una mentira, pero tampoco era del todo la verdad.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó confuso, mirando el reloj del salpicadero. Se estaba haciendo tarde y mi toque de queda se acercaba rápidamente. Tenía menos de una hora para ejecutar mi plan. Se me acababa el tiempo y tenía que actuar.

Me mordí el labio inferior, repentinamente nerviosa. ¿Y si me rechazaba? ¿Y si me había imaginado todas las miradas que me había lanzado, los roces aparentemente accidentales cuando pasaba a mi lado en la cocina o en la sala de prensa?

Respiré hondo, preparándome. Era ahora o nunca.

—¿Qué tal Hunter's Point?

Frenó tan bruscamente que mi cuerpo se inclinó hacia delante y el cinturón de seguridad me rozó el cuello cuando el todoterreno se detuvo. Sus ojos se clavaron en los míos y respiré hondo. Hunter's Point era *el* lugar donde se enrollaban los chicos de nuestro instituto. Pedirle que me llevara allí dejaba bien claras mis intenciones.

Tras unos intensos segundos, se sacudió y miró hacia otro lado, soltando el pie del acelerador. Condujo en silencio durante un momento antes de entrar en un estacionamiento abandonado. Al estacionarse, agarró el volante con las dos manos y miró por la ventanilla, con los hombros y la mandíbula tensos. Finalmente, me devolvió la mirada y se movió en el asiento, inclinando el cuerpo hacia el mío. Me desabroché el cinturón y me incliné sobre la consola central.

—Taylor, no podemos hacer eso. —Parecía dolido cuando lo dijo, como si no lo dijera en serio y le doliera mentirme.

—¿Por qué no? —pregunté, con voz baja y seductora. Al menos así sonó a mis oídos.

—Eres la hermana menor de Aiden. Me mataría si me atreviera a tocarte. —Sus ojos se posaron en mis labios y los lamí. La acción fue involuntaria e inconsciente, pero exactamente el movimiento correcto. Sus ojos se calentaron y aspiró. Antes de que pudiera detenerme, mi boca estaba sobre la suya. Le besé y apreté las manos contra su pecho. Sus latidos se dispararon bajo los duros planos de sus músculos pectorales.

Y me devolvió el beso.

Abrí la boca y su lengua se deslizó a tentar la mía. Sabía a Gatorade y a chicle de canela, y qué sabor tan delicioso. Nos perdimos en el momento y me deleité con su tacto, con la suave presión de sus labios contra los míos.

Por fin.

De repente, me puso las manos sobre los hombros y me apartó. Nuestras bocas se separaron y me miró fijamente, con la respiración entrecortada, como si se hubiera quedado sin aire. Se apartó de mí y se pasó los dedos por el pelo, frustrado.

—Maldita sea —maldijo, golpeando el volante con las manos—. No vuelvas a hacerlo —exigió sin mirarme.

—¿Qué? —grité. ¿Cómo podía decir eso? Estábamos teniendo un momento. Finalmente nos besamos y yo estaba lista para hacerlo mío. Para convertirme en suya.

—Te quiero mucho, pero no así —declaró y luego hizo una mueca de dolor.

¿Qué demonios…?

—Pero —empecé, luchando contra las lágrimas—. Tú me besaste —dije, tocándome suavemente los labios con los dedos, intentando captar la sensación de su beso y grabarla en la memoria.

—No —ladró—. *Tú me* besaste.

¿Por qué estaba tan enfadado? Parecía que yo le gustaba hace un minuto. Ahora estaba actuando como si fuera un error.

Se arrepintió de haberme besado. Y allí estaba yo, preparándome para ofrecerle mi virginidad al chico que me gustaba desde séptimo grado.

Se me puso la cara roja de mortificación. *No me quiere. Nunca me ha querido. ¿Cómo pude ser tan estúpida?*

—Llévame a casa —le pedí con un resoplido. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas y me aparté de él, mirando fijamente por la ventana.

Me agarró la mano, susurrando mi nombre, pero la aparté en cuanto sentí su piel contra la mía.

—Llévame a casa —repetí.

Suspiró y se puso en marcha. El corto trayecto hasta donde vivía me pareció una eternidad, con la silenciosa incomodidad de una sofocante tensión anidada entre nosotros. Recuperé la compostura y me sequé los ojos, esperando que nadie se diera cuenta de que había estado llorando. Cuando por fin detuvo el coche enfrente de mi casa, me bajé antes de que él pudiera decir algo y salí corriendo hacia la puerta. Tanteé con las llaves, las manos temblorosas y el sonido de la sangre en los oídos. Una mano en el antebrazo me sobresaltó y las dejé caer. El manojo de metal aterrizó con un ruido sordo sobre nuestro tapete de bienvenida. Se agachó para recogerlas y deslizó la llave rosa con la inscripción *Hogar* en la cerradura, abriendo la puerta para mi salvación. Antes de que pudiera alejarme, su mano volvió a posarse en mi brazo, con un agarre suave y compungido. Le miré a los ojos con dolor y el corazón se me partió un poco.

—Por favor, no se lo cuentes a tu hermano —me suplicó, con una pizca de miedo tensando sus facciones. Fruncí el ceño, no esperaba que aquello fuera lo último que me dijera esta noche.

—No te preocupes —le aseguré—. No se lo contaré a *nadie*.

Agachó la cabeza y se pasó una mano por la cara, con los ojos llenos de arrepentimiento. Antes de que pudiera decir nada más, entré y cerré la puerta para dejarle fuera.

Nunca hablamos del incidente, fingiendo que nunca ocurrió. Pero cada vez venía menos, seguramente para evitar encontrarse conmigo. Cuando yo estaba allí, él encontraba una razón para no estarlo. Cuando se marchó a la universidad, respiré aliviada, contenta de no tener que enfrentarme a él ni a lo que yo consideraba el mayor error de mi vida sentimental.

Resultó que yo era capaz de cosas mucho peores.

Capítulo Uno

Dalton

—No puedo creer que haya cancelado la boda a tan sólo cinco días. —Aiden echa humo desde la esquina de la isla, con las manos apoyadas en el mármol y la mandíbula apretada mientras niega con la cabeza.

Mis ojos permanecen fijos en el mostrador, con distintos tonos de gris, plata y blanco que se arremolinan sobre la superficie moteada. Dejo que el tranquilo patrón me adormezca en una falsa sensación de paz. Yo también debería haber echado humo.

—Al menos no me ha dejado plantado en el altar, literalmente —murmuro antes de dar un trago a la cerveza—. Supongo que es un resquicio de esperanza —digo encogiéndome de hombros, aún en shock por la bomba que mi prometida—bueno, ahora *ex* prometida, me lanzó hace dos noches.

Gianna y yo llevábamos prometidos casi dos años. Se suponía que nuestra boda iba a celebrarse sin contratiempos este fin de semana. Ella y su madre habían planeado hasta el último detalle. El catering está reservado y pagado desde hace meses. El lugar que elegimos para la fiesta era el destino de bodas más solicitado de la ciudad. Habíamos asegurado la fecha y pagado el depósito en cuanto le puse el anillo en el dedo. La lista de espera era kilométrica y, si no hubiéramos reservado nuestra plaza en ese mismo momento, nos habríamos perdido la mejor fecha de la temporada alta de bodas. Gracias a Dios, sus padres pagaron todo lo demás, excepto la luna de miel, porque eso supuso un duro golpe para mis ahorros, pero yo estaba más que dispuesto a hacer lo que fuera para hacerla feliz.

Lástima que no fuera suficiente.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo con esto? —pregunta Aiden con incredulidad—. ¡Ella canceló la jodida boda! —casi grita—. ¡Después de haberlo pagado todo! ¡Nunca vas a recuperar ese dinero!

Me llevo la mano a la cara y aprieto las cejas antes de frotarme la mandíbula cubierta por un incipiente rastrojo. No me he afeitado desde aquella noche, la noche en que mi mundo se derrumbó sobre mí.

~~~

Hace dos noches

—No puedo hacerlo, Dalton —anunció Gianna desde el otro lado de la mesa. Estábamos en Exeter cenando antes de que todo se volviera tan ajetreado que no tendríamos tiempo de compartir una buena comida juntos hasta la cena de ensayo.

—¿No puedes hacer qué, cariño? —pregunté antes de llevarme a la boca el bocado de filete
~~~

que acababa de cortar y masticar.

—No puedo casarme contigo.

Mi mandíbula se congeló en mitad del bocado y mi mirada se posó en la suya. Retorcía la servilleta entre las manos con furia y fruncía los labios con pesar.

Me obligué a tragar el bocado mal masticado y dejé el tenedor en el plato.

—Lo siento —balbuceé, sacudiendo la cabeza. Seguramente no la había oído bien—. ¿Qué ha sido eso?

—Voy a cancelar la boda. No quiero casarme.

Un sabor cálido y metálico me llenó la boca mientras observaba su expresión angustiada. Cuando empecé a sentir escozor en la mejilla, me di cuenta de que la había mordido con tanta fuerza que le había sacado sangre.

—¿No crees que habría sido importante decírmelo hace meses? —pregunté, y mi sorpresa se convirtió rápidamente en furia—. Ya sabes, antes de gastarme *miles* de dólares en darte la boda y la luna de miel de tus sueños.

Tiré la servilleta, se me había quitado el apetito.

—Lo siento —gimoteó—. No quería hacerte daño.

—¿No crees que *esto* me está haciendo daño? —Mi rabia se convirtió en pánico cuando el dolor de lo que había dicho por fin empezó a filtrarse en mi pecho—. Gianna, nos vamos a casar en menos de una semana. Si te estás acobardando, podemos hablarlo. Lo superaremos.

—Íbamos —respondió.

—¿Qué?

—Nos *íbamos a* casar —me corrigió—. No quería hacerte esto, pero he conocido a otra persona.

La rabia volvió, caliente e insistente, a punto de desbordarse. Flexioné la mandíbula y me tapé la boca con la mano. Quería gritarle, hacerle entrar en razón, pero no podía. Me tenía en desventaja. Estábamos en público y lo último que quería era montar una escena. Lo había planeado muy bien.

—¿Quién es? —pregunté entre dientes apretados, dispuesto a cometer un asesinato.

—Eso no es importante.

—¡Claro que sí! —Mi voz se elevó, llamando la atención de los comensales de otras mesas.

—Baja la voz —siseó la advertencia.

—¿Cómo esperas que mantenga la calma cuando me acabas de decir que andas con otro y que vas a cancelar nuestra boda, que, por cierto, es dentro de sólo cinco días, por *su culpa*?

—Él no es lo que piensas —dijo, con la boca apretada por la irritación—. Tenemos una conexión real.

¿Eso estaba pasando de verdad? ¿Realmente mi prometida estaba tirando por la borda los últimos tres años y medio de nuestras vidas juntos para estar con alguien *con quien tenía una conexión real*? ¿Qué mierda?

—Mira Dalton, las cosas han ido cuesta abajo entre nosotros desde hace mucho tiempo —empezó y yo fruncí el ceño. *¿De qué demonios estaba hablando?* Nuestra relación era genial—. Antonio me hace sentir especial. Me hace sentir como tú me hacías sentir. Creo que tengo que darle una oportunidad a lo que está floreciendo entre nosotros.

Ya había oído bastante. No podía escuchar ni una palabra más de esas tonterías. Aparté la silla, me levanté, saqué varios billetes de la cartera y los arrojé sobre la mesa. No sabía quién era aquella mujer, pero no era *mi* Gianna, eso estaba claro.

—Estás cometiendo un grave error —le dije con calma, sin amenazar ni advertir, sólo informando. Ella se arrepentiría. Ella siempre había sido impulsiva, pero nunca con algo tan importante o que cambiara su vida. Quizá si se tomaba un día para pensarlo y descansaba bien por la noche, por la mañana tendría las cosas más claras.

Pero no estaban más claras. Menos de veinticuatro horas después de romper nuestro compromiso, se mudó con Antonio a su apartamento y todo lo que quedaba de sus recuerdos conmigo fue empaquetado en una caja de cartón y enviado a mi oficina.

Lo que se suponía que iba a ser la semana más feliz de mi vida se convirtió en una auténtica pesadilla.

~~~

—¿Qué se supone que tengo que hacer? He perdido la cabeza —confieso, con la vergüenza llenándome el pecho—. Ahora mismo hay un agujero del tamaño de mi puño en la pared de junto al espejo de mi baño.

Los ojos de Aiden se abren de par en par y se fijan en mi cara. ¿Por qué acabo de admitir eso?

—Totalmente comprensible, amigo. A veces hay que dejar salir a los demonios —dice comprensivo—. Ella ha se estado tirando a otro tipo. Me sorprende que no hayas arrancado el lavabo.

Frunzo el ceño mientras la rabia que había sentido aquella noche vuelve a invadirme. Cierro los puños y aprieto tanto la mandíbula que pienso que los dientes se me harán polvo. Pensé que lo había superado. Creía que había superado su traición a gritos, puñetazos y palabrotas, pero oír a otra persona decir lo que ella hizo en voz alta hace que el dolor y la ira devastadora vuelvan a aflorar. Vuelvo a tirarme la cerveza y me la bebo de un trago antes de volver a golpear la botella contra la encimera. Estoy que echo humo, y ni siquiera una cerveza helada puede enfriar las llamas. Aiden se fija en mi mandíbula apretada, mi postura rígida y mi semblante melancólico.

—Lo siento, amigo —se disculpa—. Eso fue desconsiderado.

—Es la verdad —le digo—. Y necesitaba oírla.

Necesito aceptar lo que ella había hecho. Me puso los cuernos mientras yo planeaba nuestro para siempre, anticipando el momento en que la vería caminar por el pasillo con un largo vestido blanco, ella se acostaba con un tipo que ni siquiera podía llevar calcetines a juego. Es verdad, fui a su apartamento a ver… Fui a su apartamento para ver por qué había desperdiciado nuestra oportunidad de ser feliz y lo vi con el cabello demasiado largo, calcetines desparejados y una camiseta salpicada de pintura. Era un artista, decía ella. Parecía un *hipster* tratando de encontrar una *sugar-mama* para financiar su granja de cannabis.

—¿Qué vas a hacer con tus boletos de avión y la reserva en el resort?

Su pregunta me devuelve al presente. En realidad, ése es el motivo por el que estoy aquí.

—Bueno, no son reembolsables, así que, a menos que quiera cortar por lo sano, tengo que encontrar a alguien que ocupe su lugar y venga conmigo. —Lo miro fijamente, esperando que entendiera la indirecta.

—Oh, no —empieza, enderezándose y levantando las manos—. No me mires. No puedo irme de vacaciones ahora, de ninguna manera.

—Oh, vamos, hombre. Eres mi mejor amigo. Los dos estamos solteros. Estaremos en otro país. Habrá hermosas mujeres corriendo en bikini y mucho ron para mantenernos contentos.

—Amigo, no. Me van a ascender y la semana que viene tenemos que reunirnos no con uno,
~~~

sino con dos clientes importantes. Si me tomo unas vacaciones de última hora ahora, puedo despedirme de ese ascenso.

Mierda.

—¿Y Travis? —pregunto esperanzado, bajando por la línea de nuestros amigos más cercanos.

—Está estudiando para sus preparatorios, tiene pensado tener la licencia de abogado pronto. Es imposible que se vaya ahora.

—¿Shawn? —Pregunto, la esperanza empieza a agotarse en mí.

—Bethany lo matará. Sólo le queda un mes para que llegue el bebé y ya tiene contracciones. Ni siquiera se le permite salir del condado ahora mismo, mucho menos del país.

Saco mi comodín. Él es mi último recurso.

—Bueno, ¿Adam tiene algo que hacer?

—Está en rehabilitación —Aiden dice en tono serio—. Otra vez. No puede salir del centro hasta dentro de un par de semanas. Esta vez es por orden judicial —añade con tristeza. Hago una mueca de dolor, odiándome por no saber que había vuelto a recaer. ¿Qué clase de amigo soy?

Una mierda.

Parece que no puedo hacer nada bien estos días. Perdí a mi prometida por otro hombre y ni siquiera me he molestado en seguir el ritmo de los cuatro chicos que habían sido como hermanos para mí.

Capítulo Dos

Taylor - Hace dos semanas

¿Por qué he contestado al teléfono? Cuando vi que era la universidad la que llamaba, debería haber dejado que saltara el buzón de voz. No estaba preparada para afrontar esto. No estaba preparada para afrontar las consecuencias de mis actos. Había sido ingenua y ahora estaba pagando por ello.

Mis manos se retorcían, golpeaba el suelo de madera con un pie a un ritmo acelerado mientras esperaba en la robusta silla de madera frente al despacho del decano. Era el momento. Me iban a expulsar de la universidad. ¿Qué iba a decirles a mis padres? Tendría que pensar en algo convincente, algo tan alejado de la verdad que nunca adivinaran a qué me dedicaba realmente.

Mientras me preparaba esta mañana, hice todo lo posible por parecer inocente, aunque estaba lejos de serlo. Tenía que convencerles de que pertenecía a ese lugar, de que no había hecho nada malo, aunque nada más lejos de la realidad. Lo que hice estuvo *muy* mal… y lo sabía. Esta mañana me vestí con ropa conservadora, asegurándome de que la falda no me quedara demasiado ajustada ni corta y de que no se me viera el escote. Me maquillé lo menos posible, dejando entrever las pecas que tenía en las mejillas y la nariz cuando normalmente las ocultaba, y opté por llevar lentes en lugar de ponerme lentes de contacto. Parecía recatada, no amenazadora, inculpable. Necesitaba que me creyeran incapaz de lo que me habían acusado.

Se me subió el corazón a la garganta cuando oí abrirse la puerta y vi salir al decano.

—No me pases llamadas —indicó a su secretaria, y entonces su mirada se deslizó hacia mí—. Srta. Wesley —me saludó. Su tono era indiferente, profesional. No estaba encantado de tenerme en su despacho, pero no mostró su desdén. Estaba segura de que no era la primera vez que tenía esta conversación con una alumna y probablemente no sería la última.

Me levanté de la silla y agarré el bolso, con el nacimiento del pelo y las axilas húmedas de sudor nervioso. De repente me arrepentí del jersey que me había puesto, con la esperanza de que me diera el aspecto de una universitaria aplicada y respetuosa con las normas. Hacía demasiado calor para el tejido y las mangas largas. Al menos la falda me llegaba hasta la rodilla y no me cubría las piernas por completo. Por suerte, tampoco llevaba medias.

El señor Crawford me hizo un gesto para que le siguiera y así lo hice, alisándome la ropa con una mano sudorosa.

—Siéntese —me indicó, señalando la silla frente a su escritorio. Otro hombre al que reconocí, pero no pude ubicar estaba sentado junto a su escritorio. Por la ubicación de mi silla, supuse que la suya había estado junto a la mía, pero él la apartó. Querían mostrar un frente unido, trazar una línea entre nosotros. Ellos a un lado y yo al otro.

—Señorita Wesley —repitió el Señor Crawford tras acomodarse detrás de su enorme escritorio de diseño ornamental —se han hecho graves acusaciones contra usted. Acusaciones de

esta naturaleza requieren una investigación exhaustiva, y su cooperación sería muy apreciada.

Tragué saliva, dispuesta a mantener la boca cerrada hasta que terminara de hablar. Quería mentir entre dientes y gritar mi confesión al mismo tiempo. Si hubiera podido mentir, negarlo todo, todo habría sido más fácil. Pero hacía años que había aprendido que mintiendo sólo conseguía que me hicieran daño, así que juré no volver a hacerlo.

Se me aceleró el corazón cuando leyó la lista de cosas que le habían contado sobre mí. Me agarré a los brazos de la silla y me mordí el suave cuero con las uñas. Cuando terminó, se quitó los lentes de leer y las dejó sobre los papeles que tenía delante.

—Ahora —empezó, juntando las manos—. ¿Qué tiene que decir sobre estas acusaciones?

Mi mente me gritaba: *¡Niégalo! ¡Niega! ¡Niega!* Yo quería hacerlo. Quería hacer que todo esto desapareciera, volver atrás en el tiempo y tomar una decisión diferente. Pero nada podía borrar lo que había hecho. Ninguna súplica o ruego lo haría desaparecer. Así que me rendí y dije la verdad. Se lo conté todo.

Capítulo Tres

Dalton

—No tengo ni idea de lo que voy a hacer. —Me paso las manos por el cabello ya desordenado y bajo la cabeza—. No hay nadie más a quien pueda llevar. Supongo que tendré que ir solo.

—¿De verdad crees que es una buena idea? —pregunta Aiden, con una ceja levantada con escepticismo. —Preveo que beberás mucho mientras estés allí, y vas a estar rodeado de agua. Odiaría verte todo deprimido cayendo al mar y acabar ahogándote.

—¿Cómo se te ocurre esta mierda?

Él se encoge de hombros y da otro trago a su cerveza.

—Intento pensar en el futuro, hermano.

Niego con la cabeza, contemplando sus preocupaciones. Supongo que sus argumentos son válidos. Planeo beber hasta caer en el olvido durante la semana siguiente. El lugar y la compañía son irrelevantes. Y si tengo suerte, eliminaré a Gianna de mi memoria.

—Hablando de beber hasta caer rendido… —Le quito el tapón a otra cerveza y levanto la vista para ver a Taylor, la hermana de Aiden, entrando en la cocina. Tanto Aiden como Taylor siguen viviendo en casa de sus padres. Taylor sigue en la universidad y Aiden está ahorrando para comprarse una casa. Realmente no hay ninguna razón para que alguno de los dos se mude. La casa es enorme, así que nadie se siente apretado o como si alguien estuviera constantemente en tus asuntos. Sus padres les dejan entrar y salir a su antojo siempre que limpien lo que ensucien y no monten fiestas ruidosas. Mi madre nunca ha sido tan relajada como los señores Wesley.

Taylor se queda de piedra al verme y una pequeña punzada de dolor me atraviesa el pecho. Yo no le importo mucho, hace muchos años que no le importo. Y todo por mi culpa.

—Hola, Taylor —saludo, mis ojos siguiendo sus movimientos.

—Hola —me dice en voz baja. Parece un poco decaída, incluso más hosca que de costumbre. Pero sigue siendo tan guapa, con sus lentes de montura negra posados en su pequeña nariz respingona y el cabello recogido en un moño desordenado sobre la cabeza, con algunos mechones que serpentean a lo largo de su cuello. Carraspeo y desvío la mirada, avergonzado ver así a la hermana menor de mi mejor amigo. Me cortaría las pelotas si supiera todas las cosas sórdidas que he fantaseado hacer con ella.

Desde el verano después de que cumpliera catorce años y se pusiera un bikini por primera vez, yo estaba perdido. Nunca le había prestado mucha atención antes de eso, siempre la había visto como la enfadosa hermana menor, al igual que Aiden. Pero aquel día, cuando salió al patio trasero con su bikini rosa, la vi por primera vez como una mujer. Se había desarrollado durante el invierno, sus sudaderas largas y holgadas y sus leggings ocultaban lo que el bañador dejaba a la vista. Aiden me pilló mirando y me dio un puñetazo en el brazo.

—Si le pones un dedo encima, te corto la polla —me advirtió, y me estremecí frotándome el lugar donde me había dado.

—¿Qué? Fingí inocencia, fingiendo que no la había estado mirando.

—Amigo, no soy estúpido. Te estás empalmando al ver a mi hermanita —me acusó, mirando hacia mi entrepierna. Efectivamente, tenía razón. Me cubrí con las manos y le di la espalda para que no viera que ya volaba a media asta—. Pervertido —se mofó Aiden en voz lo suficientemente baja como para que sólo yo pudiera oírlo.

Después de aquello, hice todo lo posible por ignorar la atracción que sentía por ella, temeroso de lo que su hermano pudiera hacerme. Pero nunca desapareció. Con los años se hizo más fuerte, y varias veces tuve que recordarme a mí mismo que estaba pillado. Gianna era preciosa, una belleza absoluta. Pero yo seguía buscando a Taylor en reuniones sociales y fiestas de cumpleaños, aunque no tenía intención de abandonar mi relación con Gianna. Lástima que ella no hubiera tenido la misma cortesía conmigo.

Me sacudo el recuerdo mientras Aiden nos trae a los dos otra cerveza del refrigerador y mira furtivamente a Taylor mientras abre la puerta de la despensa. Se levanta la camiseta cuando se pone de puntillas para alcanzar el tarro de Nutella del estante superior. Mis ojos se deslizan por su torso y por la piel expuesta de la parte baja de su espalda antes de posarse en su culo. Trago saliva y aparto la mirada justo a tiempo. Aiden se gira hacia mí y camina hasta donde yo permanezco de pie junto a la isla. Inclina la cabeza hacia un lado y mira a Taylor mientras ella agarra una cuchara y retuerce la tapa del tarro que tiene en las manos. Me devuelve la mirada antes de volver a mirar a su hermana. Cuando su mirada vuelve a posarse en mí con un brillo travieso en los ojos, empiezo a asustarme.

No, no puede ser. No va a sugerir…

—¿Por qué no te llevas a Taylor?

La mirada de Taylor se clava en la suya, con la cuchara llena de Nutella a medio camino de la boca.

—¿Qué? —pregunto incrédulo.

—Necesitas a alguien que use el otro boleto de avión, y Taylor —empieza señalándola, —no está haciendo otra cosa ahora mismo.

La miro con el ceño fruncido.

—¿Pensé que estaba en la escuela? —

Aiden pone los ojos en blanco.

—Ahora mismo se está tomando un descanso. —Su tono sugiere juicio y desaprobación y me erizo un poco. La cara de Taylor se desencaja y vuelve a dejar caer la cuchara en el tarro, sin apetito.

—Tiene todo el sentido del mundo —él continúa, ajeno al dolor que le causa su pequeña puya. Ella había dejado de trabajar cuando sus estudios se volvieron demasiado intensos para mantener sus notas altas y conservar un trabajo, y Aiden nunca deja pasar la oportunidad de recordarle que él había conseguido ambas cosas. Lo que no menciona es que él podía estudiar en el trabajo, mientras que ella nunca tuvo ese lujo—. Ella no tiene otras obligaciones que la retengan, y tú necesitas a alguien que ocupe el lugar de Gianna en tu viaje.

Taylor se pone rígida y abre mucho los ojos.

—No lo creo —anuncia Taylor mientras yo susurro una suave negativa.

—No puedo ir, y tampoco ninguno de los otros chicos. ¿A quién más vas a encontrar con tan poca antelación?

Mis ojos van y vienen entre los dos. Taylor parece ligeramente aterrorizada, mientras que la cara de suficiencia de Aiden rezuma satisfacción. Él se cree tan jodidamente listo que se le había

ocurrido esta solución. Si lo supiera.

—Yo… esto… —tartamudea Taylor—. Se supone que tengo que buscar trabajo.

—Sólo es una semana. Puedes buscar trabajo cuando vuelvas —replica Aiden—. Son unas vacaciones con todos los gastos pagados en un lujoso resort de cinco estrellas —explica Aiden —. En el Caribe —añade. —Él sabe lo mucho que le gusta la playa a ella y la está provocando —. Creo que el tiempo lejos de aquí te sentará bien.

Su mirada se posa en mí y odio lo tímida que parece. Ella no es así. Normalmente es atrevida y extrovertida. Me mira, buscando alguna señal de cómo me siento respecto a la situación, pero de repente no puedo hablar. La idea de estar en un paraíso tropical con Taylor, con ella ocupando el lugar de mi prometida, sería un desastre absoluto o la forma más dulce de tortura. Vería su cuerpo escasamente vestido con pequeños bañadores todos los días, pero no podría tocarla. Nos veríamos obligados a permanecer en el mismo espacio el uno con el otro más tiempo del que habíamos estado en años. El aroma de su gel de baño permanecería en el aire después de su ducha, y yo me vería obligado a sentarme allí mientras ella está a sólo unos metros, desnuda y mojada.

—¿Le preguntaste siquiera a Dalton si le parecía bien que me pidieras que fuera a su viaje?

Aiden la mira exasperado y se gira hacia mí.

—¿Te parece bien que Taylor use el otro boleto de avión, que se desperdiciará, si no hace este viaje contigo? —espeta, devolviendo una mirada mordaz a su hermana.

¿Qué demonios se supone que tengo que decir? Miro de un lado a otro a los hermanos, a mi mejor amigo y a su hermana menor, por la que me había esforzado en no sentirme atraído durante los últimos ocho años. Realmente no tengo otra opción. Ninguno de mis amigos puede ir. Mi madre no puede ausentarse del trabajo con tan poca antelación. De verdad me doy cuenta de lo raro que fue pedírselo, pero si alguien se merece unas vacaciones gratis, era ella. Así que, a menos que quisiera hacer este viaje solo, lo cual me parece realmente patético, Taylor es mi única opción.

—Claro —me resigno encogiéndome de hombros. No quiero parecer demasiado excitado, aunque la idea de ver a Taylor en traje de baño ya me está poniendo duro. Gracias a Dios, la isla protege mi ingle de su vista. Giro ligeramente el cuerpo, alejándolo de Aiden, por si acaso—. ¿Puedes hacer las maletas y estar lista para irte el domingo por la mañana? —Gianna y yo habíamos planeado agarrar un vuelo temprano para tener la mayor parte del día para disfrutar de la arena y el surf, con la esperanza de no estar demasiado agotados por las fiestas de la noche anterior.

—Sí —ella responde avergonzada. —Puedo hacerlo. ¿A qué hora debo estar en el aeropuerto?

—Te recogeré a las seis. Podemos irnos juntos. —No tiene sentido que los dos conduzcamos y paguemos para estacionar dos coches. Tiene más sentido que yo pase por ella. Su expresión de sorpresa me confunde y tardo un momento en darme cuenta de la causa. No hemos estado juntos en un vehículo desde aquella noche. La noche en que me besó después de mi partido de baloncesto y tuve que apartarla, fingiendo que no era exactamente lo que había estado soñando durante más de un año.

—¿Ves? ¡Ya está todo arreglado! —anuncia Aiden, dándome una palmada en la espalda—. ¿No te alegras de que sea tan buen solucionador de problemas?

No sabe que lo que acaba de hacer creará muchos más problemas de los que resolverá.

Capítulo Cuatro

Taylor

Es sábado y estoy tan nerviosa que apenas he pegado el ojo en toda la noche. Doy vueltas en la cama imaginando todo tipo de locuras que nunca ocurrirán. Como que Dalton por fin se fijará en mí y me verá como algo más que la hermana menor de Aiden. Que me besara, que me tocara, que tirara de los cordones de mi bikini apenas transparente y lo dejara caer al suelo. Se vale soñar, ¿no?

No sé cómo voy a aguantar este viaje con él. ¿Cómo voy a fingir durante seis largos días y seis largas noches que no estoy completamente enamorada de él? ¿Cómo voy a dormir bajo el mismo techo que él y resistir las ganas de echarle un vistazo mientras se cambia de ropa y se desviste para ducharse? Será una tortura.

Mi equipaje está listo y esperando en la puerta, así que lo único que tengo que hacer esta mañana es prepararme. Se me revuelve el estómago mientras espero a que el carro de Dalton se estacione frente a la casa. A las seis y cinco, veo los faros brillar a través de las ventanas de la sala, proyectando su resplandor amarillo a lo largo de la pared del fondo.

¡Está aquí! Realmente voy a hacer esto. Voy a pasar los próximos días con mi amor adolescente, ocupando el lugar a su lado donde se suponía que estaría su nueva novia.

Mi corazón se rompe por él. Independientemente de lo que yo sintiera por Gianna, Dalton la quería. Personalmente, la encontraba presumida y distante, siempre mirándome por encima del hombro. Literalmente. Ella mide un metro setenta, diez centímetros más que yo. Tiene el cabello castaño oscuro, unos impactantes ojos azules y unas curvas de infarto. Puedo ver por qué Dalton se enamoró de ella. Sólo que no puedo ver por qué se quedó una vez que el brillo desapareció. No es que no quiera admitir que era guapísima, pero le faltaba personalidad. Había sido preparada para encontrar una pareja adecuada, una que sus elitistas padres aprobaran. Tiene un título que yo estoy segura de que su padre había pagado, en más de un sentido, pero que nunca utilizó. Lo único que hace es comprar y publicar en Instagram. Es una mujer de la alta sociedad y nada más.

Dalton, por su parte, luchó para llegar a donde está. Creció como hijo único de una madre soltera. Su padre, un vago, se largó poco después de que él naciera, alegando que no estaba hecho para la paternidad. Dalton vio cómo su madre se dejaba la piel para llegar a fin de mes y poner comida en la mesa.

Cuando a Dalton le ofrecieron una beca para jugar al béisbol fuera del estado, no desaprovechó la oportunidad. Incluso con su madre en una mejor posición económica tras titularse, él estaba decidido a hacerlo todo por su cuenta. Ahora es director de desarrollo de productos de una importante empresa de la lista Fortune. Él ha escalado la escalera corporativa a una velocidad vertiginosa. Es inteligente y sabe pensar con originalidad. Si sigue a ese ritmo, será vicepresidente antes de cumplir los treinta.

Se me acelera el pulso cuando el teléfono que tengo en la mano zumba y la pantalla se ilumina con un mensaje de Dalton. Aquel día habíamos intercambiado los números de teléfono en la cocina para facilitar la comunicación durante el viaje. No quiero darle demasiada importancia, pero mi yo, de quince años, casi había saltado de alegría.

Agarro mis maletas, cierro la puerta tras de mí y me dirijo a su reluciente Lexus negro. Dalton tiene dinero. Es un joven empresario de éxito y puede permitirse cosas bonitas. No puedo imaginar cuánto le había costado reservar su luna de miel. Probablemente tanto como mi matrícula del año. No me extraña que no quisiera malgastarlo, pero ahora me siento mal por no haberme pagado mi viaje. No es que tenga mucho dinero propio, pero mis padres son acomodados. Pueden compensarle por mi boleto de avión y mi parte del hotel o apartamento donde nos alojaremos.

—Hola —me saluda sin aliento después de meter mi equipaje en el maletero. Puede que me haya pasado un poco con el equipaje para un viaje en el que probablemente no llevaré mucho más que un bikini con algún que otro vestido de verano, pantalones cortos y camiseta de tirantes —. ¿Estás lista? —Un escalofrío me recorre la espalda, pensando en lo poco que llevaremos los dos durante toda la semana. Va a hacer calor a donde vamos y, por lo tanto, va a haber mucha piel al descubierto. A pesar de mis nervios, estoy deseando que llegue esa parte.

—¡Sí, ya quiero estar ahí!

—Yo también. —Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

El aleteo vuelve a mi vientre y apreté los labios para evitar sonreír como una tonta.

El trayecto hasta el aeropuerto es tranquilo, el aire entre nosotros ligeramente cargado. Una bola de nervios me aprieta el estómago y me rodeo la cintura con los brazos en un intento de aliviar la tensión. La última vez que había viajado en carro con Dalton me lancé sobre él y luego metí el rabo entre las piernas cuando me rechazó. Esperaba que hubiera olvidado todo aquello. Tal vez, desde entonces, había pasado por tantos momentos desagradables con otras chicas que mi metedura de pata ya ni siquiera le sonaba.

Enciende la radio y al instante me siento aliviada por una pausa en el silencio. El volumen es bajo y apenas puedo distinguir la canción. Cuando me doy cuenta de lo que suena, se me corta la respiración y me siento un poco más recta en el asiento. *Rock the Boat* de Aaliyah suena suavemente por los altavoces, con una letra sensual y una nueva puerta que se abre entre nosotros y a nuestro alrededor como un lazo que uniría nuestros corazones para siempre. Esta no es forma de empezar nuestra platónica escapada tropical. Esta canción es demasiado sexy, demasiado sugerente para nosotros. Lucho contra el impulso de agacharme y cambiar de emisora, ya que no es mi carro.

Dalton carraspea y se remueve en el asiento. Mi mirada se dirige a su rostro, absorbiéndolo. Él parece tan incómodo como yo.

—¿Qué tal algo más actual? —propone, cogiendo los mandos.

—Claro —acepto demasiado rápido. Suelta una risita suave y cambia de emisora. Me relajo en el asiento y observo cómo el cielo empieza a clarear a medida que nos acercamos al aeropuerto.

~~~

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —pregunta la azafata, mostrando una sonrisa blanca y cegadora a Dalton. Nuestros asientos de primera clase son ridículamente cómodos. El despegue
~~~

va a ser mucho más suave desde este extremo del avión.

—Tomaré un Jack con Coca-Cola —responde.

—¿Dalton? —Su nombre sale de mi boca antes de que pueda detenerlo. *¿Cómo demonios puede beber tan temprano?* Me mira inquisitivamente, enarcando una ceja—. Ni siquiera son las nueve de la mañana —lo reprendo en voz baja, con un tono más reprobatorio de lo que pretendo. Aprieta la mandíbula y su mirada se transforma en fulgor. Acabo de decir algo equivocado.

—Bueno, como es mi luna de miel, planeo beber durante la mayor parte de la próxima semana.

—¿Su luna de miel? ¡Enhorabuena! —exclama la azafata, mirando a un lado y a otro entre nosotros. Ay, ay. Esto no va a ser bonito.

—En realidad, Naomi —empieza Dalton, estudiando la etiqueta con su nombre durante un segundo antes de volver a posar su mirada pétrea en el rostro de ella—. No es necesario que nos felicites. Verás, mi prometida canceló nuestra boda hace seis días y no me han devuelto el dinero del viaje. —Sus ojos se abren de par en par y abre la boca para hablar, pero él continúa—. Me voy a lo que se *suponía que iba* a ser mi luna de miel con la hermana menor de mi mejor amigo, porque es la única persona de mi vida que no hace otra cosa esta semana.

Su comentario me duele. No es que no sepa que esa es la única razón por la que estoy aquí, pero hasta ese momento, aún tenía esperanzas de que realmente disfrutara de mi compañía. Ahora la verdad está perfectamente clara. Sólo me tolera porque no quiere hacer este viaje solo.

—Lo siento mucho —empieza ella, pero él levanta una mano.

—Tomaré ese Jack con Coca-Cola ahora —exige—. ¿Quieres algo? —Su pregunta va dirigida a mí, pero sus ojos no. Se niega a mirar en mi dirección. Está pensativo, con la postura rígida y la mandíbula tensa.

Quiero tenderle la mano y consolarlo, tal vez disculparme por haberme excedido, pero sé que no debo hacerlo. Las felicitaciones de la azafata abren una herida que por fin había empezado a cicatrizar y, aunque sus palabras me duelen, intento no echárselo en cara. Se supone que debía estar *casado* ahora mismo. Gianna, su hermosa novia, debería haber estado en el asiento que yo ocupo. En vez de eso, está atascado conmigo. Juro en ese momento darle su espacio. Me esfumaré en cuanto aterricemos y le dejaré lamerse las heridas en privado. No me necesita allí, observándole en silencio mientras recompone los pedazos de su corazón roto.

—Sólo un agua, por favor —respondo avergonzada, con la voz baja y compungida.

Tres tragos después, Dalton se siente mucho mejor. Intento convencerle de que coma algo para absorber todo el alcohol, pero se niega. Se está emborrachando y yo no puedo hacer nada para evitarlo. La azafata le trae otro vaso lleno y él la toma rápidamente. Cuanto más relajado está, más amistoso se muestra con ella. En cuanto se dio cuenta de que él y yo no somos pareja, empezó a coquetear con él a tope. Si esto hubiera sido una película, *Drunk on a Plane* de Dierks Bentley habría sido la banda sonora. Se está emborrachando y, por la mirada seductora que le dirige Naomi, está peligrosamente cerca de unirse al Club de las Alturas.

Me encojo en mi asiento y miro por la ventanilla, evitando el hecho de que estoy presenciando sus intercambios. Apoyo la cabeza en el frío cristal y cierro los ojos, deseando que el vuelo termine cuanto antes.

Me despierto un rato después con el sonido de Dalton roncando ligeramente a mi lado. Los dos nos quedamos dormidos en algún momento, y vaya si es una lástima. Bostezo y estiro los músculos, preguntándome cuánto tiempo he dormido. Miro el reloj de Dalton y me sorprendo ver que he dormido casi todo el vuelo. Aterrizaremos en menos de una hora. Dalton se revuelve a mi

lado, pero no se despierta. Decido dejarlo dormir y espero que se despierte sobrio y de mejor humor.

Capítulo Cinco

Dalton

Me despierto de golpe cuando los neumáticos del avión chocan contra la pista, el aparato rebota al perder impulso y se detiene. Taylor está acurrucada en sí misma, mirando por la ventanilla. La observo un momento, sin querer molestarla. Parece tan pequeña y retraída. El remordimiento me quema la garganta como bilis. Fui desagradable con ella y no se lo merecía. Me había enfadado por su reprimenda y había arremetido contra ella. Probablemente tenía razón. No debería haber bebido tan temprano y ahora me duele la cabeza.

—Taylor —empiezo, y ella desvía su mirada hacia mí. Despliega sus extremidades y se sienta en su asiento—. Mira, yo…

Los altavoces del puente se activan y la voz del capitán ahoga mis disculpas al anunciar que hemos llegado a nuestro destino. Ella se levanta y agarra sus cosas antes de que yo pueda terminar, y sospecho que sabe lo que quiero decirle. Me levanto de mi asiento y doy unos pasos a trompicones, siguiéndola. Al parecer, todavía estoy un poco achispado. No me sorprendo, teniendo en cuenta lo mucho que había bebido.

Después de que Taylor se durmiera, volví a tomar un par de tragos y, cuando mi vejiga ya no pudo esperar más para aliviarse, me escabullí al pequeño lavabo. Naomi me estaba esperando cuando abrí la puerta. Entró y apretó su cuerpo contra mí. Sus labios se encontraron con los míos y sus manos se enredaron en mi cabello. Me dejé llevar por ella, abrí la boca y deslicé la lengua por sus labios inferiores, hundiéndola en su interior mientras ella gemía. Después de varios minutos de besuqueo y de que mi cuerpo reaccionara con naturalidad a sus atenciones, ella se ofreció a chupármela en ese mismo instante. No sabía lo bien que sonaba. Necesitaba desesperadamente liberarme. Entonces, ¿por qué dudé? Gianna ya no existía. Era un hombre soltero, libre de hacer lo que quisiera con quien quisiera. Pero algo me retenía.

La cara de Taylor apareció en mi memoria. Me preocupaba que de algún modo supiera lo que había hecho si decidía dejar que esta desconocida me diera placer y, por alguna razón, eso me hizo reflexionar. Rechacé suavemente la oferta de Naomi y volví a mi asiento, desmayándome rápidamente por la mezcla de alcohol y agotamiento.

Salimos al brillante sol caribeño y me llevo la mano a la cara, protegiéndome los ojos. *Taylor tenía razón. No debería haber bebido tanto.*

Tomamos el autobús hasta nuestro hotel y nos sentamos tranquilamente uno junto al otro en el banco. Cuando por fin se abren las puertas, ella sale detrás de mí y se queda boquiabierta. La villa privada es aún más impresionante en persona.

—*¿Aquí es* donde nos vamos a quedar toda la semana? —Asiento—. ¡Joder! —exclama asombrada.

Desbloqueo la puerta y la abro de un empujón, entrando en el amplio espacio abierto. Dejamos el equipaje justo detrás de la puerta y empezamos a explorar. Echo un vistazo a la sala

de estar con su enorme pantalla plana, preguntándome quién demonios querría ver la televisión en un lugar como éste, mientras Taylor se dirige a la cocina. Me acerco a una de las dos puertas cerradas, giro el pomo y veo que da al dormitorio.

Se me cae la cara de vergüenza y suelto una maldición por lo bajo cuando veo la cama. Está cubierta de pétalos de rosa con toallas en forma de corazón descansando en el centro. No se me había ocurrido avisarles de que ésta ya no iba a ser mi luna de miel y que todos esos detalles eran innecesarios. Me quedo helado mientras Taylor charla en el pasillo. Lo sé en cuanto entra en la habitación, su aguda respiración resuena en el amplio espacio.

—Dalton —dice, con una voz llena de compasión, mientras me pone suavemente una mano en el brazo.

Su suave caricia me hace vibrar el brazo y de paso el cuerpo entero. El dolor de la traición de Gianna va desapareciendo poco a poco, pero mi deseo por Taylor va en aumento. ¿Qué haría si la besara ahora mismo, si la arrojara a la cama que pretendía compartir con otra mujer y explorara su cuerpo exquisito con mi boca? Miro sus grandes ojos con un estallido de verde alrededor del iris que se desvanece en un color avellana. Ella no tiene ni idea de lo que me está haciendo, y tiene que seguir así.

Me aparto de su alcance y me acerco a las puertas francesas situadas frente a la cama. Dan a un patio sombreado que alberga una bañera al aire libre y da a una playa privada. La arena blanca desaparece en el agua turquesa que brilla como diamantes bajo la luz del sol. Este lugar es el paraíso.

—Me quedo con el sofá de la sala —le informo, manteniendo la mirada fija en el mar. Temo que, si la miro, verá lo mucho que la deseo. Que nos enrollemos es una idea terrible por varias razones. Por un lado, quiero que mis genitales permanezcan intactos y valoro mi vida. No quiero enfrentarme a la ira de Aiden si descubre que he mancillado a su hermana. Dos, no quiero usarla para superar lo de Gianna. Se merece algo mejor que ser el rebote de alguien. Yo no estoy en el mejor estado de ánimo en este momento y no puedo ofrecer ninguna estabilidad emocional. Lo mejor será mantener las distancias.

—No seas tonto —me regaña—. Estas son *tus* vacaciones. —Agradezco que se abstenga de utilizar el término adecuado para explicar lo que se pretende—. Y yo solo me colé. Tú agarra la cama y yo dormiré en el sofá.

—De ninguna manera —replico, girándome finalmente para mirarla—. No voy a dejar que duermas en el sofá. Mi madre me enseñó a ser un caballero.

Endereza la columna y clava los talones. Tengo que emplear todas mis fuerzas para no dejar que mis ojos se posen en sus turgentes pechos y en el sujetador de encaje que asoma por debajo de su camiseta vaporosa y mantener la mirada fija en su cara. Me doy cuenta de que se está preparando para ser jodidamente testaruda y eso me excita.

—No te dejaré dormir en el sofá. *Tú pagaste* por todo esto. Te mereces la cama. Además, eres demasiado alto para el sofá.

Mierda, ella tiene razón. Aun así, no podía hacerlo. No podía hacerla dormir en el sofá mientras yo me deleito en la lujosa cama californiana tamaño king con sus sábanas de algodón egipcio de mil hilos. Mi madre me mataría.

—Nada de eso importa. Nunca haría dormir a una chica en el sofá cuando hay una cama perfectamente disponible.

—Muy bien —empieza con tono desafiante, con los ojos entrecerrados sobre mí—. A ver, ¿qué te parece esta idea? Los dos somos adultos. Podemos compartir la cama.

Abro los ojos por la sorpresa y tengo que cerrar la boca para que no se me abra. ¿Realmente ella está sugiriendo que durmamos juntos? ¿En sentido literal?

—Esta cama es enorme —continúa, señalándola con la mano—. Yo me tumbo en un lado y tú en el otro.

Me trago mi refutación. No puedo decirle que tenerla en mi cama, relación platónica o no, sería demasiada tentación para mí. No puedo decirle que las cosas irían demasiado lejos si la tengo al alcance de la mano. Aparte de esos hechos, no tengo ningún argumento válido. Ambos somos adultos. Debemos ser lo bastante maduros como para compartir esta cama enorme sin montar un escándalo, pero no sé si soy lo bastante fuerte para ello.

—De acuerdo —me encuentro diciendo. Probablemente me voy a arrepentir. Para cuando termine la semana, mis pelotas tendrán el color de las de un pitufo—. Si tú puedes vivir con eso, yo también.

—Trato hecho —anuncia extendiendo la mano. La agarro y trato de ignorar lo suave y cálida que siento su palma contra la mía. Nuestras miradas se cruzan y la expresión de satisfacción desaparece de su rostro. Me aferro a ella un segundo más de lo necesario y algo vulnerable y carnal brilla en sus ojos. Sé que si no la suelto, las cosas se me irán rápidamente de las manos, así que la suelto y doy un paso atrás, aclarándome la garganta.

—¿Quieres deshacer las maletas?

—Estaba pensando en agarrar el traje de baño e ir a la playa. —Mira con nostalgia por la gran ventana que cubre la pared del fondo del dormitorio. Aún quedan algunas horas de luz, así que hay tiempo de sobra para disfrutar de la arena y el sol.

—Suena como una gran idea. ¿Te importa si te acompaño?

—En lo absoluto.

Llevo las maletas de los dos a la habitación y sacamos los bañadores. Ella se mete en el baño para cambiarse y yo me quito rápidamente la ropa y me pongo el short. Ella vuelve con un endeble y transparente tapado blanco sobre su bikini de flores. Nunca entendí por qué las chicas se molestan en llevarlos. Prácticamente se puede ver a través de ellos, cosa que no me disgusta en ese momento.

Nos dirigimos hacia el agua y me alegra ver un par de sillas de playa ya esperando por nosotros. Las villas de este lado de la isla están lo suficientemente separadas como para darnos un poco de intimidad, así que no hay nadie más cerca de nuestra pequeña sección. La arena es suave como polvo bajo nuestros pies y el agua está lo suficientemente fría como para ser refrescante. Nos metemos hasta la cintura y lucho contra el impulso de alcanzarla. En lugar de eso, me dirijo en dirección contraria y me sumerjo en el agua para refrescar mi piel, que se calienta rápidamente. No sé si tengo tanto calor por el sol tropical o por la proximidad de Taylor.

Al cabo de una hora, decidimos entrar y prepararnos para cenar. He reservado mesa en uno de los mejores restaurantes del complejo y me muero de ganas de zamparme un kilo de patas de cangrejo recién pescadas. Nos duchamos por turnos antes de que Taylor ocupe el cuarto de baño para prepararse. Sale cuarenta y cinco minutos más tarde viéndose absolutamente preciosa.

Su pelo castaño claro, que se vuelve rubio miel oscuro en las puntas, le cae sobre los hombros en suaves rizos. Lleva un maquillaje ligero y natural, que deja entrever sus pecas. La piel bronceada, los labios rosados y carnosos y las largas pestañas negras completan su look. Su sencillo vestido de algodón, de un amarillo claro que resalta el tono de su piel, le ciñe la cintura, acentuando sus caderas torneadas y sus pechos firmes y redondos. Uno de los finos tirantes de espagueti se desliza por su hombro y observo embelesado cómo vuelve a colocarlo en su sitio.

Ella es exquisita.

Y yo tengo muchos problemas.

Capítulo Seis

Taylor

Estudio el menú frente a mí, tratando de ignorar al guapísimo hombre sentado al otro lado de la mesa. Lleva pantalones cortos de color caqui y un polo azul agua. Es sencillo, pero él hace que se vea como para comérselo con una cuchara de las pequeñas.

¿Por qué esto parece una cita? Quizá porque se le salió y me dijo lo guapa que estoy cuando salí del baño. O porque me acercó la silla y sus dedos rozaron mi hombro y mi brazo desnudos mientras rodeaba la mesa para sentarse. O quizá por la botella de vino que había pedido y que ahora está en una cubitera sobre la mesa.

Dalton deja el menú y agarra la botella de sangría, sirviéndonos un vaso a cada uno. Yo agarro el mío y empiezo a darle sorbos enseguida. Estoy tensa. Durante los últimos ocho años, no había estado a solas con este hombre, y ahora he pasado las últimas trece horas con él. Su mera presencia me tiene en vilo.

Cuando pedimos la comida y el mesero se lleva nuestros menús, ya no puedo esconderme de él. He estado usando ese menú como escudo y ahora ha desaparecido, dejándome expuesta y vulnerable. Había planeado dejarle su espacio, pero no me había dejado alejarme mucho de él desde que llegamos. Me siguió hasta la playa cuando intenté darle su espacio, y luego insistió en que viniéramos a cenar, al cabo ya había reservado la mesa.

Jugueteo con mis cubiertos envueltos en servilletas mientras esperamos nuestro aperitivo. No tengo ni idea de qué decirle. No tenemos nada en común, aparte de Aiden, y realmente no quiero hablar de mi hermano. Rezo para que no me pregunte por la escuela. No estoy preparada para hablar de eso y dudo que alguna vez lo esté. Gianna es un tema que ninguno de los dos quiere abordar. Así que opto por lo más seguro.

—¿Qué tal el trabajo? —Sus ojos se iluminan un poco y mis hombros se hunden de alivio.

—El trabajo va muy bien. Estamos estudiando alternativas más ecológicas para varios de nuestros productos. Me costó convencer al equipo de que invirtiera en la investigación, pero por fin se han animado —sonríe—. Los clientes están cada vez más preocupados por el medio ambiente y la reducción de residuos. Así que la opción más sensata ha sido avanzar en esa dirección.

Mi sonrisa crece a medida que habla. Me encanta cuando un hombre siente pasión por lo que hace para ganarse la vida, cuando es más que un trabajo. Yo había pensado que Jason trabajaba así, pero resultó que lo único que le apasionaba era llevarme a la cama.

Mi sonrisa cae y me sacudo ese pensamiento. Ahora no pensaré en él. Me niego a dejar que me arruine la velada o el viaje.

El mesero regresa y pone un pequeño plato delante de cada uno de nosotros. En el centro de la mesa se coloca un plato caliente y humeante de setas rellenas de cangrejo, en cuyo interior se sumerge una cuchara de servir. Una vez que ambos tenemos una seta en el plato y el mesero se

retira, se reanuda la conversación.

—¿Qué hay de ti? Mencionaste que necesitabas encontrar un trabajo.

—Pensaba trabajar este verano. Me gustaría ahorrar para poder tener mi propia casa después de graduarme.

—¿No sueles ir a clase en verano?

Intento disimular mi gesto de dolor cuando menciona la escuela. Si nota un cambio en mi actitud, no lo hizo.

—Ahora mismo estoy cansada. —Eso no es una mentira; sólo hay mucho más en la historia —. Necesito un descanso. Estoy a punto de graduarme, así que no tengo por qué tomar clases esta vez.

Había planeado graduarme pronto, tener suficientes créditos para asegurarme el título al final del semestre de otoño. Pero ahora, con un paréntesis impuesto por la universidad, no me graduaría hasta el próximo verano.

—¿Dónde pensabas presentarte?

—Tengo una pila de solicitudes —me quejo—. Probablemente uno de los restaurantes de lujo del centro. Mi amiga Aubrey trabaja en Exeter y dan muy buenas propinas, así que he pensado probar por ahí.

Él se estremece cuando mencioné Exeter, pero la mirada se le pasa rápidamente. ¿A qué viene eso?

—¿Has pensado en entrar en el mundo empresarial? Mi empresa siempre busca becarios.

—No lo sé. Tal vez. —Me encojo de hombros. La verdad es que aún no estoy segura de estar preparada para algo así. Veo la tensión en la cara de Aiden cuando las cosas no van según lo planeado. Se había quedado despierto hasta altas horas de la madrugada trabajando en hojas de cálculo y propuestas en más de una ocasión. Trabajar de mesera es seguro. Es un trabajo duro y agotador y hay que tratar con auténticos gilipollas, pero al menos, cuando te vas a casa, puedes dejarlo todo atrás. No te siguen a tu espacio personal.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de la comida. Cuando mi vaso se vacía, Dalton se ofrece a rellenarlo y lo dejo. Es un gesto dulce, pero tengo que recordarme a mí misma que esto es temporal. No somos pareja. No es una cita. Sólo somos dos amigos, no, ni siquiera amigos, dos conocidos, que se han visto envueltos en situaciones de mierda e intentan encontrar consuelo en la compañía del otro. Cuando volvamos a casa, todo volverá a la normalidad. La única diferencia es que quizá ahora no tendremos que esforzarnos tanto por evitarnos.

Cuando salimos del restaurante tras una deliciosa cena a base de marisco, caminamos de vuelta a la villa por la playa. Me quito las sandalias y muevo los dedos de los pies en la arena fresca. Dalton se acerca demasiado al agua y las pequeñas olas le salpican los pies, empapando las suelas de sus zapatos de cuero marrón. Se los quita y continuamos descalzos por la playa iluminada por la luna. No debería ser romántico. No somos dos amantes caminando de la mano por la playa bajo un cielo oscuro lleno de estrellas, pero yo quiero serlo.

Los dos estamos agotados por el vuelo y decidimos acostarnos. Dejo que mi mirada recorra la espalda desnuda de Dalton cuando se quita la camiseta para irse a la cama. *Dios mío, ¿duerme sin camiseta?* Noto que su piel está teñida de rosa y frunzo el ceño.

—Parece que hoy te has quemado un poco. —Se gira, intentando verse los hombros. Aprieta un dedo contra su piel y ésta palidece

—Supongo que sí —acepta—. Y eso que estuvimos allí una hora más o menos.

—Aquí estamos mucho más cerca del ecuador, así que no tarda tanto. ¿Cómo está la mía? —

Le doy la espalda y me paso el cabello por encima del hombro para que pueda examinarme la piel. Escucho su aguda inspiración incluso desde el otro lado de la habitación y enseguida me doy cuenta de mi error. Se acerca a mí a paso de tortuga, y el suave ruido de sus pies descalzos se escucha en la silenciosa habitación. Se me pone la piel de gallina en los brazos cuando me pasa por encima del hombro unos mechones de cabello que se me habían escapado.

—A mí me parece bien. —Su voz es baja y llena de grava—. ¿Cómo te las arreglaste para no quemarte cuando yo lo hice?

Me mantengo de espaldas a él, incapaz de mirarle a los ojos. Sé que él verá el deseo en los míos, y no me interesaba ser rechazada dos veces por el mismo tipo.

—Ya he tomado bastante el sol este año. Tengo un bronceado de base bastante decente —le explico, esperando que no escuche el temblor de mi voz. Está de pie justo detrás de mí y su proximidad me está haciendo cosas raras por dentro—. Será mejor que nos pongamos protección solar mañana.

—Sí —acepta distraídamente.

—Tengo gel de aloe en el bolso, por si quieres usarlo —le ofrezco una vez que por fin se aleja y el aroma de su piel no invade mi nariz, convirtiendo mi cerebro en papilla.

—Gracias. Eso me va a sentar bien.

Agarro el frasco grande azul y se lo doy a Dalton. Se lo aplica en los hombros y en la parte superior de la espalda, pero sigo viendo una zona rosada cada vez más profunda entre los omóplatos.

—Toma, te has dejado un sitio. —Le tiendo la mano, pidiéndole que me devolviera la botella. Se gira y me mira extrañado antes de pasármelo. Me echo un poco en los dedos y los aprieto contra la piel sensible. Sisea por el frío gel, pero se calienta rápidamente por el calor que irradia su cuerpo. Me deleito con la sensación de su suave piel bajo mis manos, los músculos de su tonificada espalda flexionándose y estirándose. Quiero seguir tocándolo, pero no tengo motivos para hacerlo. Tengo toda la espalda cubierta y ahora es el momento de dejar que se absorba. De mala gana, retiro la mano y doy un paso atrás.

—Ya está —anuncio con firmeza—. Mañana estarás mucho mejor.

—Gracias. —Sus ojos suaves y apreciativos se posan en mí y trago saliva. Su torso es perfecto. Todo él son losas duras de músculos esculpidos. Sus abdominales se flexionan cuando los recorro con la mirada antes de fijarme en el pantalón de chándal gris que le cae sobre las caderas. Se me hace la boca agua y deseo pasarle la lengua por las profundas arrugas del vientre.

—No hay problema —murmuro distraídamente.

Su suave risita me saca de mi observación de su cuerpo y mi cara se enciende. Me ha pillado. Le estoy echando un vistazo y me ha pillado.

Mierda.

—Voy a cambiarme para ir a la cama —digo rápidamente, agarrando mi ropa y escapando al baño. Me lavo la cara y me cepillo los dientes antes de ponerme los pantalones cortos y la camiseta del equipo de debate de mi hermano. Es varias tallas más grande que la mía, pero el algodón, muy suave tras años de uso y múltiples lavados, es más cómodo que cualquier pijama que hubiera tenido.

Me meto rápidamente bajo las sábanas al volver al dormitorio. Dalton había apagado todas las luces excepto la lámpara de su mesilla de noche. Está leyendo algo, pero lo deja cuando entro. Se dirige en silencio al cuarto de baño y regresa unos minutos después. Apaga la lámpara y se mete en la cama.

—Buenas noches, Taylor. —El olor a menta de la pasta de dientes se extiende por la cama y me lamo los labios, deseando que sean los suyos y no los míos.

—Buenas noches —susurro y me subo las mantas hasta la barbilla. Puedo hacerlo. Es una adulta madura compartiendo habitación con otro adulto maduro. Él no piensa así de mí, así que no tiene nada de qué preocuparme. *Sí, claro.*

~~~

Una mano cálida se desliza bajo la holgada tela de mi camiseta y se extiende por mi estómago. Mis sinapsis se activan y abro los ojos de golpe. Todavía estoy en la villa y hay un cuerpo caliente y duro apretado contra mi espalda. *Dalton*. Cierro los ojos con fuerza, deseando despertar de este sueño. Es imposible que esté ocurriendo de verdad, y no quiero que vaya demasiado lejos porque me sentiré decepcionada cuando despierte.

Gime y hunde su erección en mí, la dura cresta presionando el suave globo de mi trasero. Un suave gemido sale de mis labios y no puedo decidir si quiero que deslice su mano más arriba o más abajo. Él toma la decisión por mí. Sus dedos rozan la parte inferior de mi pecho y me muerdo el labio para no hacer demasiado ruido. Me entierra la nariz en el cabello, me besa el cuello y sube la mano para acariciarme el pecho. Me aprieta el pezón con el pulgar y el índice y yo me arqueo ante sus caricias.

—Dalton —el susurro sale de mis labios y él sé queda inmóvil. No se mueve durante varios segundos. Luego maldice y se aleja de mí como si se hubiera quemado, como si yo estuviera hecha de lava. Me siento sobre los codos y lo miro confundida.

—Joder, Taylor. ¡Lo siento mucho!

¡¿Qué?!

—Estaba soñando —suelta frenéticamente—. No me di cuenta de que eras tú.

Se me encoge el corazón. Él había estado soñando con otra persona, probablemente su ex prometida, mientras me tocaba. Me incorporo del todo cuando salta de la cama, pasándose las manos frustradas por el cabello. Él está angustiado. Está angustiado porque me tocó y apoyó su polla dura como una roca contra mi cuerpo, imaginando que yo era otra persona. Un dolor se instala en mi pecho. Nunca me verá como otra cosa que no sea la hermana menor de Aiden. Nada de mí le atrae. Nunca seré lo bastante buena para llamar su atención.

Me levanto de la cama, con la intención de escapar al baño antes de que las lágrimas empiecen a caer, pero la voz de Dalton me detiene. Se acerca por detrás y me pone las manos en los brazos. Lucho contra el impulso de quitármelas de encima y salir corriendo.

—No quise hacer eso. De verdad que lo siento.

Respiro hondo, recupero la compostura y me giro hacia él.

—No es para tanto —le aseguro falsamente—. Son cosas que pasan.

Me encojo de hombros y le doy la espalda, escapando finalmente hacia el baño.

Cuando salgo, Dalton está en la cocina cortando mangos y una piña para el desayuno. Miro la bolsa blanca que descansa sobre la encimera y que no estaba allí anoche.

—¿Qué es eso? —Al oír mi voz, levanta la cabeza e inmediatamente pone cara de disculpa. Quiero quitarle esa mirada de la cara. Es un recordatorio de que nunca podré tenerlo.

—Corrí a la pequeña cafetería que pasamos en el camino y compré algunos panes. —No me había dado cuenta de que llevaba tanto tiempo encerrada en el baño. Perdí la noción del tiempo de pie en la ducha, dejando que el agua caliente se derramara sobre mí en un intento de aflojar
~~~

mis músculos tensos.

Coloca varios trozos de fruta en dos platos y añade un bollo danés a cada uno. Nos sentamos en el patio cubierto frente al mar y desayunamos en silencio. Tal vez ahora que sé sin lugar a duda cuál es mi situación con él, somos amigos, simplemente amigos y nada más, podré dejar de sentirme tan tensa a su lado. Tengo que repetírmelo una y otra vez.

Capítulo Siete

Dalton

Soy idiota.

¿Por qué pensé que podía compartir la cama con Taylor y no tener mis manos sobre ella? Su cuerpo es increíble. Su piel es suave como la seda y huele a vainilla. Sus pechos están llenos y pesados, su cuerpo sensible y necesitado cuando la toqué. No había visto sus pezones, pero podía decir lo perfectos que son sólo con sentirlos.

—Joder —refunfuño para mis adentros mientras apoyo la cabeza contra la pared de la ducha, el agua caliente picándome la ya tierna piel de la espalda. No sé si podré volver a compartir aquella cama con ella. Nos quedan cinco noches. Cinco noches más de dolorosa restricción y tortura. ¿Qué pasará mañana por la mañana? ¿La próxima vez deslice mis manos hacia abajo en lugar de hacia arriba? ¿Se deslizarán mis dedos dentro de sus bragas y la encontraré húmeda y lista? Mierda, tengo que dejar de pensar así. Me va a pillar con una erección que no podré explicar. La próxima vez, no podré mentirle y hacerle creer que estaba soñando con otra persona.

Taylor ya está en la playa cuando vuelvo al dormitorio. Vadea el agua con las manos, con la cara inclinada hacia el sol. Me tomo un momento para observarla. Tiene un aspecto tan sereno, con el cabello rubio colgando por la espalda y sumergiéndose en el agua. Esta vez llevaba un bikini de color coral que acentuaba su bronceado. Sabía por años de experiencia que sus pecas serían más prominentes cuanto más bronceada estuviera su piel. Quise acompañarla, pero ya tengo una ligera quemadura solar y no llevo crema protectora. Me giro hacia la cocina y veo una lata alta de color amarillo brillante. Taylor se había dejado el protector solar en spray en la mesilla de noche. Pienso que aún es muy temprano y que, como el sol aún no ha llegado a su punto álgido, podría salir esta mañana siempre y cuando me cubriera generosamente con la niebla blanca. Por si acaso, me pongo una camiseta clara para protegerme la espalda y los hombros.

Protector solar en mano, agarro un par de toallas de playa y salgo por las puertas francesas. Taylor tarda varios minutos en darse cuenta de que me he unido a ella, pero sale inmediatamente del agua al verme.

—Hola —me saluda sin aliento, escurriéndole el agua salada del cabello.

—Hola. ¿Necesitas esto? —Levanto su protector solar y ella niega con la cabeza.

—Ya me he puesto un poco. Estaré bien un rato más. ¿Cómo está tu espalda?

—Todavía un poco tostada —admito—. No voy a quedarme aquí mucho tiempo, y me dejaré puesta la camiseta mientras esté al sol.

Hace un mohín, agraviada por mi negativa a desnudar el torso, y sonrío. No debería haberme alegrado tanto.

—De acuerdo. —Se deja caer en la tumbona de la playa—. Voy a leer mi libro un rato mientras tomo el sol.

Me acomodo en la silla junto a ella, contemplando el paisaje mientras intento relajarme. El lugar es precioso. Aguas azules cristalinas, palmeras exuberantes, villas estucadas con tejados que imitan los techos de las chozas de paja. Es impresionante. Hago lo posible por mirar todo menos a Taylor. Por muy hermoso que sea nuestro entorno, nada puede compararse con ella.

El calor no tarda en hacerse insoportable, así que me levanto y me acerco al agua. Paso varios minutos en las aguas poco profundas, disfrutando del frescor de las olas alrededor de mis caderas, antes de mandar todo a la mierda y sumergir todo mi cuerpo. Vuelvo a salir y me froto la cara y el cuero cabelludo con las manos antes de sacudirme el exceso de agua del cabello. El chapuzón es refrescante y el material húmedo pegado al cuerpo me ayuda a refrescarme. Levanto la vista cuando mis pies tocan la arena seca y mi paso casi vacila. Taylor me mira con los labios ligeramente entreabiertos y una mano apoyada en el pecho, justo debajo de la garganta. Me mira como si yo fuera un vaso grande de agua y ella una mujer muerta de sed.

Rápidamente sale de su ensueño y vuelve a agarrar su libro. Tiene las mejillas enrojecidas y no sé si es por la temperatura o por la vergüenza.

—Te ves muy caliente.

Levanta la cabeza.

—¿Qué? —jadea, y casi me siento mal por el doble sentido.

—Tienes la cara roja. Deberías volver al agua y refrescarte —le indico.

—Oh —responde, colocándose un mechón de cabello húmedo detrás de la oreja—. Sí, probablemente debería. —Mete el separador entre las páginas que fingía leer y deja el libro en su asiento. Me quedo hasta que se harta del agua y vuelve con la cara de su tono habitual.

—Está empezando a hacer mucho calor. Voy a volver a entrar por ahora.

—De acuerdo.

Entro en la villa, me quito la ropa mojada y la cuelgo en el baño para que se seque. Me instalo con el portátil y me propongo a trabajar un poco mientras estoy encerrado.

Quince minutos más tarde, estoy hasta las narices en mi respuesta al correo electrónico de un colega cuando me llama la atención un movimiento al otro lado de la ventana. Levanto la vista. Taylor se levanta y ajusta su silla de playa para que quede casi plana. Vacilante, mira de un lado a otro y yo me incorporo un poco. ¿Qué está buscando? No hay nadie cerca. Está sola en nuestra pequeña playa privada. Cuando se lleva la mano a la espalda y empieza a tirar de los cordones de la parte superior del bikini, me doy cuenta de lo que está a punto de hacer. Va a tomar el sol en topless.

Joder, joder, joder.

Los cordones ceden con facilidad y ella pasa a las ataduras de detrás del cuello. Maldigo, dejo el portátil a un lado y me dirijo a la puerta, dispuesto a detenerla. Pero ¿qué le voy a decir? Estará desnuda para cuando llegue a ella. No podría concentrarme en otra cosa que no fueran sus deliciosos pechos, con las puntas sonrosadas formando picos apretados por la brisa del mar.

No puedo simplemente salir y exigirle que se cubra, ¿verdad? No me corresponde, pero sé que Aiden querría que hiciera algo. Querría que la protegiera y la mantuviera a raya. Por otra parte, es una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones. Nadie tiene derecho a decirle lo que tiene que hacer. Así que espero, dudando entre la inacción y el instinto.

Deja caer el bañador en el asiento que yo había desocupado hace poco y ella vuelve a acomodarse en el suyo. Levanta la cabeza lo suficiente para que yo no pueda ver nada, y me siento como un maldito pervertido por intentarlo. Me doy la vuelta, reacio a ser el tipo de hombre que espía a una chica semidesnuda sin que ella lo sepa. Vuelvo a mi ordenador e intento

concentrarme en mi trabajo, pero mis ojos la buscan con frecuencia para asegurarme de que sigue allí. Que Dios me ayude si se escapa. Entonces tendré que ir tras ella.

Varios minutos más tarde, levanto la vista y me encuentro con un pequeño grupo de chicos, tres gamberros universitarios, caminando hacia ella por la playa. La miran, se dan codazos y sonríen, sus ojos ávidos recorren lujuriosamente su figura, y yo me pongo en acción. Antes de que pueda llegar a la puerta, ella también debe de darse cuenta, porque se incorpora y agarra su toalla de playa, extendiéndola desordenadamente sobre su pecho con las prisas.

Nadie me oye abrir la puerta por encima del ruido de las olas, y no se dan cuenta de que me acerco. Me acerco justo a tiempo para oír a uno de ellos burlarse—: Venga, chica, enséñanos lo que tienes. No puedes fingir timidez ahora que has hecho topless.

—No creí que hubiera nadie más aquí.

Su voz tiembla de timidez y siento que me hierve la sangre. La están asustando. Enfurecida, acelero el paso y llego a su silla en cuestión de segundos. Los tres tipos se paralizan al verme.

—¿Hay algún problema? —rechino entre dientes apretados, bajando la voz una octava a propósito.

—No, señor —responde uno de ellos.

—Sólo admirábamos los activos de tu chica —interviene otro, haciendo una pausa para pensar en la palabra adecuada, *activos* continúa con una sonrisa burlona, sin reconocer claramente el peligro que él y sus amigos están a punto de encontrar si no se retiran. Su amigo le da un codazo y se frota nerviosamente la nariz con el pulgar. Cuando doy un paso hacia ellos, con los puños y listos para atacar, dan un paso atrás.

—Les sugiero que sigan caminando y aparten las manos y los ojos de sus activos —advierto. Salen corriendo sin decir palabra y dirijo mi mirada hacia Taylor. No es culpa suya que esos chicos sean unos gamberros cachondos e irrespetuosos, pero mierda. Si no quiere que nadie le viera las tetas, debería haberse dejado la camiseta puesta.

—Gracias —dice en voz baja y se levanta, agarrando sus cosas antes de entrar corriendo. Me giro para verla salir y me fijo en su reflejo en la ventana. No se puede ver bien el interior y me doy cuenta de que nunca se habría dado cuenta de que la estaba mirando. Dios, soy un animal.

Capítulo Ocho

Taylor

Me muero de verguenza, las mejillas se me han puesto coloradas, mientras me escabullo junto a Dalton para escapar de nuevo al interior. Esos tipos me vieron. Vieron mis pechos desnudos y me miraron lascivamente. ¿Quién sabe lo que habrían hecho si Dalton no hubiera venido a rescatarme?

Dalton.

Es la única persona que pensé que podría verme en topless. En realidad, esperaba que lo hiciera y que le gustara lo que viera. Tal vez entonces me tocaría a propósito la próxima vez. Quizá entonces acariciaría mi cuerpo sin soñar que es otra persona. Es un patético esfuerzo desesperado por llamar su atención y, con suerte, conquistarlo.

Vaya, *ese* plan salió mal.

Escapo al baño y dejo caer la cabeza contra el respaldo de la puerta. Tengo que serenarme y quitarme de la cabeza cualquier idea de que Dalton y yo nos enrollemos mientras estemos aquí. No va a ocurrir. Él nunca me verá como algo más que la hermana menor de su mejor amigo.

Me echo agua fría en la cara y me peino con los dedos. El agua salada le da un poco de textura a las suaves ondas. Tengo un aspecto playero y desenfadado que me encanta.

Cuando salgo del baño, Dalton está encaramado en la esquina de nuestra cama esperándome. *Nuestra cama*. Un escalofrío me recorre la espalda al pensarlo. Vamos a compartir cama durante las próximas cinco noches. Lástima que allí no pase nada divertido.

Sus ojos encuentran los míos al oír cerrarse la puerta y me detengo en seco. Él está pensativo, con los ojos encendidos por la ira.

—¿Qué coño, Taylor? —Se levanta y me mira, con la mandíbula tensa por el enfado.

—¿Qué? pregunto, atónita por su tono y su lenguaje. Nunca me había hablado así.

—¿En qué estabas pensando, yendo así en topless?

Frunzo el ceño. La esperanza de que por fin se fije en mí se disipa, sustituida por el desafío y las represalias.

—No estaba ‘haciendo topless’ —replico—. Estaba tomando el sol y decidí que no quería líneas de bronceado.

Eso es cierto sólo en parte, pero él no necesita saber el resto. No necesita saber que contaba con que él me viera y le gustara lo que ve.

—Además, no había nadie alrededor. Pensé que nadie me vería —añado, odiando tener que darle explicaciones.

—¿Y yo qué? ¿No pensaste *que* te vería? —me desafía.

¿Pensarlo? Diablos, había rezado por ello.

—¿Qué más da? —argumento—. No es como si hubieras mirado.

Lo estoy provocando, esperando que se quiebre. Esperando que admita algo, cualquier cosa.

Que quería verme, que me había echado un vistazo a escondidas a través del cristal, esperando ver lo que mi bikini ocultaba.

Su pecho sube y baja con su profunda inhalación y su mandíbula vuelve a vibrar, sus ojos bajan brevemente a mi pecho.

—Tu hermano nos mataría a los dos si se enterara de que te dejé salir así expuesta. —Hace un gesto hacia la playa, evitando por completo mi pregunta.

—¿Qué quieres decir con si me *dejas*? No tienes nada que decir sobre lo que hago. Soy adulta y tú no eres mi padre, así que no depende de ti lo que haga o cómo decida vestirme. —Lo fulmino con la mirada, y la pasión de mi lujuria se transforma rápidamente en ira.

Sus hombros se hunden en señal de derrota y se pasa una mano por la cara.

—No quise decir eso —se disculpa, con un tono más suave—. Es sólo que… —hace una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Le prometí a tu hermano que te mantendría a salvo. Confía en mí para que no te pase nada. Me tomo esa confianza muy en serio. —Su tono es tan sincero, sus ojos suplicantes, que enfría mi temperamento—. Lo siento.

De repente, me invaden los remordimientos. Reaccioné exageradamente, dejando que los sentimientos que he albergado por él me llevan a comportarme de forma irracional.

—Está bien —murmuro, pasando junto a él—. Debería haber sabido que nuestra playita privada no se quedaría vacía toda la semana. —Pensar en ello me entristece un poco. Lo quiero todo para mí. Hubiera estado bien no ver a nadie más que a él en esta isla durante toda nuestra estancia. Pero sé que él no corresponde a esos sentimientos.

~~~

Varias horas más tarde, estamos vestidos para la noche y nos espera una reservación para cenar en uno de los restaurantes de cinco estrellas del complejo, que él había reservado hacía meses. Intento que no me moleste que hubiera planeado llevar a cenar a su nueva esposa y no a mí, pero me duele algo en lo más profundo del pecho. No es mío y, hasta hace una semana, pertenecía a otra persona.

Dalton me informó de que el lugar al que vamos esta noche es un poco más formal que donde cenamos anoche, así que me puse el único vestido de cóctel que traje. Es un vestido negro ajustado que me ciñe las caderas y la cintura y me sube los pechos al máximo. Los finos tirantes enmarcan mi escote, realzando mis modestas copas C y atrayendo sus ojos hacia la tentadora turgencia de mis pechos. No estoy muy bien dotada en el departamento del busto, pero con este vestido, nunca lo sabrías. Dalton traga saliva y su manzana de Adán se balancea notablemente cuando por fin me giro hacia él. Necesitaba que me ayudara a subirme la cremallera del vestido, y lo hizo sin dudarlo lo más mínimo. Siento su aliento caliente sobre la piel desnuda entre mis hombros mientras subía lentamente la cremallera y sus manos permanecían sobre la tela un segundo más de lo necesario. O tal vez sea sólo una ilusión, mi mente jugándome una mala pasada.

Da un paso atrás y aparta la mirada, con la culpa y la vergüenza bañando sus facciones. Un momento antes me miraba, como si quisiera arrancarme el vestido del cuerpo y darse un festín *conmigo*. Puede que también sea mi imaginación.

Se aclara la garganta antes de decir—: ¿Lista?

Asiento y me pongo los zapatos antes de agarrar mi bolso de mano y salir. Aún faltan un par de horas para que se ponga el sol, pero la brisa hace más soportable la temperatura tropical.
~~~

Caminamos hasta el restaurante y nos llevan enseguida a nuestra mesa. Los ojos de Dalton se encuentran con los míos nada más sentarnos, y su intensa mirada se clava en mí. No puedo entenderle. En un momento parece querer arrancarme la ropa y al siguiente me observa cómo se observa a un niño pequeño demasiado curioso, con inquietante aprensión y un saludable temor a lo inevitable.

Nos sentamos en un incómodo silencio mientras la mesera nos sirve a cada uno una copa de champán, alardeando de que es auténtica, traída directamente de la región francesa de Champagne. Engullo rápidamente la primera copa, tratando de calmar los nervios. Estoy nerviosa. Una tensión palpable se ha instalado entre Dalton y yo, y no puedo adivinar cuál es la causa. Está sentado rígidamente en su silla, al otro lado de la mesa. Las cosas están cambiando entre nosotros y no sé si es para bien.

Relleno mi copa mientras Dalton sorbe la suya y ojea el menú. Una vez que pedimos, el champán y la conversación fluyen más libremente y él empieza a relajarse. Nuestra cena es fenomenal, incluso mejor que la noche anterior. Bebo un poco más de la cuenta, así que me quedo un tanto tambaleante cuando salimos a la calle. Ninguno de los dos está listo para volver a nuestra villa, así que decidimos explorar más la isla. Aún no hemos visto gran cosa y estamos dispuestos a remediarlo.

Ahora que el sol empieza a ponerse, el complejo cobra vida y se ha transformado en una fiesta. La música y las risas se filtran por las callejuelas, así como un desfile de gente. Las puertas de los bares se abren de par en par y en cada esquina hay espectáculos en vivo.

Dalton frunce el ceño cuando un hombre que toca las palmas con una banda callejera empieza a bailar conmigo, dándome vueltas de forma espectacular antes de deslizar una flor tropical en mi cabello, metiéndome el tallo detrás de la oreja. Me rio, no sólo por su expresión perturbada, sino por lo divertido que es bailar con un desconocido en la calle.

Nos detenemos frente a un club nocturno que parece prometedor y él inclina la cabeza hacia el lado en cuestión. Asiento, dispuesta a soltarme un rato. *Temperature* de Sean Paul, retumba en los altavoces y el volumen es casi ensordecedor cuando entramos. Varias personas ya están en la pista de baile contorsionándose y moviendo el culo al ritmo de la canción, con las copas medio vacías en precario equilibrio entre las manos.

—¿Quieres un trago? —El aliento de Dalton me hace cosquillas en la piel debajo de la oreja y me pone la carne de gallina. Su cuerpo está tan cerca del mío, su boca casi rozándome el lóbulo, que tengo que reprimir el impulso de cerrar los ojos e inclinarme hacia él. Me recuerdo a mí misma que sólo lo hace para que le escuche por encima de la música, no porque quiera acercarse a mí.

—Claro —le grito. Un relámpago me sube por el brazo cuando me agarra de la mano y tira de mí hacia la barra. La suelta rápidamente cuando nos abrimos paso entre la multitud de borrachos y perdemos la sensación. Unos minutos después, me entrega una bebida de colores con un paraguas de papel que sobresale de ella. Agarra su vaso de cerveza y busca un par de asientos vacíos en una de las mesas cercanas a la cabina del DJ.

Le doy un sorbo a mi bebida mientras la incomodidad del principio de la noche empieza a resurgir. Dalton observa a la multitud, haciendo todo lo posible por evitar mirarme. Cuanto más tiempo pasamos allí sentados, más me molesta.

Si no quería salir conmigo, ¿por qué vinimos aquí?

Me bebo el resto de la copa de un trago, me levanto de la silla y me dirijo a la pista de baile. Me parece oír que Dalton me llama, pero hay tanto ruido que es difícil asegurarlo. Empiezo a

moverme, el licor y el champán recorriendo mi cuerpo y aflojando mis miembros, mis inhibiciones desapareciendo lentamente.

Bailo sola durante varios minutos, sin preocuparme por no tener pareja, sobre todo si no puede ser Dalton. Hasta que un hombre muy alto, muy guapo, con la cabeza rapada y la piel morena se acerca a mí, sus ojos apreciativos recorriendo mi cuerpo. Me dedica una sonrisa genuina antes de inclinarse para hablarme al oído.

—¿Puedo bailar contigo? —pregunta con voz grave y ligeramente acentuada.

Su aroma impregna el aire a mi alrededor. Huele increíble, un aroma limpio y masculino con un toque picante. Y es lo bastante considerado como para pedirme que bailemos juntos, a diferencia de la mayoría de los chicos con los que me había cruzado en los clubes, a los que les gusta acercarse a ti y empezar a manosearte y a intentar tirársete en seco. Definitivamente, este tipo merece mi atención. Luce como una mezcla de Morris Chestnut y Tyson Beckford. No voy a negarme a tener su cuerpo cerca del mío. Tal vez podría hacerme olvidar a Dalton por un rato, olvidar el amor no correspondido que me restriega en la cara cada segundo del día.

—Claro —le digo coquetamente. Me rodea la cintura con un brazo para acercar nuestros cuerpos y empezamos a movernos. Rápidamente encontramos el ritmo, su cuerpo duro roza el mío mientras bailamos. No puedo evitar sonreír. Es lo más divertido que he hecho desde que llegamos a la isla. Pronto me da la vuelta y vuelve a acercarme a su pecho. Su mano se desliza hasta mi cintura y su gran palma se extiende sobre mi estómago. Se siente bien apretada contra mi espalda.

Pero Dalton se sentía mejor.

Mi sonrisa vacila con ese pensamiento y lo aparto. Este hombre quiere estar aquí conmigo, quiere estar en mi espacio, moviendo su cuerpo contra el mío. Me niego a dejar que los pensamientos sobre mi compañero de piso arruinen este momento.

Mi sonrisa se desvanece por completo cuando levanto la vista y veo a Dalton mirándome fijamente, con los ojos encendidos de furia. Está de pie junto a la barra, con una postura rígida y un vaso en la mano. Tira el trago hacia atrás y se lo pasa de uno solo antes de volver a dejar el vaso junto a otro vacío y limpiarse la boca con el dorso de la mano. Se acerca a nosotros con los puños y la mandíbula apretada. La canción que está sonando en ese momento llega a su fin y se produce una breve pausa mientras una canción da paso a la siguiente. Es entonces cuando Dalton nos alcanza y dejo de moverme.

—¿Puedo interrumpir? —pregunta bruscamente, mirándome fijamente a los ojos, aunque sus palabras parecen dirigidas a mi pareja de baile.

—Eso depende de la señorita —retumba su profunda voz desde detrás de mí.

Me giro hacia él.

—No pasa nada. Lo conozco —le ofrezco con una sonrisa.

—Muy bien —él dice, sus ojos parpadeando a Dalton antes de aterrizar de nuevo en mí—. Nos vemos…

—Taylor —le digo.

—Nico —responde, tendiéndome la mano. La tomo entre las mías, disfrutando de su calor y su fuerza. Se inclina hacia mí y me besa en la mejilla antes de desaparecer entre la multitud.

Me giro para fulminar con la mirada a Dalton por interrumpir mi diversión, pero invade mi espacio, atrayéndome hacia su pecho antes de que tenga oportunidad. Empieza a moverse inmediatamente mientras la música va in crescendo, volviendo a su intensidad anterior. *No Letting Go* de Wayne Wonder marca el ritmo de nuestro primer baile de la noche. Espero que

escuche la letra y deje de contenerse. Quiero que se suelte y me deje entrar, pero dudo que lo haga.

Estoy tan asombrada de que baile conmigo y de que nos permita acercarnos tanto, dejando que nuestros cuerpos se toquen, que al principio no presto atención a *cómo* baila. Pero cuando Shakira empieza a cantar y Wyclef a recitar sus rimas, empiezo a darme cuenta de que realmente él sabe moverse.

Dalton James sabe bailar.

Nunca había visto esta faceta suya. En los pocos bailes de instituto a los que asistí, se había mantenido al margen con el resto de los chicos agradables que se negaban a poner un pie en la pista de baile a menos que sus parejas los arrastraran allí para un baile lento.

Su cuerpo se mueve con fluidez al ritmo. Es sensual, sobre todo con una pierna metida entre las mías y su brazo rodeándome la cintura. Sus ojos se clavan en el elástico material negro que se desliza por mis muslos mientras mis rodillas se doblan y ensanchan, mis caderas se curvan y giran, y me doy cuenta de que probablemente puede verme las bragas. Nunca había agradecido tanto la tanga negra de encaje que apenas cubre mis partes íntimas como en aquel momento.

Levanta la cabeza y su mirada se encuentra con la mía. Sus ojos se desvían hacia mi boca y se quedan allí varios segundos. *¿Va a besarme?* Algo parecido al dolor aparece en su rostro y el momento se pierde.

¿Qué demonios ha sido eso?

Se aparta y gira mi cuerpo como había hecho Nico, pero sospecho que es para no tener que mirarme, y eso me escoce. Hace dos segundos, parecía tan intenso y excitado; ¿por qué se apartaría ahora?

La respuesta me oprime la parte baja de la espalda mientras la música cambia de nuevo y yo jadeo. Empieza a sonar *Turn Me On* de Kevin Lyttle mientras Dalton me rodea el medio con un brazo y coloca su otra mano sobre la mía, alineando nuestros brazos. Movemos las caderas al ritmo del otro, con la piel resbaladiza por el sudor. Aparte de su manoseo accidental de aquella mañana, esto es lo más cerca que hemos estado nunca, pero aún no es suficiente. Lo quiero dentro de mí. Su lengua, sus dedos, la longitud endurecida apretada contra mi espalda. Lo quiero todo.

Cuando termina la música, me suelta y da un paso atrás. Me giro hacia él y me doy cuenta de lo tenso que parece mientras se pasa los dedos por el cabello.

—¿Quieres otra copa? —me pregunta, y niego con la cabeza. Se me está pasando la borrachera y lo único que quiero es a él—. ¿Estás lista para irnos? —él suena sin aliento, y lo siento hasta la médula.

¿Yo le hice eso?

—Sí.

Esta vez no me agarra de la mano, pero aun así le sigo. El aire de la noche hela mi acalorado cuerpo en cuanto salimos a la calle. Dalton baja a toda velocidad por la calle y tengo que correr para alcanzarlo.

—¡Espera! —le llamo y él aminora la marcha.

—Lo siento —murmura disculpándose por encima del hombro, sin dejar de arrollar a la multitud.

—¿Quieres hablar de lo que pasó allí?

Finalmente se detiene y se gira hacia mí.

—¿De qué estás hablando?

—Me refiero a ese baile. —Hago un gesto hacia el club, mi tono transmite lo que quiero decir. Fue algo más que un baile y él lo sabe.

Me estudia detenidamente durante un momento, mientras en su mente se libra una guerra silenciosa. Cuando por fin habla, tengo que contener las lágrimas de frustración.

—Sólo bailamos —responde, con los ojos saltando a mi lado y observando a la gente que pasa a nuestro lado.

Sé que no debo hablar más allá de la emoción que atasca mi garganta. Sé que mi voz se quebrará y las lágrimas se derramaran por mis mejillas si intento rebatirle.

—Claro. —Asiento y miro hacia otro lado, de repente demasiado agotada y avergonzada para continuar esta conversación. Esta vez es imposible que me lo esté imaginando. Él se siente atraído por mí. Me desea. La prueba estaba ahí, pinchándome en la maldita espalda. ¿Por qué lo niega? ¿Se siente culpable por Gianna, porque se supone que estarían casados ahora? Ella no se siente culpable por engañarlo. Ella canceló su boda por el tipo que había estado viendo a espaldas de Dalton.

Acelero el paso, mi irritación me impulsa hacia adelante. No espero a Dalton. Él encontrara el camino de vuelta fácilmente. No me necesita. Ni me quiere, me dice una vocecita en el fondo de mi mente.

Cuando llego, me dirijo directamente al dormitorio y me siento en el borde de la cama para quitarme los zapatos. Me duelen los pies de tanto andar y bailar y necesito un largo baño en la bañera exterior. Me quito los zapatos, me acerco a las puertas francesas de cristal, las abro y salgo al patio. Giro el botón del grifo y la bañera blanca y profunda empieza a llenarse de agua, dejando salir vapor al aire fresco de la noche. Vuelvo al dormitorio y me dirijo al cuarto de baño a por una toalla y un paño, mientras me agarro la pinza del cabello de la encimera. Me estoy recogiendo el cabello cuando Dalton entra en la habitación. No dice ni una palabra y yo tampoco, pero parece frustrado. Me alegro. Yo también lo estoy.

Dejo la ropa de cama en la mesita junto a la bañera y vuelvo a entrar para recoger mis cosas de aseo, negándome a reconocer la presencia de Dalton y a dedicarle una sola mirada. Cuando vuelvo, intento en vano bajarme la cremallera del vestido, pero no consigo pasar de cierto punto. De repente, los cálidos dedos de Dalton se posan sobre los míos y me quedo helada. Me ha estado observando mientras intento quitarme el vestido y no dijo nada. Permanezco en silencio mientras arrastra el cierre metálico a lo largo de mi espalda, exponiendo mi piel a la fresca brisa nocturna. Los tirantes caen por mis brazos y los dejo. Me paso el vestido por las caderas, sabiendo que él sigue allí de pie. Ahora estoy siendo una zorra.

Me giro y él carraspea, aparta la mirada y se aleja de mí.

—Te daré un poco de privacidad —dice torpemente mientras se retira al interior. Corro las cortinas para cerrarle el paso, me quito la ropa interior y me meto en el agua.

Cuando termino, me cubro el cuerpo con loción perfumada de coco y me aplico crema hidratante en la cara antes de vestirme para ir a la cama. Dalton no está en el dormitorio, pero oigo voces a través de la puerta cerrada que da al salón. Después de escuchar un momento, me doy cuenta de que sólo es la televisión, así que apago la luz y me meto en la cama. Me quedo despierta un rato, esperando a que venga, pero no lo hace. Finalmente me duermo de madrugada con la desagradable sensación de que se ha ausentado a propósito.

Capítulo Nueve

Dalton

A la mañana siguiente me despierto con el cuello torcido y mi erección mañanera lo bastante dura como para hacer de pata de cabra e impedir que me caiga rodando del sofá. A pesar de no tener a Taylor cerca mientras dormía, seguía soñando con ella. Estábamos de vuelta en el club, bailando y bailando como la noche anterior, pero entonces todo el mundo se desvaneció. Estábamos solos en la pista de baile, pero esta vez aproveché el vestidito y la tanguita que cubría muy poco.

Gruñendo, me incorporo y me limpio el sueño de los ojos. Tendré que colarme en el cuarto de baño para ducharme sin que Taylor me vea y sin que la erección que me cubre los pantalones se haga sentir. Empujo la puerta de la habitación en silencio y me asomo. Ella está de espaldas a mí, pero su respiración es tranquila, así que me cuelo sin hacer ruido y entro en el cuarto de baño, cerrando la puerta tras de mí. Cuando salgo quince minutos después, más limpio y relajado, Taylor bosteza y se estira, con los ojos abiertos.

—Buenos días —le digo, y ella me mira y murmura un saludo aturdido.

Luego da una vuelta de campana y sus ojos se abren de repente y se ponen alerta. Miro hacia abajo y me doy cuenta de mi error. Lo único que tengo para cubrirme es una mullida toalla blanca enrollada sin apretar alrededor de las caderas, con los hombros y el cabello aún mojados por la ducha. Traga saliva visiblemente y aparta la mirada. *Mierda*.

Agarro los calzoncillos, e intenté ponerme los calzoncillos bajo la toalla, sin dejar de cubrirme, pero se me caen al suelo y tropiezo, maldiciendo al agarrarme a la mesilla. Taylor suelta una risita detrás de mí y mis labios se abren en una sonrisa. Sé que estoy haciendo el ridículo, que probablemente *parezco* ridículo, y de repente la tensión de la noche anterior se disipa.

Mi teléfono emite una alerta por correo electrónico y lo abro para ver un recordatorio de la sesión de submarinismo que había reservado para hoy. Compruebo la hora y me doy cuenta de que tenemos que llegar pronto si queremos mantener la reservación.

—¿Qué te parece aprender a bucear hoy? —Los ojos de Taylor se iluminan ante la pregunta y sonrío, complacido por su entusiasmo. Me había puesto nervioso reservarlo cuando se suponía que Gianna iba a estar aquí conmigo. Temía que no se divirtiera o que se negara en redondo a hacerlo. Si no se lavaba el cabello, no le gustaba mojárselo y, desde luego, no le gustaban muchas las actividades al aire libre ni los deportes en general.

Mi sonrisa se desvanece cuando Taylor salta de la cama y se apresura a vestirse. Se supone que iba a pasar esta semana con mi nueva esposa. Se supone que íbamos a hacer todas estas cosas juntos. Cenas a la luz de las velas y hacer el amor todas las noches. Ir a cócteles y bailar juntos en discotecas. Bucear y embarcarnos en cruceros al atardecer, y simplemente descansar en la playa con una bebida afrutada en la mano.

El dolor que esperaba, el que se apoderaba de mi pecho cada vez que pensaba en Gianna y su traición, nunca llega. Me invade la tristeza por lo que perdimos y por todo el tiempo que perdimos para que ella decidiera que quería estar con otra persona, pero ya no me oprime el pecho como si me estuvieran estrujando el corazón. Quizá estoy empezando a olvidarla. Tal vez ni siquiera estábamos destinados a estar juntos. Si lo estuviéramos, no sería tan fácil seguir adelante. No sería tan fácil dejar que otra persona ocupara su lugar. ¿No?

Taylor sale rebotando del baño, con la ropa cambiada y el cabello trenzado hacia un lado, con pequeños mechones revoloteándole alrededor de la cara mientras me sonríe.

—¡Estoy lista! —anuncia.

—¿Tienes tu traje de baño?

—Aquí mismo —dice, sacando un tirante de debajo de su camiseta sin mangas.

Preparamos una pequeña bolsa con lo esencial, como protector solar y ropa de recambio, y nos ponemos en marcha. Taylor va rebosante de energía hasta el centro de formación. Como ninguno de los dos somos buceadores titulados, tenemos que hacer un breve curso antes de poder meternos en el agua. Cuando salimos en el barco, Taylor parece a punto de estallar. Casi espero que se ponga a cantar y bailar. Su entusiasmo es palpable y me alegro de haberla traído conmigo.

Lucho contra el impulso de agarrarle la mano y apretarla, sabiendo que ella se lo tomaría demasiado en serio. Nuestra creciente atracción hace cada vez más difícil apartar mis manos de ella. La línea que separa la amistad del amor se difumina cada día más. Ella me desea. Yo la deseo, pero es fruta prohibida. Siempre lo ha sido. Aiden es mi mejor amigo, mi *más viejo* amigo. No puedo poner esa amistad en peligro sólo por enrollarme con alguien, ni siquiera con Taylor.

No tardamos nada en prepararnos y saltar al agua. Taylor y yo saltamos juntos de la parte trasera del barco y nos sumergimos al mismo tiempo. Exploramos los tesoros ocultos bajo las azules aguas caribeñas, observando los coloridos peces que se acercan. Permanecemos cerca el uno del otro mientras nos acercamos al fondo, deslizándonos más allá del arrecife de coral.

De repente, Taylor me agarra de la mano y acerca su cuerpo al mío mientras sus ojos se abren de miedo. Sigo su mirada y descubro un pequeño tiburón nadando a varios metros de distancia. Ella me mira, el pánico evidente incluso a través de sus visores. Me llevo el dedo a los labios como si la estuviera haciendo callar, aunque sé que eso no cambiará nada en ese momento. Es más bien una advertencia para que se quede quieta y no haga movimientos bruscos. Se acerca más, asustada y temblorosa, así que la rodeo con el brazo en un gesto de consuelo. Me siento tan bien, tan perfecto, teniéndola a mi lado, aunque su tanque de oxígeno me impida apretar la mano contra su espalda lisa y tonificada.

Finalmente, el tiburón se aleja nadando y Taylor se relaja. Flotamos alrededor, navegando por más arrecifes y bancos de peces hasta que se nos acaba el tiempo. Cuando volvemos a tierra, nos ponemos ropa seca y vamos en busca de algo de comer, encontrando un pequeño restaurante informal que sirve cestas de pescado con patatas fritas y gambas palomitas.

Taylor tiene el cabello húmedo sobre los hombros, secándose de forma natural con el aire cálido, mientras la brisa marina se lo mueve de vez en cuando por la cara. Se coloca los mechones rebeldes detrás de la oreja y moja las patatas fritas en catsup antes de devorarlas. Los dos estamos hambrientos. Solo habíamos agarrado algo de fruta al salir por la puerta esta mañana, con demasiada prisa para pararnos a comer algo sustancioso. Saco el celular para ver la hora y me doy cuenta de que tengo otro correo electrónico del complejo. Al abrir la aplicación, casi me atraganto con el enorme trozo de gamba que tengo en la boca. Taylor me mira con recelo

mientras yo toso y bebo un buen trago de agua para aclararme la garganta.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Tenemos que estar en un sitio —le informo, y ella me dirige una mirada interrogante—. Nos dan un masaje dentro de veinte minutos.

Me había olvidado por completo de haberlo reservado hace tantos meses. Ahora recuerdo que había planeado este día estratégicamente. Sabía que, si quería que Gianna aceptara bucear, tendría que recompensarla con algo que le gustara. Así que reservé el masaje en pareja como premio de consolación por su buen comportamiento. Mirando hacia atrás, me di cuenta de lo mal que estaba. Pero ella era muy exigente. Tuve que pasar un par de días con Taylor para darme cuenta de lo mala que se había vuelto Gianna.

Terminamos lo poco que queda del almuerzo y pago la cuenta antes de dirigirnos a la dirección que figura en el correo electrónico de confirmación. Llegamos en un par de minutos. Nos conducen a una cabaña de paja en la playa con cortinas de lino blanco abiertas por tres lados, y nuestros masajistas nos indican que nos desnudemos y nos tumbemos boca abajo, ofreciéndonos cerrar las cortinas para mayor intimidad.

Una vez encerrado en la pequeña cabaña, le doy la espalda a Taylor para no caer en la tentación de mirarla. Sé que, si veo sus pechos desnudos, todo habrá terminado. Nunca tendré fuerzas para resistirme a ella.

—Ya puedes darte la vuelta —dice con un suspiro. Abro los ojos y me doy cuenta de que los había cerrado como protección adicional para no mirarla. Ella ya está boca abajo, con una simple sábana de algodón cubriéndole la parte inferior. Me quito la camisa y los calzoncillos y me meto bajo la sábana, mirándola una vez instalado. Tiene los brazos cruzados bajo la barbilla y se le ve un pecho. Me aparto rápidamente y me centro en la mesa llena de aceites y lociones variadas—. Esto es muy bonito —canturrea, cerrando los ojos.

—Todavía no han empezado —me rio entre dientes.

—Lo sé, pero aun así —ella ofrece—. Se está bien aquí fuera. Me encanta el olor del mar y el sonido de las olas. Es tan tranquilo.

Me sorprende lo sencillo que es complacerla y hacerla feliz. No necesita regalos extravagantes, ni irse de compras, ni una recompensa por bucear. Simplemente disfruta estando allí. Es un soplo de aire fresco.

—Gracias —dice y mis ojos se giran hacia ella. Tengo cuidado de mantenerlos enfocados en su cara y no dejar que bajen a su cuerpo—. No sé si te lo he dicho ya o no, pero gracias por traerme. Este sitio es precioso. —Ella desvía la mirada—. Sé que no soy la persona con la que querías estar aquí —empieza, y se me aprieta el pecho. Quiero detenerla y decirle que está equivocada, pero lo que dice es la verdad. Taylor no es a quien planeaba traer aquí, pero me alegra que esté conmigo—. Pero aun así te agradezco que me dejaras acompañarte. Planeaste unas vacaciones increíbles. —Antes de que pueda decir nada más, las cortinas se abren y se cierran. Durante los siguientes sesenta minutos, recibimos el masaje más relajante que jamás me habían dado.

~~~

Esta noche nos preparan la cena en nuestra villa, otro acontecimiento que planifiqué con antelación. Tenemos el tiempo justo para ducharnos y vestirnos antes de que llegue. Un mayordomo trajeado nos atiende, sirviéndonos a cada uno una copa de vino antes de dejar la
~~~

botella en hielo para que se enfríe. Le despido, asegurándole que no necesitaremos sus servicios hasta que terminemos la comida, y le doy una generosa propina.

—Guau, esto es realmente impresionante. —anuncia Taylor, mirando por encima de la propagación. Aunque nos quedamos en casa para cenar, se maquilló un poco y se arregló el cabello, peinando su larga melena con suaves ondas y recogiendo un lado con horquillas. Lleva un vestido largo azul oscuro con flores de hibisco gigantes estampadas. Sus labios hacen juego con las flores rosa oscuro y no puedo evitar preguntarme hasta qué punto se mancharían si la beso.

Intento alejar esos pensamientos de mi cabeza, ya que necesito terminar la cena sin volver a alterarme por ella. Pero se ve hermosísima. Tiene los hombros bronceados, la nariz y las mejillas salpicadas de pecas. Sus ojos color avellana brillan a la suave luz de las velas que nuestro mayordomo había insistido en encender, con las pestañas negras enmarcando sus orbes salpicados de oro. Un lado de su esbelto cuello queda al descubierto, con el cabello retirado de la cara. Es exquisita y tengo que dejar de mirarla.

—¿Qué es esto? —Taylor pregunta mientras sumerge su cuchara en la sopa.

—Eso es bisque de langosta.

—Mmm —gime cuando se lo mete en la boca y el sonido va directo a mi polla. *Mierda, quédate abajo. Quédate abajo*—. Esto es delicioso.

Ajena a mi agitación interior, sigue comiendo su sopa, emitiendo pequeños sonidos de placer de vez en cuando. Esta va a ser una de las cenas más incómodas de mi vida si no paro. Afortunadamente, se come el resto casi en silencio. Nos acabamos el vino durante el postre, sin nada que nos ocupe la boca. La mía ansía probar la suya.

—¿Qué quieres hacer ahora? —Taylor pregunta.

—No lo sé. No tenía nada planeado para después de cenar.

Me dedica una sonrisa tímida y niega con la cabeza.

—No tienes que planearlo todo. Podemos hacer algo espontáneo —se burla.

—¿Cómo qué? desafío, inclinándome hacia delante y apoyando los codos en la mesa, juntando las manos.

Se lo piensa un momento.

—Podríamos volver al club —propone, y yo me enfado—. O simplemente ir a tomar algo —añade rápidamente, al notar mi reacción—. A algún sitio un poco más tranquilo —añade—. Los dos estamos vestidos y listos para salir. Podríamos aprovecharla al máximo.

Su voz y su expresión son tan esperanzadoras que no podría haberle dicho que no, aunque hubiera querido. Y no se lo digo.

Acabamos en un salón de lujo que está a diez minutos a pie de nuestra villa. Por el camino, me di cuenta de que le tendía la mano, pero me echo hacia atrás antes de que podamos tocarnos. Es tan natural querer abrazarla, entrelazar mis dedos con los suyos.

Una mesera vestida con pantalones negros y un top blanco abotonado hasta la garganta toma nota de nuestro pedido y regresa minutos después con dos vasos, uno lleno de cerveza y el otro de un brebaje de colores brillantes que no reconozco. Hay un grupo de gente de más o menos nuestra edad merodeando cerca y entablamos una conversación con ellos. Suponen que Taylor y yo somos pareja, pero no les corrijo. Es más fácil dejarles creer eso que explicarles las circunstancias que rodean nuestras vacaciones conjuntas. Antes de que acabe la noche, hacemos planes para reunirnos con ellos para cenar y ver un espectáculo dentro de dos noches.

Me detengo en dos cervezas, pero sigo pidiendo a Taylor lo que quiere. Se está poniendo

achispada y la verdad es que es bastante mona. Se pone muy risueña y cariñosa. Se inclina a mi lado, me rodea el bíceps con los brazos y me lo aprieta cada vez que se ríe. Lo disfruto mucho más de lo que debería. Cuando llega el momento de despedirnos de nuestros nuevos amigos, los abraza a todos, incluso a los chicos. Uno de ellos se queda demasiado tiempo, con la mano apoyada en su espalda más abajo de lo apropiado. Aprieto los dientes para no decirle que le quite las putas manos de encima.

Nos detenemos a ver algunos lugares más que aún no hemos visitado antes de regresar a nuestra villa.

—Tengo que volver aquí más temprano para poder ir de compras. —Taylor mira con nostalgia el escaparate de una pequeña boutique—. ¡Dios mío, necesito esos zapatos! —exclama, apretando la mano contra el cristal. Suelto una suave carcajada y la rodeo con un brazo, alejándola suavemente y llevándola de vuelta a la calle.

—Puedes volver y probártelos mañana.

—¿Puedo? —me pregunta, mirándome con sus grandes ojos de cierva.

En ese momento, parece tan joven e inocente, lo que me hace sentir aún peor por todos los pensamientos salaces que he tenido sobre ella. La sujeto con firmeza y aparto las manos rápidamente, como si me hubiera quemado. Se tambalea un poco y me preparo para agarrarla en caso de que se caiga, pero recupera el equilibrio con facilidad. Está borracha, pero no tanto como para caerse de bruces y vomitar.

Cuando volvemos, dejo a Taylor en nuestro dormitorio y salgo rápidamente cuando empieza a desvestirse mientras yo aún estoy en la habitación. Cierro la puerta tras de mí y voy a la cocina, donde agarro una botella de agua y algunos analgésicos para ella. No está allí cuando regreso, pero la puerta del baño está cerrada y escucho correr el agua, así que se los dejo en la mesilla. Enciendo la televisión en la sala y me pongo cómodo. Esta noche volveré a dormir en el sofá. Taylor ya está más susceptible de lo normal debido al alcohol y, con sus inhibiciones disminuidas, no quiero arriesgarme a caer en una tentación contra la que no podré luchar.

Capítulo Diez

Taylor

Tengo la cabeza un poco confusa y un dolor sordo detrás de los ojos cuando los abro. La luz del sol entra por la ventana y me tapo con la manta. Quiero volver a dormirme, pero la botella de agua que bebí anoche antes de desmayarme me presiona la vejiga con insistencia. Menos mal que Dalton había pensado en traérmela junto con algunos medicamentos. Si no, estaría aún peor. Al pensar en Dalton, me quito la sábana de la cara y miro el espacio que tengo al lado. Está vacío.

Mi corazón se hunde. Anoche no volvió a la cama. Evitó dormir conmigo. Tal vez fue lo mejor. Tal vez ambos necesitamos un poco de espacio. Yo, desde luego, necesito aclarar mis ideas y dejar de fantasear con la idea de que por fin se dé cuenta de que está locamente enamorado de mí y me lleve a la cama. Entro de puntillas en la sala principal y veo a Dalton acurrucado en el sofá. Él es demasiado alto para dormir en él, pero no quiero sentirme mal por su incomodidad. Tiene una cama matrimonial perfecta para dormir si quiere. Es culpa suya si quiere estar acurrucado en el sofá.

Agarro otra botella de agua del refrigerador y me preparo tranquilamente un pan tostado. Mi estómago se siente bien, pero no voy a ponerlo a prueba poniéndole algo demasiado pesado después de una noche de copas. Después de mi sencillo desayuno, me cepillo los dientes y me lavo la cara antes de vestirme con mi bañador favorito. Lo había comprado sólo para este viaje. Es un poco más pequeño de lo que llevo normalmente, pero siempre he oído que la gente es más relajada y acepta ver un poco más de piel una vez que sales de Estados Unidos.

Me pongo la parte de abajo que es de corte brasileño y, de espaldas al espejo de cuerpo entero, me giro para mirar por encima del hombro. Me resulta un poco incómodo ponerme algo así, pero estoy contenta con mi aspecto. Hago ejercicio varias veces a la semana y cientos de sentadillas, así que tengo el trasero firme y redondo. La parte de arriba es un bikini normal con tirantes finos, copas forradas y ligeramente acolchadas con aros y cierre en la espalda. Me cubro de crema solar, agarro la toalla y me dirijo a la tumbona.

Si Dalton quiere acompañarme cuando se despierte, puede hacerlo, pero no voy a desviarme de mi camino para traerlo aquí. Una hora más tarde, aparece a mi lado, vestido con pantalones cortos y con una bolsa de papel blanco de la cafetería de la calle.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—Depende —respondo juguetonamente, y sus labios se tuercen.

—¿De qué?

—¿Qué llevas en la bolsa? —Giro las piernas y me siento en un lado de la silla. La abre, con el papel arrugándose entre las manos, y saca un beignet.

—¡Oooh, dámelo! —Lo alcanzo y me lo da fácilmente—. Mmm —gimo, devorando la bola de masa frita esponjosa cubierta de azúcar en polvo. Los beignets son mis favoritos. ¿Él lo sabe o

es una feliz coincidencia?

—¿Leche con chocolate? —pregunta mientras le tiendo una botellita de plástico cerrada.

—Gracias. —Es como si me hubiera leído la mente.

Comemos nuestro desayuno cargado de azúcar, mi segundo desayuno, en silencio. Cuando se acaban los pasteles y la leche con chocolate, me ofrezco a llevar toda la basura al interior y tirarla. Cuando vuelvo a salir, Dalton se está rociando con protector solar en el patio. Me giro para cerrar la puerta y le escucho soltar una palabrota. Suponiendo que debe de haberle entrado algo de spray en los ojos, me giro rápidamente, dispuesta a traerle agua para que se lo quite. No estoy preparada para lo que me espera. La mirada oscura de Dalton se clava en mí, calentándome la piel. Me encojo en la esquina del patio mientras se acerca a mí.

—¿Qué coño llevas puesto? —gruñe, deteniéndose a escasos centímetros de mí.

—¿Qué?

—No te hagas la tonta conmigo. El noventa por ciento de tu culo está a la vista de cualquiera.

Su pecho se agita y el mío también, pero él respira fuerte y deprisa por la rabia y yo por la excitación. O tal vez es al revés. Me mira como si quisiera darme unos azotes en el culo y mandarme a la cama por desafiante. *O para poder devorarme.* La mirada acalorada de sus ojos me hace apretar los muslos, pero sus palabras me hacen enloquecer. *¿Quién coño se cree que es?*

—Es un traje de baño —me quejo.

—Es un tanga —espeta.

—Te equivocas —le contesto—. Es de corte brasileño —le corrijo.

Sus ojos recorren mi cuerpo y sé lo que está pensando. ¿Hay algo más en la parte inferior de mi cuerpo que sea *brasileño*?

—Estás prácticamente desnuda —gruñe, y el sonido me provoca un pulso de excitación directo al corazón. Se inclina más hacia mí y apoya la palma de la mano en la pared. Los latidos de mi corazón se disparan, la anticipación de un beso me roba el aliento ya jadeante—. Lo único que *no puedo* ver es la raja.

Su burda declaración debería haber sofocado las llamas de mi lujuria, pero lo único que hace es avivarlas. Tengo que morderme la lengua para no preguntarle si también quiere ver eso.

Sus ojos se dirigen a mi boca y me doy cuenta de que no es mi lengua lo que estoy mordiendo, sino mi labio. Cierra los ojos y se aparta de mí, retirando las manos de la pared. Dando un paso atrás, deja escapar un suspiro contenido y se restriega las manos por la cara.

—Pensé que después de lo que pasó el otro día, tendrías más cuidado con la parte de tu cuerpo que exhibes —vacila un segundo, tragando grueso para no decir lo que quiere decir.

Frunzo el ceño y lo empujo. No voy a dejar que me avergüence por llevar lo que quiero. No importa cuál es su razonamiento, si es por mi hermano o por su equivocada necesidad de protegerme. De ninguna manera me voy a cambiar por él. Si alguien quiere ver el culito respingón que tanto me ha costado conseguir, que lo vea. Puede mirar, pero no tocar. Esa es mi política.

Excepto cuando se trata de Dalton.

Vuelvo a tumbarme en la silla y me tapo los ojos con las lentes de sol. Estoy haciendo pucheros. Me hace sentir pequeña y cohibida, y maldita sea si eso no me convierte aún más en una mocosa. Quizá mañana me *pondré* una tanga. Y haré topless. A ver qué le parece.

Se acerca a mi silla y se queda mirando el mar. Me quedo inmóvil como una estatua esperando a oír lo que tiene que decir. Inspira como si se dispusiera a hablar y suelta un largo suspiro. Sacude la cabeza, se adentra en el mar y se sumerge.

Ajusto la silla para que quedar plana y me tumbo boca abajo. De todos modos, ya es hora de darme la vuelta, pero también es una forma satisfactoria de hacerle un gesto de desprecio mostrando las nalgas apenas cubiertas de las que se queja.

~~~

Dalton

Metí la pata. Joder, es que no puedo hacer nada bien. ¿Por qué tuve que abrir mi bocota y criticar el bañador que Taylor se puso?

Supongo que es porque era eso o arrancárselo del cuerpo e inclinarla para poder ver lo que se escondía bajo ese pequeño trozo de tela.

¿Por qué de repente estoy actuando como un cavernícola de mente cerrada? Yo no soy así. Yo no les digo a las mujeres lo que pueden o no pueden llevar, así que ¿por qué trato así a Taylor? Quizá porque me siento responsable de ella. Aiden me pidió que la cuidara y la mantuviera a salvo, y yo temo que algún canalla se haga una idea equivocada e intente algo con ella si está demasiado expuesta.

La explicación más probable es una que no quiero admitir. La quiero para mí. Quiero ser el *único* que pueda verla así. Quiero ser la única persona con acceso a sus partes más íntimas. Pero ella está fuera de mi alcance. Aiden lo dejó perfectamente claro.

Cuando vi ese pequeño bikini, estuve a punto de cruzar la línea y besarla. Con la tensión entre nosotros multiplicándose cada día, nunca pasaremos el resto de este viaje sin matarnos el uno al otro o acabar en la cama. Estoy jodido. Necesitamos poner distancia entre nosotros. Tal vez podría volar a casa temprano y dejarla disfrutar el resto de este viaje en paz.

Tacha eso. Nunca la dejaría sola en un país extranjero. Ya he intentado dormir en otro sitio que no sea su cama, y lo único que conseguí fue despertarme con un caso diario de bolas azules. Ella invade mis sueños cada noche, así que ni siquiera puedo tener un respiro cuando duermo. Algo tiene que ceder.

Temo que explotemos como un petardo lanzado al aire el cuatro de julio, arqueándonos hasta que de repente salten chispas y el cielo nocturno arda momentáneamente.
~~~

Capítulo Once

Taylor

Me voy a portar mal.

Dalton está en la ducha, así que es el momento perfecto para escabullirme de la villa sin ser detectada y hacer mis cosas. Después de nuestra acalorada conversación sobre mi elección de traje de baño, me quedo en la playa la mayor parte del día, alternando entre tomar el sol y hacer cabriolas en la arena y el agua. Puede que sea un poco intencionado sólo para meterme en la piel de Dalton, pero todavía estoy un poco ardida por todo aquello. Al final de la tarde entro en casa, me ducho y me preparo. Me maquillo un poco más y me pongo mi vestido de verano favorito. Es hora de salir a explorar sin mi guardián, y quiero estar guapa por si me encuentro con un hombre menos preocupado por vigilar mi vestuario y más por meterse debajo de él.

Me pongo las sandalias, agarro mi bolso y salgo por la puerta sin hacer ruido. Mi primera parada es en la tiendecita de los zapatos que tanto me habían gustado anoche. Entro, encuentro mi talla y los compro junto con algunas joyas artesanales de fabricación local. Cuando el estómago empieza a rugir, paro en un pequeño restaurante y pido tacos de gambas. Mi teléfono zumba con un nuevo mensaje y echo un vistazo a la pantalla.

Dalton: *¿Dónde estás?*

Yo: *Por ahí.*

Mi respuesta es vaga. No quiero que venga a buscarme. Es mi oportunidad de alejarme de él y de la constante atracción eléctrica que me atrae hacia él como una polilla a una llama.

Dalton: *Me lo imaginaba. Dime dónde estás e iré contigo.*

Yo: *Estoy dando una vuelta. Volveré más tarde.*

Sigo siendo vaga en mis respuestas.

Tres puntitos parpadean en mi teléfono durante varios segundos antes de desaparecer, pero no aparece ningún mensaje. Tengo el dedo sobre el botón para apagar la pantalla cuando vuelven aparecer los puntitos y me quedo quieta. Rápidamente vuelven a desaparecer. Ha estado intentando pensar qué decir, pero no lo ha conseguido. Quizá le había hecho temblar. *Bien.*

Recorro las calles, me detengo en casi todas las tiendas y compro algunos artículos más. Al mirar la hora, veo una llamada perdida de Dalton y un mensaje de texto con fecha y hora de unos minutos más tarde.

Dalton*: ¿Quieres ir a cenar?*

Yo: *Gracias, pero ya he comido.*

Pasan varios minutos hasta que llega su respuesta.

Dalton: *Si cambias de opinión, estoy en Shells & Shakes.*

Sonrío ante su elección gastronómica. Es el mismo sitio en el que había comido antes.

Yo: *Pide los tacos de gambas. Son deliciosos.*

Dalton: *Lo haré. Gracias por la recomendación.*

Termina el mensaje con un emoji sonriente y me relajo al instante. Siento que las cosas vuelven a la normalidad. No estamos discutiendo ni luchando contra la tensión sexual que ha ido creciendo entre nosotros. Supongo que los dos necesitábamos un poco de espacio.

El sol baja en el cielo y los animadores se preparan para los espectáculos nocturnos. Observo cómo bailarinas vestidas de colores se mueven al son de la auténtica música isleña. Mujeres ataviadas con tocados de plumas magentas, naranjas y azafrán se contonean al ritmo de un tambor pegadizo y yo aplaudo al compás. Me quedo mirando un rato, disfrutando de las vistas, los sonidos y la colorida vestimenta, antes de decidirme a dar un paseo por la playa. Hay varios bares y restaurantes pegados a la playa, así que me quito los zapatos y hundo los dedos en la arena. Es fresca al tacto y suave como el polvo.

Me acerco a la villa cuando me llama la atención un pintoresco bar con cabañas de paja. Toda la parte que da al mar está abierta, así que entro y echo un vistazo. Sólo está ocupada la mitad de la barra, pero todos los clientes parecen divertirse. Algunos sorben coloridas bebidas mientras otros sostienen copas de vino o tarros de cerveza. Parece el lugar perfecto para parar a tomar algo.

—¿Taylor? —me llama una voz grave y familiar.

Sigo el sonido hasta la barra y encuentro a Nico de pie detrás de ella, enjuagando un vaso. *¿él trabaja aquí?* Pensé que era un turista como yo cuando lo conocí en el club. Parecía un hombre de negocios adinerado, tan educado, seguro de sí mismo e increíblemente bien vestido, una combinación muy deseable.

Me acerco y tomo asiento en uno de los taburetes de la barra, con una creciente sonrisa dibujándose en mis labios.

—¡Hola! —le saludo—. No sabía que trabajabas aquí.

Sonríe y agacha la cabeza.

—Sí —dice un poco tímido—. Tengo que pagarme la universidad de alguna manera —dice, con una sonrisa radiante que no vacila en ningún momento.

—No hay nada malo en ello —elogio, ganando un nuevo respeto por él. Cualquiera que haya tenido que esforzarse para ir a la universidad y no haya tenido a nadie que pague la factura merece algo de reconocimiento.

—¿Qué vas a beber, guapa?

Me sonrojo, disfrutando de su atención y cumplido.

—¿Cuál es tu especialidad? —pregunto, con un aire de coqueteo en mi voz. Tal vez Nico es justo lo que necesito para sacar a Dalton de mi sistema. Nunca me han gustado los ligues al azar ni los rollos de una noche, pero pasar una o dos noches en la cama de Nico y no volver a verle nunca más sería menos vergonzoso que toda mi relación más reciente.

Mi sonrisa cae al pensar en Jason y en lo que hizo. No. Esta noche no pensaré en él. Había

conseguido apartar de mi mente a Jason *y* las consecuencias de nuestra desastrosa relación amorosa durante toda la semana. Me niego a dejar que ese veneno se filtre y empañe mi velada.

Nico levanta un dedo en un gesto para que espere un momento y se gira hacia el estante lleno de botellas de licor que hay detrás de la barra. Saca un par y vierte un poco de cada una en un vaso antes de añadir una bola de hielo y un poco de mezcla azul para cócteles. Lo remueve, pone una naranja en el borde y lo desliza por la barra. Tomo un sorbo tentativo. Es dulce y un poco ácido, con un toque cítrico.

—Esto está muy bueno —elogio.

—Gracias, lo llamo 'Zumo de Nico'.

Se me calienta la cara al oír aquel nombre tan sugerente y sé que probablemente mis mejillas están de un rosa intenso. Doy un gran trago a la bebida fría para refrescarme y ocultar el rubor.

Me siento en la barra durante mucho tiempo, hablando con Nico de todo, desde la escuela hasta trabajos y aficiones. Sigue atendiendo a otros clientes, pero siempre vuelve a mí, y retomamos la conversación donde la habíamos dejado.

Estamos riéndonos de una historia que Nico me cuenta sobre un cliente que había encontrado recientemente desmayado detrás de la barra cuando levanta la vista y se le cae la sonrisa de la cara.

—Tu amigo está aquí. —Me hace un gesto con la cabeza y me giro en mi asiento. Dalton nos observa, con la mandíbula apretada como si me hubiera pillado haciendo algo malo. Se acerca a la barra y se pone delante de mí, haciendo todo lo posible por impedirme ver a mi nuevo amigo.

—Te he buscado por todas partes. —Su voz es tranquila y firme, a pesar de la tensión que siento en él.

—No sabía que tenía que reportarme contigo —respondo con dulzura, dando un sorbo a mi bebida. Sus ojos se posaron en el vaso y frunció el ceño.

—¿Qué demonios es eso?

—Es Zumo de Nico. —Sé lo que llamar a la bebida distintiva de Nico por su nombre haría al ya ardiente temperamento de Dalton, pero no puedo evitarlo. Me lo estoy pasando bien, y potencialmente me lo habría pasado aún mejor con mi nuevo conocido más tarde esta noche antes de que Dalton entrara y me atizara.

Se le tensan los músculos de la mandíbula, pero mantiene la compostura. Me quita la bebida con calma, la deja sobre la barra, arroja un billete de cien dólares y me agarra la mano. El inesperado contacto me produce una onda expansiva en el brazo y tardo varios metros en volver en mí y soltarle la mano.

—¿Qué te pasa? —Me quejo—. Me lo estaba pasando bien.

—Ni siquiera conoces a ese tipo. Podría haberte echado algo en la bebida.

—Estás haciendo el ridículo. —Pongo los ojos en blanco y trato de pasar junto a él de vuelta a la barra—. La preparó delante de mí.

Su brazo sale disparado y me agarra por la cintura.

—Es un extraño. Tienes que alejarte de él.

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer! —grito y trato de pasar corriendo junto a él de nuevo, pero no llego lejos. Me agarra y, con un movimiento fluido, se agacha y me eleva en el aire. Suelto un quejido cuando mi estómago aterriza sobre su hombro.

—¡Bájame, neandertal! —Exijo, pateando mis piernas.

—Si vas a comportarte como una niña, entonces voy a tratarte como tal —brama, y yo jadeo —. Mocosa —murmura en voz baja.

Me quedo helada de incredulidad. ¿Es esto la vida real? ¿En serio Dalton James me lleva al hombro como si fuera una niña petulante e incontrolable?

Me estremezco cuando me doy cuenta de que su mano está apoyada en la parte posterior de mi muslo. Si la desliza un par de centímetros más arriba, sus dedos podrían estar en mis bragas. Saluda a alguien con un rápido gesto de la cabeza, sacándome de mi fantasía. ¿Qué demonios me pasa para pensar en *eso* en un momento *así*? La pareja se detiene y se gira para mirarme cuando Dalton pasa a su lado. Les hace un pequeño gesto con la mano para que no tengan la tentación de intervenir o llamar a seguridad.

Cuando están fuera del alcance de mis oídos, gruño—: Bájame. —Dalton me ignora y sigo caminando.

—He dicho que *me bajes* —ordeno esta vez más alto, zafándome de su agarre.

—No te muevas —me ordena y me agarra la pierna con más fuerza. La sensación es excesiva, una mezcla de excitación y frustración.

—Dalton James, bájame ahora mismo o que Dios me de control, porque si me da fuerzas… —No llego a terminar mi amenaza porque me deja caer sin miramientos sobre la arena, aterrizando sin gracia sobre mi trasero.

Me levanto y me quito la arena de la falda antes de abalanzarme sobre él.

—¡Hijo de puta! —grito, empujándole el pecho, pero él me agarra por los hombros y me mantiene a distancia—. ¿Cuál es tu problema?

—Cálmate, Taylor.

—¿Que me calme? ¡Acabas de arruinar mi noche! Tenía planes.

Sus ojos se entrecierran y una expresión asesina se desliza por su rostro.

—¿Qué pensabas hacer?

Le quito el brazo de encima y retrocedo.

—¿Y a ti qué te importa? —Él hace una mueca de dolor y se lleva los dedos al cabello. Lo único que consigue es despeinárselo aún más, lo que aumenta su atractivo sexual.

—Le prometí a tu hermano…

—No —lo detengo—. No hagas que esto tenga que ver con Aiden —le advierto—. Los dos somos adultos y somos libres de tomar nuestras propias decisiones. Yo no te impediría hacer algo que quisieras hacer. Merezco la misma consideración. —Se agarra la nuca con frustración, con emociones contradictorias invadiendo sus facciones—. ¿O crees que, ya que has pagado por todo esto? —empiezo, señalando a nuestro alrededor con las manos—. ¿Tienes algo que decir sobre lo que hago mientras estamos aquí?

Sus ojos se abren de par en par y se fijan en mi cara.

—Dios, no. Nunca pensaría eso.

—¿Entonces qué es? Porque si conocieras a alguien que te gustara y quisiera volver a su habitación y divertirte un poco, no trataría de impedírtelo. —Aunque el mero pensamiento hace que el dolor me atraviese el pecho. Me destruiría, pero yo no tendría nada que decir al respecto. Cualquier hombre en su posición estaría listo para una aventura sin ataduras en un paraíso tropical después de haber sido prácticamente abandonado en el altar. No le culparía, aunque me rompería el corazón.

—Joder, podrías haberte liado con esa azafata que te estuvo mirando con ojitos saltones todo el viaje mientras yo dormía, y yo no podría decir nada al respecto, porque *no es asunto mío*. —Digo las últimas palabras despacio, con la esperanza de que se me entienda, aunque la idea de que se la hubiera tirado en el baño de primera clase me da ganas de vomitar.

—Ella se ofreció —él dice en voz baja.

—¿Qué? —pregunto, atónita. Realmente no quiero saber nada más, no quiero oír lo que había hecho con ella, pero la pregunta sale de mi boca antes de que pueda volver a formularla.

—Esa azafata —empieza y yo lucho contra el impulso de taparle la boca con las manos—. Me hizo una proposición. Se ofreció a chupármela —explica. Se me revuelve la bilis en el estómago. Llevo cuatro días fantaseando con él y él se había excitado un poco en el avión—. Pero la rechacé.

Mis ojos se clavan en los suyos y me doy cuenta de que son tan brillantes e intensos, incluso a la luz de la luna.

—¿Por qué? —*Cállate, Taylor. Deja de hacer estas preguntas. Puede que no te gusten las respuestas.*

—Porque ella no es la que me enciende. —Se acerca más a mí, tanto que tengo que inclinar la barbilla hacia atrás para mantener el contacto visual—. La chica que me prende eres *tú.*

Abro la boca para hablar, pero no sale ningún sonido porque sus labios están sobre los míos. Me acaricia la cara con una mano y me clava los dedos en el pelo mientras me rodea la cintura con el otro brazo, estrechándome contra él. Mis labios se separan en un gemido y su lengua se desliza en mi interior. *Este* es el momento que había esperado desde aquella fatídica noche en su todoterreno, hace tantos años.

Se acaba demasiado pronto y me aguanto un gemido. Me aparta el cabello de la cara y me estudia.

—Siempre te he deseado —confiesa y mis rodillas casi ceden.

—¿Qué? pregunto, estupefacta.

—Hace mucho tiempo que quiero hacerlo —admite, cerrando los ojos y apoyando la frente en la mía—. Desde aquella noche que te llevé a casa después del partido —empieza, pero niega con la cabeza—. No, incluso antes —aclara—. Pero tu hermano me hizo prometer que no iría tras de ti. Me advirtió que me mantuviera alejado y yo lo respeté, respeté sus deseos —él dice, con el dolor brillando en sus ojos—. Pero ya no puedo mantener esa promesa.

Me mira a los ojos, pidiéndome confirmación de que yo también quiero esto.

Por primera vez desde que tenía quince años y viajaba de copiloto en su carro, acorto la distancia entre nuestras bocas y lo beso. Gime y me aprieta con más fuerza. Su mano se enreda en mi cabello y la tensión que había sentido desde que subimos al avión hace cuatro días se desvanece.

Sus labios se estrellan contra los míos, siguiendo el ritmo de las olas que golpean a la orilla. Me mordisquea y saborea, acercando mi cuerpo a él todo lo posible. La dura cresta de su excitación me presiona el vientre y gimo en su boca. Gime y me abraza. Mis piernas se aferran a su torso, sus manos me agarran el culo y empieza a andar.

De alguna manera, conseguimos volver a nuestra villa sin romper nuestro beso. Ignoramos la puerta principal y caminamos hasta nuestro patio trasero. Me lleva dentro y cierra la puerta tras nosotros. Mi espalda se apoya en el colchón y él coloca sus caderas entre las mías. La presión de su erección contra mí ya húmedo centro hace que mi espalda se arquee sobre la cama.

Dalton me besa desde la boca hasta el pecho, rozándome suavemente con los labios la barbilla y la mandíbula, y saca la lengua para saborear la piel que me cubre la garganta. Me tira de la parte delantera del vestido, dejando al descubierto el sujetador mientras los finos tirantes caen por mis brazos.

—Joder —gime cuando empuja las copas hacia abajo, dejando mis pechos al descubierto.

Baja la cabeza y se lleva una punta rosada a la boca, chupando suavemente.

Yo grito de placer. Hace girar su lengua alrededor del pico tieso y mis manos suben para agarrar su cabello. Mima ese pecho antes de pasar al siguiente y prestarle la misma atención. Finalmente, baja por mi cuerpo y me levanta el vestido, tocándome el borde de las bragas.

—He soñado con tu sabor todas las noches —confiesa, metiendo el dedo en el elástico y recorriendo toda la parte delantera. Mis músculos se tensan cuando el dorso de su dedo me roza humedeciendo su piel con mi excitación—. Me despierto tan duro pensando en este dulce —empieza, apartando mis bragas y metiendo un dedo en mi cuerpo—. Y apretado coño.

Jadeo ante la sensación y sus traviesas palabras. Su dedo entra y sale de mí varias veces antes de deslizarse hacia arriba y rodear mi clítoris. Cierro los ojos y vuelvo a apoyar la cabeza en el colchón mientras él continúa con su eufórico movimiento.

—Si quieres que pare, dímelo antes de que esto vaya a más —advierte Dalton, deslizando de nuevo su dedo dentro de mí. Una vez que mis paredes están generosamente lubricadas, desliza un segundo dedo dentro y los curva hacia delante.

—¡No! —grito, un poco alto. Una sonrisa curva sus labios, su expresión complacida—. No pares —le suplico sin aliento. Retira los dedos y estoy a punto de gritarle que los vuelva a poner, pero las palabras se me atascan en la garganta cuando empieza a deslizarme las bragas por las piernas. *Olvídalo. Continúe, señor*.

Me mira a la cara mientras desliza la tela por un pie y luego por el otro. Se inclina y sella su boca sobre la mía, besándome con una ferocidad que nunca antes había experimentado. Cuando vuelve a levantarse, sus ojos recorren mi cuerpo y su expresión de placer me calienta la piel. Estoy tumbada con el vestido bajado y los pechos al aire, la falda subida por la cintura y las nalgas completamente desnudas. Me mira como si fuera la mujer más hermosa que hubiera visto jamás, como un hombre hambriento que admira un festín antes de probarlo por primera vez.

Por fin baja la cabeza y sus labios se aprietan contra el hueso de mi cadera. Intento ser paciente, pero mis caderas empiezan a girar por sí solas, inclinando mi centro hacia su hábil boca. Se ríe contra mi piel y mi impaciencia no influye en su ritmo. Se toma su tiempo burlándose de mí, tentándome, aumentando mi necesidad a cada segundo que pasa antes de que, por fin, gloriosamente, su lengua roce mi tierno capullo. Me arqueo sobre la cama, casi corriéndome al primer lametón después de lo que me parecen horas de espera. Sus dedos vuelven a mi abertura y presionan dentro. El orgasmo se apodera de mí rápidamente y mi cuerpo tiembla con las réplicas.

Él vuelve a besarme hasta el pecho y se queda allí un momento antes de volver a mis labios.

—Siéntate —me ordena suavemente, y yo obedezco. Me desabrocha el sujetador y lo tira a un lado antes de subirme el vestido por la cabeza.

Una vez retirado, el cabello me cae en suaves ondas sobre los hombros, ocultando mis pechos. Me echa el cabello hacia atrás, dejándome de nuevo a su vista.

—Eres aún más perfecta de lo que imaginaba —alaba, admirando mi forma desnuda.

¿Estoy soñando? ¿Acaba Dalton de llamarme perfecta? Esta es cada fantasía adolescente que había tenido hecha realidad. Mientras la mayoría de las chicas babeaban por Taylor Lautner y Channing Tatum, yo soñaba con que mi primer chico fuera Dalton y esperar que fuera el único hombre que me conociera íntimamente.

Por fin me doy cuenta de que sigue completamente vestido. Hay que remediarlo de inmediato. Agarro el dobladillo de su camisa y empujo la tela hacia arriba, dejando al descubierto sus firmes abdominales. Saco la lengua para humedecerme los labios y ansío lamer

cada protuberancia de su paquete de seis, no, mejor dicho, de ocho. Agarra el cuello de la camisa y tira de ella hasta quitársela. Me acerco a su bragueta mientras sus manos se posan en el botón y, juntos, le desabrochamos los calzoncillos en cuestión de segundos. Se los quité por completo y él los apartó de un puntapié.

Impaciente, le bajé los calzoncillos por las caderas, dejando al descubierto su impresionante erección. Trago saliva al ver su tamaño y al mismo tiempo se me hace agua la boca, ansiosa por probarlo. Rodeo su pene con la mano y lo miro. Me observa absorto, apartándome el cabello de la cara con ternura. Me muero de ganas de hacerle sentir tan bien como él me hacía sentir a mí.

Abro la boca, cubriéndome los dientes inferiores y el labio con la lengua, y lo acojo. Exhala un suspiro y sus dedos se aprietan contra mi cabello. Mierda, esto es ardiente.

—Taylor. Joder. —Su voz es tensa, pero de la mejor manera posible. Le doy la vuelta, acariciándole con la mano, deslizando los labios y la lengua por su pene.

—Taylor —respira mi nombre—. Taylor, vas a tener que parar.

¿Por qué querría que pare? Pensé que estaba disfrutando de esto.

Me tira suavemente del cabello y dejo que se suelte. Me levanta con un brazo alrededor de la espalda y el otro enganchado detrás de la rodilla y me coloca en medio de la cama. Su cuerpo cubre el mío y su polla roza mi vientre.

Oh, mierda.

Aprieto las caderas, deslizando su erección contra mi carne resbaladiza. —Necesito estar dentro de ti —gruñe, y de pronto comprendo por qué me ha hecho parar.

Se aparta y salta de la cama, agarrando los pantalones del suelo y sacando la cartera de un bolsillo. Agarra un paquete cuadrado de papel de aluminio, vuelve a la cama y lo abre con los dientes. Observo, embelesada, cómo se coloca la funda de goma en la punta y la hace rodar por su longitud. Eso va a estar dentro de mí.

Dios mío, esto está ocurriendo de verdad. Por fin estoy consiguiendo lo que había deseado todos estos años, y es aún más glorioso de lo que podría haber imaginado.

Una vez colocada la protección, se coloca entre mis piernas y no tarda en devorarme la boca con un sensual beso, en el que su lengua se introduce y se enreda con la mía. Le siento en mi entrada y levanto las caderas, empujándole hacia delante, animándole a dar el paso. Y lo hace. Gloriosa gratificación tardía. Este es el sexo que había estado intentando tener durante los últimos ocho años.

Me penetra con suavidad, dando a mi cuerpo la oportunidad de adaptarse a su tamaño.

—Eres tan jodidamente estrecha —me dice, con voz ronca y cargada de necesidad y contención. Siento como si estuviera a punto de partirme por la mitad, pero es el dolor más placentero que jamás he sentido. Empieza a moverse, sus caderas entran y salen. Cada pocos golpes, se relaja un poco más y cada vez me pregunto: *¿Cómo puede haber más?* Pero siempre hay más.

Me mira con una expresión que nunca había visto en él. Sus ojos se desplazan sobre mí, observando cada detalle de mi rostro. Lo miro hasta que mis ojos se cierran y mi siguiente orgasmo empieza a crecer. Aumenta el ritmo, acercándome a la liberación con cada caricia, y cuando me corro, él no se queda atrás.

Capítulo Doce

Dalton

Aiden va a matarme.

Me follé a su hermana y no me arrepiento. ¿Por qué tiene que sonar tan tabú? Es adulta, una mujer capaz de tomar sus propias decisiones y de acostarse con quien quiera. Resulta que me había elegido a mí, la única persona que tiene prohibido tocarla. Esto *no* va a salir bien. Él se va a enterar porque, francamente, pienso volver a hacerlo. Y otra vez. Y otra vez. De hecho, espero convertirlo en algo habitual.

Mi mente se agita mientras abrazo a Taylor. Los dos estamos desnudos y puedo sentir su piel suave y desnuda contra la mía. Se sentía bien acurrucada a mi lado, con mi brazo alrededor de sus hombros y su cabeza apoyada en el pliegue del mío. Había esperado *años* por esto. Solo espero no haber puesto en peligro mi amistad con Aiden. Quiero decir, él puso esos límites cuando éramos adolescentes. Seguramente no espera que los respete. Taylor ya no necesita su protección. Ya no debe protegerse de los cachondos con los que fuimos al instituto. Taylor es inteligente y capaz de elegir una pareja basándose en sus propios deseos y necesidades. Sólo espero que él sea capaz de verlo y no me corte la polla cuando llegue a casa, después de que inevitablemente se entere de que me he liado con ella.

Cierro los ojos e intento calmar mi mente acelerada. Nos espera otro día lleno de aventuras y necesito descansar. Con suerte, el día empezará con más ejercicios aeróbicos horizontales.

~~~

Cumplo mi deseo cuando me despierto a la mañana siguiente. La mano pequeña y suave de Taylor me presiona el centro del pecho y mi pulso se acelera bajo sus dedos. La desliza lentamente por mi abdomen y los músculos se tensan ante el roce. Su tacto es eléctrico. Me hormiguea la piel dondequiera que me toque, una corriente de deseo que pasa por su mano y aterriza entre mis piernas. Me pongo rápidamente a la altura de las circunstancias y, cuando me toca, ya estoy duro y preparado. Un gemido deja mi garganta cuando sus dedos rodean mi polla. Lucho contra el impulso de empujar mis caderas hacia ella, clavando mis dedos en su cadera.

Me dejo envolver por su aroma, disfrutando del dulce perfume a vainilla y coco que impregna el aire. Había algo más que se pega a su piel, apenas perceptible más allá de su delicioso aroma. Hay notas de especias y bergamota, una mezcla que me resulta demasiado familiar. Es *mi* olor aferrándose a su cuerpo, como prueba de que hemos compartido una conexión íntima. Y me encanta, joder.

El momento con el que había fantaseado durante años por fin se hizo realidad. Había olvidado cuánto la deseaba. Amaba a Gianna y sólo le era leal a ella cuando estábamos juntos. Cada vez que me asaltaban pensamientos sobre Taylor, los apartaba de mi mente y me centraba
~~~

en la mujer con la que pensaba pasar el resto de mi vida. Ahora que tengo a Taylor, me doy cuenta de que esas fantasías no tienen nada que ver con la realidad.

La pongo encima de mí y se sienta a horcajadas sobre mis caderas. Sigue agarrada a mi cuerpo y continúo bombeando. Tiene los labios rosados por mi beso y la piel enrojecida.

—Necesito estar dentro de ti —confieso, y sus ojos se cierran.

—Yo también lo necesito. —Su voz es suave y tenue, apenas audible por la sangre que corre por mis oídos.

—Sujétate —le digo, y salgo de debajo de ella. Busco mi maleta en el vestidor y rebusco en la cajita de cartón que había metido por si acaso. No había planeado usarlas con Taylor, pero tampoco había planeado *no* hacerlo.

Cuando subí a aquel avión hace cinco días, no tenía ninguna expectativa respecto a mi compañera de viaje. Todavía estaba lamiéndome las heridas, con el corazón y el ego maltrechos y magullados por la traición de Gianna. Todavía me escocía cuando pensaba en ella, pero ya no me hacía doler el centro del pecho. Taylor me está curando. Ella es todo lo que quiero, pero no sabía que necesitaba.

Por fin agarro los condones y regreso a la cama. Por suerte, la noche anterior llevaba uno en la cartera y no tuve que hacer una misión de búsqueda y recuperación para encontrarlos. Fue una suerte, porque podría haber hecho alguna estupidez en el calor del momento. Ese pensamiento me devuelve a la sobriedad y me recuerda que debo concertar una cita con mi médico para hacerme un chequeo cuando llegue a casa. Gianna me había estado engañando y, aunque nunca admitió abiertamente que se había acostado con él, yo sabía que lo había hecho. Yo no soy estúpido. Una mujer no cancela su boda la semana anterior por un hombre al que aún no había probado.

Ese pensamiento me hace reflexionar. ¿él es mejor que yo? Siempre parecía bastante satisfecha con nuestra vida sexual, así que nunca consideré que podría estar buscando en otra parte lo que yo no le estaba dando. *Aquello* es un golpe para mi ego, y ahora estoy dejando que mi infiel ex prometida me arruine la mañana con la fantástica mujer con la que compartí cama la noche anterior.

Levanto la vista y todos los pensamientos sobre Gianna se evaporan. Taylor está sentada de rodillas en la cama, con el cabello despeinado y cayéndole en cascada sobre los hombros. Sus ojos me absorben, se lame los labios y hago lo mismo. Ella está completamente desnuda, con su hermoso cuerpo a la vista. Es perfecta. Tiene los pechos turgentes y llenos de un precioso tono rosa. Tiene la piel bronceada y un poco de pecas. Sus brillantes ojos avellana parecen brillar mientras me mira volver a la cama. Están llenos de deseo y de algo un poco más profundo, algo parecido a una adoración largamente guardada.

Algo parecido al afecto se apodera de mi corazón y se extiende por todas las cavidades. Conozco a esta mujer de toda la vida, había crecido con ella, se me había echado encima cuando era adolescente y me había visto obligado a rechazarla. Ahora ya no. No puedo resistirme a ella por más tiempo, mi amistad con Aiden está condenada.

Me acerco a ella, deslizo la mano hasta su nuca y enredo los dedos en su cabello. Atrapo sus labios y vuelco en nuestro beso los últimos ocho años de anhelo. Sus manos suben a mis hombros, rodeo su cintura con el brazo libre y la estrecho contra mí. Mi cuerpo se enciende y mi piel arde por todas partes.

Nos hundimos en el colchón, una maraña de miembros y lenguas. Ella se aprieta contra mi pecho y se sienta a horcajadas sobre mis caderas mientras mi espalda choca con las sábanas. Sé

exactamente lo que quiere y no hay nada que le impida conseguirlo. Pero ¿por qué demonios iba a querer?

Cuando rompo el aluminio, lo quito y desliza la goma por mi pene con avidez. Echo la cabeza hacia atrás y gimo al sentir sus manos sobre mí. Las abro justo cuando ella inclina su cuerpo sobre el mío, alineando toda mi excitación con su entrada. Nuestras miradas se cruzan mientras ella baja hacia mi cuerpo. Separa los labios con un suspiro y lucho por mantener los ojos abiertos para poder observarla. Mueve las caderas y se balancea hacia delante y hacia atrás, dejando escapar un suave gemido mientras se apoya en mi abdomen. Mis manos se extienden sobre la parte superior de sus muslos, agarrándola con fuerza. Sus pechos rebotan y el movimiento me hipnotiza por completo. Dejo que mis manos suban por sus costados y se posen en sus pechos, amasándolos y acariciándolos suavemente. Sus manos suben y se posan en el dorso de las mías y me aprieta, animándome a seguir tocándola. Le rozo los pezones con los pulgares, observando cómo se agitan antes de enrollarlos y tirar de ellos. Ella gime y se arquea ante mis caricias.

Bombeo dentro de ella, tomando el control y marcando un nuevo ritmo. Empieza a gemir y a hacer los mismos ruidos sensuales de la noche anterior, justo antes de correrse. Suelto un pecho y busco su clítoris con el pulgar, rodeándolo, despacio al principio y luego más deprisa, al ritmo de mis embestidas. Ella se desploma, gritando de placer. Yo me calmo poco después, al encontrar mi propio clímax, y su cabeza cae sobre mi pecho. Tardamos varios minutos en recuperar el aliento. Acaricio su cara y acerco sus labios a los míos. Es un beso lento y dulce, y lo saboreo. Quiero recordar ese momento, ese instante en el que no existe nadie más que nosotros. Estamos a cientos de kilómetros de casa, aislados en nuestro pequeño paraíso.

~~~

—¿Qué nos tienes preparado para hoy? —pregunta Taylor mientras nos sentamos en la isla de la cocina a comer fruta fresca y huevos revueltos.

—Tenemos el encuentro con los delfines —empiezo, mirando mi reloj—. En menos de una hora. Luego hay una cascada cerca que me gustaría ver.

Le envío una sonrisa socarrona y su cara se sonroja. Tengo la sensación de que sabe exactamente lo que quiero ver debajo de la cascada.

—Esta noche tenemos reservado un crucero al atardecer, luego cena y espectáculo con el grupo que conocimos la otra noche.

Muchas cosas han cambiado desde aquella noche. Ya no lucho contra la atracción que siento por ella. Ya no evito su cuerpo como si su contacto fuera a abrasarme la piel. Ella me había hecho arder, en lo más profundo de mi ser, donde ardían las llamas de mi deseo, pero ya no rehuía su contacto. Lo ansiaba, lo buscaba ávidamente en cada oportunidad. Incluso ahora, mientras comíamos, tenía la mano en su rodilla, con el pulgar rozando la protuberancia ósea.

—Vaya, vamos a tener un día ajetreado. Todo eso suena increíble.

Una vez terminado el desayuno y fregados los platos, nos preparamos y nos dirigimos a nuestro primer destino del día. Veo cómo Taylor se quita el pantaloncito de algodón y la camiseta de tirantes, dejando al descubierto su traje de baño. Esta vez ha elegido algo con un poco más de cobertura y me siento a la vez agradecido y decepcionado.

Se le ilumina la cara cuando un delfín nada hacia ella en cuanto nos sumergimos en el agua. Extiende una mano y le acaricia suavemente el hocico y la parte superior de la cabeza. Se ríe
~~~

mientras mueve la cabeza arriba y abajo y le salpica la cara. En ese momento, me siento eternamente agradecido de que sea ella la que esté aquí conmigo y nadie más. Gianna habría odiado esto. Habría montado un escándalo porque se le estropearía el maquillaje. Taylor, por otro lado, tiene la cara fresca y está completamente sin maquillaje, salvo por un poco de bálsamo labial y protector solar. Se ve adorable, con el cabello largo recogido en un moño desordenado y una ligera mancha de pecas a la vista.

Tengo que dejar de hacer esas comparaciones. Tengo que dejar ir a Gianna y dejar de dejar que sus recuerdos empañen el aquí y ahora. Ella es mi pasado. Taylor es… bueno, es mi presente. No puedo pensar en lo que me depara el futuro. Ha sido irrevocablemente alterado en la última semana. Todo en lo que puedo pensar es en el ahora, donde Taylor está al frente y en el centro.

Nos metemos en el agua y jugamos con los delfines hasta que se nos acaba el tiempo. Taylor pone mala cara cuando tenemos que salir y secarnos. Me rio y la abrazo, besándole la cabeza. Es tan mona y divertida. No quiero que este viaje termine nunca.

La cascada no está lejos de donde se encuentra el delfinario. Me sorprende encontrar la zona casi vacía, pero también me entusiasma la perspectiva de tener un poco de intimidad. A pesar de nuestros esfuerzos por secarnos después de nadar con los delfines, nuestros bañadores siguen húmedos. El dobladillo de mi camisa azul claro se oscurece con el agua que se filtra por mis pantalones cortos. El endeble material de algodón que cubre el cuerpo de Taylor se pega a ella como yo quiero, abrazando las curvas y los valles, hundiéndose entre sus pechos y sus piernas. Dios mío, qué envidia me da su ropa. Trago saliva y reprimo un gemido cuando se quita el algodón húmedo de las caderas y baja por las piernas. Tengo que apartarme y pensar en otra cosa antes de avergonzarme a mí mismo.

El agua está más fría aquí que en el mar. Hay más sombra y un flujo constante, pero es refrescante frente al húmedo clima tropical. Nos metemos de lleno y Taylor chilla ante el frío inesperado. Chapoteamos, acercándonos a las cataratas, y Taylor jadea cuando las gotas de agua helada salpican su piel desnuda. La agarro y la estrecho contra mi pecho.

—Te mantendré caliente —prometo contra sus labios. Mis acciones encienden una tormenta de lujuria. Las motas doradas de sus iris brillan como una llama antes de que cierre los ojos y apriete sus labios contra los míos. Nuestras lenguas se encuentran y se produce una lenta danza de seducción. Me rodea el cuello con los brazos y me atrae hacia sí, apretando sus pechos contra los míos. Mis brazos la rodean por el medio y mis manos se extienden por su espalda. Nos besamos hasta que nos quedamos sin aliento y yo me empalmo. Afortunadamente, el agua nos llega al pecho, ocultando la prueba de mi excitación contra su vientre.

—Dalton —ella suspira cuando se interrumpe la conexión. Nos duele el pecho como si acabáramos de correr una maratón.

—Vámonos de aquí. —Se supone que es una sugerencia, pero suena bajo y ronco como una orden. Esto es divertido, y odio perderme de disfrutar más de este hermoso paisaje, pero la necesito. No importa que la hubiera tenido hace sólo unas horas. Me mantengo en vilo, dispuesto a acostarme con ella y enterrarme hasta la empuñadura a la primera de cambio.

Capítulo Trece

Taylor

Después de hacer el amor por segunda vez, pasamos la tarde descansando en la playa. Pedimos que nos traigan la comida y la disfrutamos en el patio, viendo cómo las olas se acercan y chocan con la orilla. Nuestro crucero no empieza hasta dentro de unas horas, así que tenemos tiempo de sobra para relajarnos y tomar el sol antes de prepararnos para la noche. Nos dormimos, el sonido del mar nos arrulla en una siesta vespertina. Cuando despertamos, nuestros cuerpos están demasiado calientes, así que nos damos un chapuzón en el agua azul y cristalina para refrescarnos, vadeando perezosamente mar adentro, agarrados de la mano.

Dalton me rodea con los brazos y me pone una mano en la espalda, justo encima del culo, y la otra entre los omóplatos, acercando nuestros pechos. Se siente como en un sueño, nuestros cuerpos conectados desde los muslos hasta el pecho. Sus labios se encuentran con los míos en un beso suave y lánguido. Se toma su tiempo, saboreando y explorando cada rincón de mi boca.

Nos quedamos en la playa hasta que llega la hora de prepararnos para la noche. Cuando por fin entramos, me meto primero en la ducha para tener tiempo de arreglarme. Estoy enjuagándome el acondicionador del cabello cuando una ráfaga de aire frío golpea mi piel húmeda. Me paso una mano por la cara para quitarme el exceso de agua de los ojos antes de abrirlos. Dalton está de pie frente a mí, con sus ojos entornados recorriendo mi cuerpo. Entra en la ducha y por fin me doy cuenta de que está desnudo. Y tan empalmado. Trago saliva, la visión de él en toda su gloriosa perfección desnuda me dificulta de repente respirar o tragar.

Cierra la puerta de cristal tras de sí y se acerca a mí sin mediar palabra. Sus brazos rodean mi torso y su boca desciende sobre la mía, su lengua se desliza por el borde de mis labios. Le permito el acceso de buen grado. Cuando gira las caderas y su erección se desliza sobre mi piel húmeda, gimo dentro de su beso mientras el agua cae en cascada sobre nuestros cuerpos.

Se aparta, con un destello de picardía brillando en sus profundos ojos castaños. Sus manos se deslizan hasta mi frente, una me agarra por la cadera y la otra sube lentamente por mi costado hasta tocarme el pecho. Se me corta la respiración cuando su pulgar roza el tierno capullo. Se arruga cuando lo rodea, persuadiéndolo de que se ponga tenso.

Su cabeza desciende, su boca caliente sustituye a su mano, y mis ojos se cierran mientras mis brazos suben para enmarcar sus hombros. Una mano se desliza por su cabello, agarrándolo con fuerza, y siento cómo sonríe contra mi piel. Su mano roza mi vientre, sus dedos siguen la fina estela de rizos antes de hundirse en la acogedora calidez que le espera. Echo la cabeza hacia atrás y se me escapa un gemido. Me empuja hacia atrás hasta que mis omóplatos chocan con la fría baldosa y jadeo. Su boca abandona mi pecho y se arrodilla frente a mí. Se observa a sí mismo dándome placer durante un momento y mis músculos internos se cierran en torno a su dedo. El acto es tan erótico y me siento vulnerable con él mirando la parte más íntima de mi cuerpo, pero es tan increíblemente sexy.

Se me calienta la piel y se me aprieta el vientre. Cuando por fin se inclina hacia mí y me da una larga y lenta lamida, grito. La sensación es abrumadora, pero quiero que vuelva a hacerlo. Se cumple mi deseo. Vuelve a mi clítoris y lo penetra con su lengua caliente mientras sus dedos se enroscan dentro de mí. Me empiezan a temblar las piernas y temo desmayarme. Levanta una pierna débil y se la echa por encima del hombro; su mano se desliza por la parte posterior de mi muslo para acunarme el culo como apoyo. Mi orgasmo no tarda en estallar y mis gritos de placer resuenan a nuestro alrededor.

Dalton deja que mi pierna caiga al suelo y se agarra a mí mientras me estabiliza. Su boca encuentra mi hombro y me besa hasta llegar a los labios. Su cuerpo se aprieta contra el mío y le rodeo el cuello con los brazos, atrayéndolo hacia mí. Me muero de ganas de devolverle el favor. Dejo que mis manos se relajen y se deslicen sobre sus hombros, dándoles un suave empujón, rompiendo nuestro beso. Me mira perplejo, inseguro de por qué lo aparto, pero dejo que mis manos sigan bajando por su cuerpo, por su pecho y por las duras crestas de su vientre. Baja la mirada y observa cómo exploro su cuerpo.

Su erección se balancea y flexiona cuando mis manos están a escasos centímetros. Me encanta cómo se anticipa a mis caricias. Lo agarro con la mano y él gime, apoyando una mano en la pared detrás de mí. Lo acaricio varias veces antes de arrodillarme. Aspira mientras mi cuerpo desciende hasta el suelo de baldosas.

—Taylor. —Mi nombre sale en un jadeo, el sonido de un hombre desesperado por mi toque. Abro la boca y acerco mis labios a la corona. Él gime, el sonido de necesidad me estimula. Es grande y es imposible que me lo meta entero, pero lo haré tan profundo como pueda. Mantiene la mano alrededor de la base, acariciando al ritmo de mis chupadas. Un ruido sordo vibra en su pecho mientras lo penetro, no es un gruñido, pero tampoco un quejido. Es primitivo y sexy, y quiero seguir oyéndolo. Sus caderas empiezan a dar pequeños empujones mientras su mano se posa en mi cabello.

—Taylor, joder. Voy a… —La advertencia cae de sus labios mientras ráfagas calientes de líquido golpean la parte posterior de mi garganta. Acabo con él y al instante me levanta y me envuelve en un fuerte abrazo. Su pecho se agita mientras intenta recuperar el aliento—. Lo siento —me dice acariciándome el cabello con la palma de la mano—. Me he dado cuenta de repente.

—Está bien —me rio entre dientes. Normalmente no me gusta, pero con Dalton no me molesta lo más mínimo. Suelta una carcajada, aliviado, y me rodea la cara con las manos, besándome suavemente en los labios.

—Será mejor que te deje salir para que puedas prepararte. No tardaré —me asegura.

Con un último beso, salgo de la ducha y me seco, envolviéndome con la toalla y asegurándola justo por encima de los pechos. Me peino y me aplico un poco de producto para darle ondas playeras antes de empezar a maquillarme. Últimamente no me he maquillado demasiado, pero decido optar por un look más dramático y romántico, teniendo en cuenta la velada que me espera. Un crucero al atardecer con Dalton a mi lado suena como un sueño y quiero estar perfecta para ello.

Cuando Dalton sale, frotando una toalla sobre su torso cincelado, me quedo boquiabierta. No puedo evitarlo. Es tan perfecto. Su cuerpo está increíblemente bien cuidado y sus músculos bien definidos. Me considero una chica afortunada por tener el privilegio de verle desnudo.

—¿Ves algo que te guste? —le dice a mi reflejo, con una sonrisa chulesca que deja ver unos dientes blancos y relucientes.

Veo algo que amo.

¡Vaya, loca! Será mejor que frene ese pensamiento. Las cosas han ido a la velocidad del rayo desde que me confesó que me deseaba desde hacía años, pero eso es ir demasiado lejos, demasiado rápido. Entierro esos pensamientos tan profundamente como puedo y sonrío al espejo.

—Creo que ya sabes la respuesta —respondo juguetonamente.

Lamentablemente, se envuelve la cintura con la toalla, ocultando aquel glorioso pedazo de hombría, y se acerca por detrás. Se inclina y me da un dulce beso en el hombro. Dejo que se me cierren los ojos por un momento, disfrutando de su afecto. Este hombre será mi perdición. Me estoy adentrando en aguas peligrosas, pero no agarraré una balsa salvavidas ni, aunque me la tiren.

—Dejaré que termines de arreglarte. No quiero distraerte —sonríe y me da una palmada en el trasero antes de salir del baño.

Dios mío, ¿en qué me he metido?

~~~

El crucero al atardecer es todo lo que imaginé que sería y más. Nos sirven bebidas y aperitivos mientras nos acomodamos en un banco acolchado. Había elegido un vestido largo sin hombros con una abertura lateral que deja al descubierto una pierna cuando la cruzo. Nos sentamos en ángulo, mi espalda apoyada en su hombro y su brazo alrededor de mi cintura. Cada pocos minutos, me da un beso en el hombro desnudo y yo cierro los ojos, eufórica por la sensación. No puedo imaginarme lo incómoda que habría sido esta noche si aún estuviéramos luchando contra la atracción que sentimos el uno por el otro. Habríamos tenido que sentarnos en extremos opuestos del barco para evitar tocarnos y arder en llamas sexualmente reprimidas. Menos mal que no es el caso.

Apoyo la cabeza en su gran bíceps y su brazo me rodea aún más la cintura. Me besa el cabello y me acaricia el cuello. Sus caricias despiertan mi deseo, y él debe de notar el cambio. La mano que apoya en mi vientre baja hasta mi pierna y encuentra la abertura de mi vestido. Sus dedos rozan la piel sensible que cubre mi muslo y contengo la respiración, preguntándome qué hará a continuación.

Miro a mi alrededor, esperando que nadie se dé cuenta de lo que está haciendo. Por suerte, no hay muchos más en este barco y las personas que están allí están con sus parejas y no nos prestan atención.

Los dedos de Dalton suben la gasa hasta encontrar el borde de mis bragas. Se sumerge bajo ellas, trazando la costura desde el pliegue de mi pierna hasta mi cadera y de nuevo hacia abajo.

—Estoy deseando arrancártela —me gruñe al oído—. Ahora que sé lo dulce que sabes, puede que tenga que usar mis dientes.

Se me corta la respiración y aprieto los muslos mientras el calor y el deseo inundan mis piernas. ¿Hasta dónde llegará? ¿Hasta qué punto me tocará con otras personas alrededor? Estoy a punto de descruzar las piernas para tentarle y averiguarlo, pero él baja la mano, extiende la palma sobre mi muslo y lo aprieta.

—Más tarde —promete en un susurro.

Cuando termina el crucero, paseamos por la playa bien iluminada, mezclándonos con otros huéspedes. En esta zona del complejo está la fiesta. Sofás, tumbonas e incluso camas se agrupan alrededor de fogatas con antorchas tiki iluminando los espacios intermedios. La gente ríe y bebe, todos vestidos con ropa demasiado elegante para la playa.
~~~

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Dalton, señalando con la cabeza el bar que daba al mar desde un muelle de piedra artificial. Tiene forma de octágono, con una vista de 360 grados del mar y el bar situado en el centro.

—Me parece estupendo. —Caminamos por el corto muelle con las manos entrelazadas. Pedimos una copa cada uno y nos sentamos en el mostrador lleno de gente—. ¿A qué hora es la cena?

Dalton consulta su reloj antes de contestar.

—Tenemos unos veinte minutos. Podemos ir en esa dirección cuando terminemos nuestras bebidas —me explica, levantando su vaso medio vacío.

Nos encontramos con el grupo con el que íbamos a cenar al salir de la playa y les seguimos unas calles hasta el restaurante donde han reservado. A la anfitriona no parece importarle que nos hubiéramos añadido a su grupo y nos conduce hasta la mesa hibachi con una sonrisa. El asador japonés está muy bien decorado, con una gran variedad de motivos florales y brillantes mostradores negros salpicados de motas doradas. Una de las paredes está pintada como un bosquecillo de cerezos en flor; las pinceladas son tan reales que casi puedo oler sus dulces flores.

Una vez sentados, una mesera nos toma la orden de nuestras bebidas. Yo pido una copa de vino de ciruela y las demás damas del grupo hacen lo mismo.

—Suena muy bien —dice desde el otro lado de la mesa Melissa, una rubia alta y de piernas largas, creo que así se llama. Las otras dos mujeres expresan su acuerdo.

Unos minutos más tarde, un chef vestido con una bata y gorro blanco se desliza detrás de la parrilla y nos saluda cordialmente. Nos lo pasamos en grande intentando atrapar la comida que él lanza expertamente al aire con su espátula. Dalton y yo nos reímos el uno del otro mientras nos lanza a cada uno un trozo de brócoli a la cara. Sólo un par de nuestros compañeros de mesa son capaces de atrapar algo en la boca, pero todos aplaudimos con entusiasmo cuando lo hacen.

—Entonces, ¿cuál es tu historia? —pregunta Janie una vez que nuestros platos están llenos de arroz frito, verduras y un surtido de carnes. Sólo he aprendido su nombre porque a su marido le gusta hablar de ella en tercera persona, presumiendo de todos sus logros en el campo de la investigación médica. No es que no sea tierno lo orgulloso que está de ella, pero se está haciendo viejo.

—*Janie descubrió esto.*

—*Janie aprendió a perfeccionar eso.*

Su voz nasal empieza a irritarme. Tomo un buen trago de vino para intentar contener mi irritación antes de contarle la versión abreviada de mi vida. Dalton hace lo mismo, y es muy vago para evitar hablar de Gianna y de su reciente compromiso.

Cuando termina la cena, nos dirigimos al último espectáculo que los tragafuegos ofrecen esa noche. Observamos asombrados cómo un joven vestido con unos pantalones capri de colores maneja las llamas sin esfuerzo. Baila al ritmo de una música alegre y rápida, equilibrando con facilidad un palo ardiendo en cada mano. Yo me balanceo al ritmo de la música mientras disfruto del espectáculo. Dalton me sonríe, divertido por mi entusiasmo, y me rodea la cintura con el brazo, atrayéndome hacia él. Retrocedo de un salto, encogiéndome cuando el hombre se acerca un palo a la cara y rocía líquido por la boca, haciendo que las llamas cobren vida y se multipliquen por diez. Dalton suelta una risita y se inclina hacia mí, hablándome directamente al oído, con voz grave y llena de grava.

—No te preocupes, te mantendré a salvo. —Un escalofrío me recorre la espalda ante la embriagadora promesa. Es un poco ridículo lo fácilmente que me excita, pero con sus dedos

clavados en mi cadera y su aliento caliente en mi cuello, es imposible que no me afecte. Me muero de ganas de salir de aquí y volver a nuestra villa.

Capítulo Catorce

Dalton

El dulce aroma de Taylor invade mis sentidos y gimo. Tengo la mente confusa y está demasiado oscuro para verla, pero puedo sentirla. Las visiones de la noche anterior inundan mi cerebro y las repito con alegría, disfrutando de una repetición de los acontecimientos de la noche.

Cuando por fin volvemos a nuestra villa, con las bocas fundidas y el sabor del vino de ciruela en los labios, los dos estamos dispuestos a disfrutar de un rato a solas.

—Tengo una idea —susurra Taylor vertiginosamente contra mi boca.

—¿Qué es? —pregunto con impaciencia.

—Sígueme —me dice, me agarra de la mano y me lleva al patio trasero.

Ella se acerca a la bañera y abre el grifo antes de quitarse los zapatos. Empieza a quitarse el vestido, pero yo la detengo. Había esperado toda la noche para experimentar el placer de desnudarla. Nada va a impedirme disfrutar de la tarea. Me inclino, agarro la tela que cubre sus piernas y la aprieto entre mis manos mientras mis labios se encuentran con su cuello. Su piel tiene un ligero sabor salado, una combinación de sudor y la brisa del mar. Ella gime y apoya la cabeza en mi hombro.

Sigo levantándole el vestido muy despacio, prolongando la casi agonizante expectación. Se lo quito por la cabeza, lo tiro a un lado y le desabrocho el sujetador. Le doy la vuelta y me arrodillo frente a ella, con la boca a la altura de sus caderas. Jadea cuando mis dientes rozan el hueso de su cadera, atrapando entre ellos el pequeño tirante de sus bragas. Tiro de ella hacia abajo, enganchando los dedos en el otro lado, y luego la beso por todo el cuerpo hasta encontrar su centro. Sus dedos se clavan en mi cuero cabelludo cuando la beso en la parte más alta de la costura y mis manos se apresuran a retirar el pequeño trozo de tela de su cuerpo.

Tiene los párpados pesados por el deseo cuando me levanto y le paso el pulgar por la mejilla, ahuecándole la cara. La atraigo hacia mí, chocando mis labios contra los suyos y tanteando su interior con la lengua. Ella me deja entrar y me corresponde.

—Métete —le ordeno. Se acomoda en la bañera y cierra el grifo mientras se hunde en ella. Yo me meto y me tumbo a su lado, con los cuerpos inclinados el uno hacia el otro. En cuanto mi culo toca la porcelana, ella está encima de mí, besándome, con las manos enmarcándome la cara. Se acomoda en mi regazo, con las rodillas a horcajadas sobre mis caderas. Mi polla está atrapada entre nosotros, presionando contra mi estómago, o habría estado dentro de ella. Menos mal que está atrapado donde está porque está desenvainada. Por mucho que la desee, por mucho que me encante levantarle las caderas y dejar que se hunda sobre mí sin barreras entre nosotros, no puedo. Eso sería completamente irresponsable. Su hermano ya se va a cabrear porque nos enrollamos. Se pondría como una fiera si la dejo embarazada.

Cuando sus caderas se mueven y se frota contra mí, casi pierdo el control. Ella quiere liberarse y yo me muero por dárselo. Meto la mano entre nuestros cuerpos, dejando un poco de

espacio entre nosotros, y la llevo al límite con los dedos. Cae sobre él, clavándome las uñas en los hombros y gimiendo mi nombre. Mierda, eso no lo hace más fácil. Agarro la botellita de jabón con el logotipo del complejo y me echo un poco en la mano.

—Deja que me limpie y podremos divertirnos *de verdad* —le prometo, frotándome la piel con la espuma.

Agarra el jabón y hace lo mismo, lavándose rápidamente. Cuando termina con su cuerpo, empieza con el mío. Sus manos encuentran mi erección y la acarician. No podré aguantar mucho más antes de explotar. La agarro de los brazos para calmarla y frunce el ceño.

—Si no paras, no llegaremos a la parte buena —le informo con una sonrisa lobuna.

—Oh. —Sus facciones se relajan y se levanta. Ella sale de la bañera, se dirige a la puerta y la abre, sin molestarse siquiera en secarse. Su piel desnuda y húmeda brilla a la luz de la luna mientras gotean gotas de agua de su cuerpo. Abro el desagüe, salgo de la bañera y la sigo al interior.

Me acerco a ella, agarrándola por la cadera y besándola con fuerza antes de tirarla sobre la cama. Chilla sorprendida y suelta una risita. Me arrastro sobre su cuerpo y mi beso se traga el sonido. Agarro un condón del cajón y me cubro antes de penetrarla. La llevo al orgasmo dos veces antes de sucumbir al mío.

Abro los ojos y los recuerdos de la noche anterior se desvanecen poco a poco. Rodeo a Taylor con el brazo y la acerco a mí. Está tumbada de lado, con su espalda pegada a la mía, y estoy empalmado de tanto pensar en la noche anterior. Deslizo la mano por debajo de su blusa y apoyo la palma en su vientre. Se revuelve y murmura algo ininteligible en sueños, pero no se despierta. Dejo que mi mano suba por su pecho, acariciándolo como había hecho la mañana en que fingí que no soñaba con ella. Ella gime y arquea la espalda, frotando el culo contra mi ya dolorida erección. Inspiro agitadamente y detengo la mano, recuperando la compostura por un momento. Cuando me tranquilizo un poco, empiezo a pasar los dedos por su pezón, jugando con él hasta que se pone duro.

—Dalton —exhala y arquea la espalda de nuevo.

Joder, estoy a punto de perder los papeles.

—Por favor —me suplica. Bajo la mano hasta su cintura y me deslizo dentro de su pantaloncito de dormir. Mis dedos la abren y la encuentro ya húmeda. Ella está definitivamente despierta y me suplica que la toque. Yo encantado de complacerla.

Le rozo el clítoris con los dedos y ella curva las caderas hacia delante, buscando una liberación rápida, pero yo quiero alargarla, hacer que lo desee más a cada segundo que pasa. Con círculos lentos y movimientos suaves, sigo acariciándola con los dedos, tratando de ignorar mi propia necesidad. Ella se arquea de nuevo y yo maldigo, mi polla suplicando ser liberada, pero me esfuerzo.

Bajo la mano, introduzco los dedos y dejo que el pulgar se encargue de la parte superior. Ella está empapada, su excitación humedece mi mano. Se está acercando. Puedo sentir los pequeños temblores en su interior, sus músculos tensándose justo antes de la liberación. Esta vez grita con fuerza y todo su cuerpo se convulsiona.

En cuanto saco mi mano de sus pantalones cortos, se da la vuelta con los ojos desorbitados.

—Por favor. —Empieza a ponerse exigente—. Fóllame. Ahora.

Me pongo encima de ella y le doy un beso ardiente y apasionado. Me gusta cuando se pone mandona y exigente. Significa que lo necesita tanto como yo. Despojo su cuerpo de la poca ropa que lleva y me quito los calzoncillos antes de agarrar la protección. Me deslizo con facilidad

dentro de su estrecho canal, el orgasmo estremecedor que le había provocado ha eliminado la mayor parte de la resistencia.

Se la doy rápido y con fuerza, saboreando la forma en que grita mi nombre y suplica más. Hasta ahora he sido bastante suave con ella, pero su cuerpo se está acostumbrando a mi tamaño, estirándose y adaptándose a mí. Ya no tengo que preocuparme por ser fácil. No tengo que contenerme. Y no lo hago. Ella está teniendo la experiencia completa de Dalton James esta mañana.

~~~

—¿Qué te parece hacer salir en una de esas tablas a remar? —pregunto, pasando mis dedos por el brazo desnudo de Taylor. Estamos acurrucados en la cama, aún desnudos, disfrutando de una mañana tranquila.

—Nunca lo he hecho, pero parece divertido —responde entusiasmada.

—No tengo nada planeado para hoy, pero es algo que no hay que reservar con antelación. ¿Quieres probarlo?

Se pone boca abajo y se apoya en los codos.

—Umm, ¡sí, por favor! —responde juguetona, con una enorme sonrisa en la cara.

Desayunamos, nos preparamos y salimos una hora más tarde. Nos habríamos ido antes, pero ella se burló de mí con aquel bikini rojo de corte brasileño, amenazándome con ponérselo para hacer *paddle*. La inmovilicé contra la cama y se lo quité del cuerpo. Sus ojos brillaban al rojo vivo, no de furia, sino de lujuria. Me deseaba de nuevo. Lo hizo a propósito para que se lo quitara. Y cumplí su deseo.

Nos cuesta unos cuantos intentos agarrarles el truco a las tablas y mantener el equilibrio. Los dos nos caemos y chapoteamos en el agua una o dos veces, pero aprendemos rápido y estamos en buena forma. Cuando terminamos, me arrepiento de no haber ido al gimnasio en toda la semana porque me arden los brazos y los hombros de tanto esfuerzo. Pero sé que no hay excusa. Tenemos acceso a un gimnasio de última generación. Simplemente había estado disfrutando de otro tipo de actividad física.

Almorzamos y nos subimos a un barco justo cuando está a punto de salir del muelle. Nos sorprende gratamente el fondo de cristal que nos permite ver la vida marina que pulula bajo la superficie. Taylor alucina con los arrecifes de coral y los peces de colores.

—Mira, ahí está Nemo —sonríe señalando a un pececito naranja.

Recuerdo cuando salió la película. Ella estaba loca por ella. Aiden y yo nos conocimos el año anterior en la clase de la señora Cranston y desde entonces habíamos sido inseparables. Aiden y la madre de Taylor nos llevaron a los tres, junto con Avery, la mejor amiga de Taylor, a verla al cine. Yo fui con Aiden, actuando como si fuera demasiado grande para una película tan infantil, pero en secreto también me gustó. Ese año le regalé a Taylor un peluche de Nemo por su cumpleaños. Por su comportamiento, cualquiera diría que le había regalado un poni. Me hizo preguntarme si ya entonces estaba enamorada de mí.

—¿Te acuerdas del peluche de Nemo que te regalé por tu cumpleaños?

—¿Lo recuerdas? —ella pregunta fingiendo afrenta—. Todavía lo tengo.

—No es cierto —me rio entre dientes.

—Sí, lo sé —responde con seguridad.

—Estás mintiendo. —La miro con desconfianza.
~~~

—Palabrita de honor —protesta levantando los dedos, haciendo el gesto de acompañar su proclama.

—¿Hablas en serio? —Me quedo atónito y un poco conmovido de que lo hubiera guardado todo este tiempo.

Ella asiente, con una sonrisa en los labios. La beso entonces, atrayéndola hacia mí. Guardo un peluche que le había regalado hacía diecisiete años. Gianna ni siquiera guardó el oso hecho a medida que le había hecho llegar el último día de San Valentín mientras yo estaba fuera de la ciudad por trabajo. Esos dos hechos dicen mucho de esas mujeres y de lo que aprecian.

Dejo flotar los pensamientos sobre mi ex prometida. Cada día me resulta más fácil. Me hace preguntarme si de verdad sigo enamorado de ella cuando terminó con nosotros. Si lo hubiera estado, no habría sido tan fácil olvidarla, ¿verdad? O tal vez sólo era un pedazo de mierda. Yo estaba comprometido con otra mujer hace dos semanas y ahora me acuesto con Taylor como si Gianna nunca hubiera existido, como si nunca hubiera llevado mi anillo para simbolizar nuestro amor. ¿En qué clase de persona me he convertido? ¿Me estoy convirtiendo en mi padre? No tuvo ningún problema en dejar a la gente a la que se suponía que quería y cuidaba como si fuera un mal hábito.

Me sacudo esos pensamientos y retrocedo, poniendo un poco de distancia entre Taylor y yo. Ella nota mi movimiento y me mira con curiosidad. Intento disimular mis facciones, pero ella se da cuenta de que algo va mal.

—¿Estás bien? —pregunta con expresión preocupada, alargando la mano para apoyarla en mi rodilla. Me estremezco y me aparto de ella, intentando fingir que sólo estoy cambiando de postura. La cabeza me da vueltas y necesito poner en orden mis pensamientos, y su contacto no hace más que enturbiarlos.

—Estoy bien, es que tengo mucho calor. —Es una excusa poco convincente, pero parece funcionar. Sus facciones se relajan y vuelve a concentrarse en el resplandeciente paisaje marino.

Una vez en tierra, salimos en busca de otra aventura.

—¿Qué es eso? —pregunta Taylor, sus ojos se iluminan mientras señala algo en la distancia. Sigo su mirada y se posa en un objeto de colores brillantes en el mar. Miro hacia la playa para ver de dónde viene y si hay más como ese. Efectivamente, hay varios alineados y amarrados a unos cincuenta metros de distancia.

—Eso —respondo, señalando a los que están más cerca de nosotros—. Es un triciclo acuático.

—¡Dios mío, tenemos que alquilar uno! —Empieza a correr hacia ellos. Su energía es positiva y contagiosa, y me devuelve la sonrisa y alivia mi anterior inquietud. Se dirige directamente al quiosco de alquiler y pregunta si puede alquilar una, sacando su tarjeta antes de que la mujer detrás del mostrador pueda responderle.

—Guarda eso —me rio detrás de ella—. Yo me encargo.

—No tienes que hacer eso. Fue idea mía.

—Taylor —empiezo, y ella se muerde el labio y desvía la mirada. Sé que ahora no está trabajando y no quiero que se gaste su propio dinero en esto. Además, es mi invitada. No esperaba que pagara la cuenta de nada.

—No tienes que pagar por todo —explica.

—Sí, lo sé —le aseguro—. Te lo pedí aquí. En el último minuto. Y tú accediste amablemente a ser mi acompañante en lo que, de otro modo, habría sido un viaje miserable. Por favor, déjame pagarlo —le suplico. Sus hombros se hunden y sé que cederá.

—De acuerdo. —Se aparta para que pueda ofrecerle mi tarjeta.

Nos subimos a uno de los artilugios de color naranja brillante y nos lanzamos al mar, pedaleando hacia el agua azul cristalina. La risa eufórica de Taylor es contagiosa. Nunca se le borra la sonrisa de la cara, y yo sonrío en respuesta. Se lo está pasando como nunca, y cuando eso ocurre, su alegría se filtra en ti. Invade todo tu ser, tu psique, tu corazón, el centro del placer de tu cerebro. No puedes ser infeliz cuando ella se divierte tanto.

Cuando por fin volvemos a tierra, le damos las gracias a la dependienta y emprendemos el largo camino de vuelta a nuestra villa. Los dos estamos acalorados y cansados, con la piel empapada de sudor, así que nos detenemos a tomar un helado por el camino. Es una carrera terminar nuestras dos bolas antes de que se derritan y creen un lío de dulce pegajoso que corre por nuestras manos. Intento no mirar cómo Taylor lame furiosamente la crema de nuez, pero fracaso estrepitosamente. Me encanta su lengua y aquella boca caliente, y si no dejo de mirarla, me voy a topar con algo, con una erección.

Una vez dentro de la villa, nos ponemos el bañador y nos aplicamos crema solar antes de salir a la playa. Es nuestro último día completo aquí y queremos disfrutar de la arena y el sol un poco más. Sólo tendremos la mañana de mañana para retozar en la playa antes de tener que dejar el hotel y dirigirnos al aeropuerto para tomar nuestro vuelo de vuelta a casa.

Me entristece tener que irme tan pronto. Parece como si acabáramos de llegar, como si nuestras vacaciones no hubieran empezado hasta que Taylor y yo nos hubiéramos entregado por fin al deseo que sentimos el uno por el otro. Ojalá hubiera sabido que sería así. Me habría tomado más tiempo libre, pero tengo que volver a la oficina el lunes por la mañana temprano. No había querido llegar tarde el domingo por la noche, así que opté por quedarme sólo seis días en lugar de siete. Ahora que tengo a Taylor conmigo y nuestro tiempo se agota rápidamente, deseo tener más de seis noches en el paraíso con ella.

No tengo ni idea de lo que pasará cuando volvamos a casa. No podemos volver a las andadas. Yo no quiero eso, e imagino que Taylor tampoco. Necesitamos algún tiempo para averiguar cómo encajamos una vez de vuelta en el mundo real, antes de dar el aterrador paso de contárselo a su hermano y al resto de nuestros amigos y familiares.

Mi mente bulle con todas las posibilidades y escenarios mientras nos adentramos en el agua para refrescarnos después de haber pasado el día al sol disfrutando de todas las actividades y aventuras que pudimos encontrar. Atraigo a Taylor entre mis brazos y la beso suavemente, necesitando sentirme conectado, necesitando su consuelo. Mis manos se enredan en su cabello y profundizo el beso, inclinando la cabeza para sellar mejor mis labios sobre los suyos. Ella gime en respuesta y siento que se me pone dura.

—Ojalá esta playa fuera completamente privada —dice cuando nos separamos. Apoyo la frente en la suya y abro los ojos. Los suyos siguen cerrados, con sus bonitos labios rosas brillando por mi beso—. Hay tantas cosas que quiero hacerte, aquí y ahora.

Sus manos se deslizan por mi frente y sus dedos se enganchan en mi cintura. Respiro hondo y cada músculo abdominal se tensa con su contacto. Joder, esta mujer sabe cómo ponerme a cien.

Mis dedos se enroscan en su cadera cuando su mano se desliza dentro. Estamos en el agua hasta la cintura, pero está lo bastante claro como para que cualquiera que mire con atención pueda ver lo que está haciendo. No me atrevo a detenerla. Se lame los labios como si quisiera probarlo y yo me muero por dárselo. Su delicada mano rodea mi polla e inmediatamente empieza a acariciarme. Será mi muerte, pero al menos moriré feliz.

—Taylor —gruño como advertencia. Las comisuras de sus labios se inclinan en una sonrisa

ladina. Me encanta su lado travieso, me encanta que no tenga miedo de soltarse y dejarse llevar por la pasión. En mi mente empieza a sonar *Somewhere on A Beach* de Dierks Bentley. Si nuestro viaje tuviera un himno, sería ese. Estoy seguro de que Gianna piensa que sigo con el corazón roto y deprimido por ella. Me envió un mensaje el sábado, el día en que se suponía que nos casaríamos, para decirme que pensaba en mí y que esperaba que estuviera bien. Casi tiro el móvil por la habitación.

Curiosamente, pensar en ella ahora apenas me provoca una emoción. Estoy concentrado únicamente en la mujer que tengo frente a mí con sus manos por todo mi cuerpo. Este viaje fue diez veces más divertido con Taylor de lo que habría sido de otra manera. Conectamos de una manera que no había experimentado antes. Y el sexo… es explosivo. Todos esos años de anhelo y frustración reprimidos se acumularon como un barril de pólvora, y nuestro primer beso se convirtió en una cerilla encendida.

Finalmente, no puedo aguantar más y tiro de su mano para sacarla de mis calzoncillos, cogiéndola en brazos y sacándola del agua. Me rodea la cintura con las piernas como si fuera algo instintivo, como si nuestros cuerpos encajaran así y no hubiera otra forma de abrazarnos.

Cuando la dejo caer sobre la cama, se apoya en los codos y sus ojos encapuchados recorren mi cuerpo, deteniéndose en la tela de la tienda justo debajo de mi cintura. Me arrastro sobre ella y se deja caer de nuevo en la cama. Mi boca se funde con la suya, amortiguando sus gemidos mientras presiono mi erección contra su centro. Pasamos el resto de la tarde explorando y apreciando el cuerpo del otro mientras yo deseo pasar un poco más de tiempo con ella antes de volver a casa.

Capítulo Quince

Taylor

—¿Por qué decidiste tomarte un descanso de la escuela? —Dalton y yo yacemos enredados en las sábanas, sus dedos recorren suavemente mi brazo de arriba abajo. Mi cuerpo relajado y saciado se tensa al instante con su pregunta. Había sido capaz de ignorar a todos los demás cuando me preguntan, diciéndoles que estaba agotada y que necesitaba un descanso, pero la verdad es mucho más vergonzosa. Esperaba no tener que confesar nunca mis pecados a nadie. Ya es bastante malo que el decano y el vicepresidente de la universidad lo sepan. No necesito que mis amigos y mi familia se enteren de lo horrible que había sido. Pero el secreto me carcome por dentro. Necesito confesarlo. Necesito desnudar mi alma y ser absuelta de mis pecados, pero no puedo soportar ver el asco en los ojos de Dalton cuando sepa lo que había hecho.

Una lágrima resbala por mi mejilla y, antes de que pueda apartarla, me agarra la cara y me obliga a mirarle.

—Taylor, ¿qué pasa? ¿Ha pasado algo?

Su voz es tan sincera y su tono está tan impregnado de preocupación que quiebra mi decisión de llevarme este secreto a la tumba.

—Me metí en problemas —sollozo, el apretado nudo de culpa que se había instalado en mi pecho hace un mes comienza a deshacerse. Me había permitido olvidar por un tiempo. Me dejé llevar por una falsa sensación de esperanza e inocencia mientras Dalton y yo disfrutábamos de nuestro pedacito de paraíso, pero ya no puedo seguir escondiendo la cabeza en la arena, fingiendo que no había hecho algo imperdonable.

—Cuéntame qué ha pasado —me insta con suavidad, acariciándome la mejilla con el pulgar.

Tengo que respirar entrecortadamente varias veces para recuperar la compostura y hablar sin que se me quiebre la voz.

—No puedes decírselo a nadie —suplico—. Ni a mis padres ni a mi hermano. Ellos no lo saben. *No pueden* saberlo. —Susurro la última parte, la vergüenza inundando todo mi ser. Nunca volverán a mirarme igual. Dalton probablemente tampoco, pero si vamos a seguir con *esto* -lo que sea- cuando volvamos a casa, él tiene derecho a saberlo, ¿no? Quiero que mi sórdido pasado siga siendo un secreto, pero me está carcomiendo por dentro y necesito dejarlo salir. ¿Me liberaré o me atará aún más a la vergüenza y el remordimiento?

—Me acosté con mi profesor. —Mi voz es apenas audible, la culpa me aprieta la garganta, las vías respiratorias casi se me cierran—. Mi profesor *casado* —explico. Dalton aspira y su cuerpo se tensa.

Oh, mierda. ¿Qué he hecho? Va a pensar que soy una persona terrible. Tengo que contarle el resto. Él necesita saber que yo no había estado al tanto de la esposa de Jason, o…

—Yo no sabía que estaba casado. —Mis palabras salen apresuradas—. Nunca llevaba anillo, nunca hablaba de ella, nunca dejó entrever que estuviera unido de algún modo a otra mujer.

Cierro los ojos ante la decepción y la desaprobación que sé que debe de tener escritas en la cara. ¿Podría volver a mirarme igual después de esto?

—Empieza por el principio —me dice suavemente, apartándome el cabello de la cara.

Respiro para continuar—: El otoño pasado, tomé una de sus clases. Congeniamos al instante. Era divertido y encantador, y muy atractivo.

Se me revuelve el estómago al ver con qué facilidad me había encaprichado de él. Era alto y guapo, joven para ser profesor titular, pero también increíblemente inteligente. Tenía el cabello castaño alborotado y unos ojos azules brillantes enmarcados por unos lentes modernos y elegantes. Tiene ese aire de empollón sexy que me resulta irresistible. Cuando se subía las mangas de la camisa durante una clase, sus antebrazos tonificados se flexionaban y yo me preguntaba qué aspecto tendría debajo de esa camisa de vestir perfectamente abotonada. Era evidente que estaba en forma, pero no lo demostraba. Su ropa no era demasiado ajustada. Era discreto, lo que aumentaba su atractivo.

—Un día me pidió que me quedara después de clase para hablar de uno de mis trabajos. Estaba nerviosa, pensaba que lo había hecho mal y había sacado una mala nota. Me sorprendió gratamente cuando me dijo lo bien que lo había hecho. —Dalton me agarra con más fuerza, pero guarda silencio. Su tensión es palpable, espesando el aire que nos rodea. De repente me cuesta respirar, pero continúo como puedo, soportando la presión en el pecho—. Entablamos una amistad y no dejaba de elogiar mi trabajo. Si me equivocaba en algo, se ofrecía a repasarlo conmigo después de clase. Una tarde me pidió que me pasara por su despacho porque se había dejado los deberes en su mesa. Cuando terminé mi última clase del día, corrí por el campus para alcanzarle antes de que se fuera. Empezamos a hablar de la tarea y me dio algunos consejos para mejorar mi trabajo. La conversación fluyó con facilidad y, antes de que me diera cuenta, llevábamos allí casi dos horas. Estaba sentado en la silla de al lado y hablábamos como viejos amigos en vez de como alumno y profesor. Por supuesto, estaba enamoradísima de él, así que tardé en soltarme, pero al final me tranquilizó.

Mirando atrás, sabía que fui un blanco fácil. Caí en su trampa. Él sabía que me hacía palpitar el corazón cada vez que entraba en la sala de conferencias y se ponía detrás del estrado. Me sentaba en primera fila, justo a la derecha, para estar más cerca de él. Le observaba y escuchaba absorta en cada clase, y él se daba cuenta.

—Cuando me acompañó a la puerta, su mano se detuvo en el pomo. —Cierro los ojos y deseo que la siguiente parte nunca hubiera sucedido. Dijo mi nombre en voz baja y ronca. Cuando le miré a los ojos, pude ver el deseo brillando detrás de sus lentes, sus ojos azules ardiendo aún más. Nuestros cuerpos se inclinaron el uno hacia el otro y él cerró la última brecha que nos separaba—. Nos besamos —digo simplemente.

Dalton no necesita conocer los detalles. No necesita saber cómo Jason me había agarrado por la cintura y me apretó contra la pared junto a la puerta. No necesita saber que sabía a café y a crema de vainilla francesa, ni que su duro cuerpo apretado contra el mío me hizo jadear contra sus labios.

—Se disculpó y dijo que no debería haberlo hecho porque era mi profesor y no era justo para mí. —Yo no sabía cuánta razón tenía—. No pasó nada más durante un par de semanas y entonces me preguntó si alguna vez consideraría la posibilidad de ser ayudante de profesor en una de sus clases de nivel inferior. Aproveché la oportunidad. Me ayudó con la solicitud y poco después empecé a asistir a una de sus clases de primer año. Empezamos a pasar mucho tiempo en su despacho repasando los planes de clase y corrigiendo exámenes. Me decepcionó un poco que

no volviera a intentar besarme, pero para entonces ya me había apuntado a las clases del semestre siguiente y sabía que volvería a tenerlo. —Me encojo al ver lo obsesionada que me había vuelto. Quería estar cerca de él, y aunque había otro profesor que ofrecía la misma clase, codiciaba una plaza en la suya.

—Una noche estábamos hasta tarde corrigiendo exámenes cuando me confesó que ojalá me hubiera apuntado a la clase del otro profesor en vez de a la suya. No me lo podía creer. Me sentí herida porque me parecía que nos llevábamos muy bien y me caía muy bien. Pero luego me dijo que contaba los días para dejar de ser mi profesor porque salir conmigo era un conflicto de intereses.

Trago saliva y se me sube la bilis a la garganta. La siguiente parte consolida mi posición de cabeza hueca ingenua y fácilmente manipulable. Prácticamente me abalancé sobre él cuando dijo eso.

—Esa fue la primera vez que nos enrollamos. —Bajo la mirada, concentrándome en un hilo que sobresale de la sábana con la que estoy jugando para evitar la mirada de Dalton. Maldice en voz baja y el sonido hace que se me llenen los ojos de lágrimas otra vez.

Jason me deseaba y yo le concedí su deseo. Dejé que me follara en su escritorio, disfrutando de la naturaleza tabú de nuestra cita. Era estimulante y un poco peligroso. Era fuera del horario de trabajo y, aunque no había nadie más a esas horas, seguía existiendo el riesgo de que me pillaran. Si hubiera sabido cuáles serían las consecuencias, no habría sido tan excitante.

—Nuestra aventura continuó hasta bien entrado el siguiente semestre y, justo antes de los exámenes finales, todo se vino abajo. —Respiro hondo varias veces, necesito llenar mis pulmones de oxígeno antes de soltar la siguiente parte. Es, con diferencia, lo peor.

—Un día estaba sentada en el aula mientras él repasaba los temas para nuestro examen final cuando la puerta crujió al abrirse y entró una mujer. —Aprieto los ojos, tratando de liberar mi mente de su recuerdo, pero lo tengo grabado a fuego para siempre—. Era bellísima. Cabello largo y rubio, ojos azules brillantes y un bolso de diseñador colgado del hombro. Entró sonriendo de oreja a oreja. Jason se giró para ver quién había interrumpido su clase y se quedó helado. ‘¡Sorpresa!’, dijo ella y se llevó una mano a la barriga, frotándosela cariñosamente.

Se le cayó el rotulador de borrado en seco, y a cualquier otra persona probablemente le pareció que estaba sorprendido y emocionado de verla, pero yo sabía la verdad. Se estaba cagando en los pantalones porque su mujer, *muy* embarazada, acababa de entrar en el aula donde su amante estaba sentada en el centro.

—Tardé un momento en darme cuenta de lo que estaba pasando. Pero cuando ella se acercó a él y él la atrajo para besarla, mi mundo se derrumbó. —La sala se llenó de oohs y ahhs, pero sentí que iba a vomitar—. Estaba destrozada, agarré mis cosas y salí corriendo. Aquel movimiento levantó sospechas entre algunos de mis compañeros, o quizá las consolidó. A la semana siguiente tuve una reunión con el decano para hablar de mi futuro en la universidad.

—Un momento —dice Dalton, levantándose sobre el codo y mirándome fijamente—. ¿Por qué se pondría en duda *tu* futuro en la universidad?

—Porque tuve una relación sexual con un profesor —respondo lentamente, confundida por su pregunta. Las relaciones alumno-profesor están estrictamente prohibidas, y yo había infringido las normas.

—Pero tú no estás en una posición de poder. *Él* sí. Si el futuro de alguien en la universidad debe estar en peligro, es el suyo —arremete, con la ira ardiendo como una llama en sus profundos ojos color chocolate.

—Está a prueba y no puede volver a dar clases hasta el semestre de otoño. Le exigieron que se tomara una excedencia durante el verano.

La verdad es que le salió perfecto. Su mujer daría a luz y su adúltero culo pasaría los próximos tres meses en casa con ellos. Mientras tanto, yo me había desviado de mi camino hacia la graduación anticipada debido a esto.

—Me pidieron que no asistiera a la sesión de verano y que reanudara las clases en otoño. Les agradecí que me dejaran terminar los finales y no me echaran de la escuela. Mis padres me habrían matado. Hicieron que un supervisor se encargara de las clases de Jason esa semana para que no tuviéramos ningún contacto.

Hubo muchos murmullos al *respecto* y sorprendí a varios de mis compañeros mirándome de reojo. Lo sabían. Cualquiera que hubiera estado atento todo el semestre debía de saber lo que pasaba, y mi reacción al verle con su mujer no hizo más que reforzar sus sospechas.

—Taylor —grita, llevándose la mano a la frente y apretándola sobre sus cejas—. No pueden hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Expulsarte de la escuela por eso.

—¿De qué estás hablando? Me acosté con mi profesor *casado.*

—Eso no importa. Él era tu superior. Él tenía el poder de aprobarte o suspenderte; tú no tenías ese poder sobre él. Acostarse con un estudiante pone en juego *su* futuro, no el tuyo. Debería estar escrito en el manual de tu universidad.

—¿Entonces por qué me interrogaron tanto? Hicieron que pareciera que hice algo digno de expulsión.

—No lo sé, pero se equivocaron. Y eso es intimidación. Necesitas contratar a un abogado.

Su sugerencia me eriza la piel. Sólo quiero que esto desaparezca. No quiero volver a ver a Jason y, desde luego, no quiero volver a sentarme frente al decano.

—¿Se ha puesto en contacto contigo desde entonces?

—Me mandó un mensaje para decirme que lo sentía y que nunca quiso hacerme daño. —Pongo los ojos en blanco. Menuda mierda. Sólo lamentaba que le hubieran pillado—. Siguió diciendo que él y su mujer tenían problemas cuando empezó todo y que el estrés de ser padre le había afectado.

La mandíbula de Dalton se tensa y temo que se parta por la mitad. Su propio padre les abandonó a él y a su madre muy pronto, alegando que era demasiado. No estaba hecho para ser padre, y Dalton fue el que sufrió por ello. Al menos yo tengo a mi padre. Todo lo que nuestro padre hizo con Aiden, también lo hizo con Dalton. Estoy bastante segura de que incluso le dio la charla de los pájaros y las abejas para que su pobre madre no tuviera que hacerlo.

—Nada de esto es culpa tuya. Lo sabes, ¿verdad? —lo dice con tanta convicción que casi le creo.

—No sabía que estaba casado. No sabía que estaba a punto de tener un hijo. Pero sabía que no debería haber mantenido una relación con él y sabía que no debería haberme acostado con él. Así que sí, esa parte es cosa mía.

—No digo que acostarte con tu profesor no fuera un error… —Me estremezco ante sus palabras, pero continúa—: Pero no hiciste nada para merecer el modo en que te trataron. Nunca deberían haberte ocultado tus estudios. Eso no puede quedar sin respuesta.

Su ira es extrañamente reconfortante. Levanto la mano y le acaricio la cara, deleitándome con el tacto de su barba contra la palma.

—Gracias.

Sus facciones se suavizan, su ceño fruncido se relaja un poco.

—¿Por qué?

—Por no juzgarme y por apoyarme —respondo—. Por no hacerme sentir más vergüenza de la que ya siento —añado con franqueza.

—No tienes nada de qué avergonzarte. No le obligaste a engañar a su mujer. Lo hizo por su cuenta.

Me levanto y rozo con mis labios los suyos, buscando más de su fuerte y firme consuelo.

Nos quedamos tumbados un rato más, dejando que desaparezca el shock de mi confesión. Sus palabras me hacen sentir humana de nuevo, no como la malvada seductora que yo misma había creado. Él tiene razón. Yo no sabía la gravedad de nuestro error, ni lo negativamente que nuestra aventura afectaría a los demás, pero Jason sí. Y todavía me perseguía. Qué pedazo de mierda.

Cuando llega la hora de prepararnos para cenar, nos duchamos por turnos para lavarnos la arena y el agua salada del cuerpo. Cuando salgo del baño, Dalton ha cambiado las sábanas y está haciendo la cama.

—Había arena por todas partes —me explica, colocando el último borde suelto en su sitio. La comisura de su boca se tuerce en una sugerente sonrisa torcida y me entran ganas de besársela.

Esta noche hay una gran fiesta en la playa después de la puesta de sol, y Dalton y yo planeamos celebrar nuestra última noche en la isla. En primer lugar, tenemos reserva para cenar en el restaurante más popular del complejo. Nos deleitamos con un filete mignon, colas de langosta y sangría. Tenemos la barriga llena y el corazón contento cuando nos dirigimos a la playa. Su mano encuentra la mía y entrelaza nuestros dedos. Me acurruco más a su lado y le rodeo el codo con la mano que me queda libre.

Cuando llegamos, la fiesta está en su apogeo. Todo el mundo tiene un trago en la mano y está disfrutando del espectáculo en vivo. Dalton y yo vamos a la barra y pido más sangría. Bailamos y reímos, festejando con desconocidos y nuevos amigos. La noche es mágica. La brisa del mar nos mantiene frescos mientras el alcohol nos calienta las venas. Dalton sólo bebe un par de cervezas, pero se asegura de que mi vaso nunca este vacío.

Cuando se acerca la medianoche, decidimos dar por terminada la noche. Queremos madrugar lo suficiente para disfrutar del mar con sus suaves olas y sus aguas cristalinas por última vez antes de partir mañana por la tarde.

Caminando descalza por la playa de vuelta a la villa, dejando que las olas bañen nuestros pies, pienso en nuestra semana, aferrándome a cada recuerdo que hemos hecho y aferrándome con fuerza a cada uno de ellos. No estoy segura de lo que pasará cuando volvamos a casa, y no quiero asumir que esto continuará fuera de esta hermosa burbuja encerrada en el complejo. Espero que así sea, pero si lo único que me queda son estos recuerdos, me aferraré a ellos y los conservaré para siempre.

Capítulo Dieciséis

Dalton

Entramos en la casa justo cuando el reloj marca un nuevo día. No puedo esperar ni un minuto más para tener a Taylor en mis brazos y su boca bajo la mía. Sus labios se separan en un suspiro cuando rodeo su cintura con mis brazos y aprieto su cuerpo contra mí. Me inclino hacia ella, fundo mis labios sobre los suyos y nuestras lenguas se encuentran, enredándose en una lenta danza de seducción.

Ella sabe a sangría y, de repente, la voz de Blake Shelton resuena en mi mente mientras avanzamos a trompicones hacia el dormitorio, tirándonos de la ropa. Ella está achispada y yo borracho. Somos torpes pero lo bastante despiertos para divertirnos.

—Vamos a la playa —me dice mientras me quita el cinturón.

Me echo hacia atrás, captando el brillo travieso de sus ojos.

—¿En serio? —pregunto, intrigado y un poco asustado por lo que pueda convencerme.

—Sí, vamos —me insta, tirándome de la mano—. ¿No me digas que ya no te interesa vivir una aventura?

Como no soy de los que se echan atrás ante un reto, me quito la camiseta y la sigo. Corre hacia el agua, riéndose mientras se quita la ropa, dejando un rastro en la arena. Me quito los pantalones y calzoncillos y los tiro en la tumbona.

Ella está completamente desnuda, la pálida luz de la luna se refleja en su piel. Esto es una locura. *Estamos* locos. Sé que es tarde, pero mierda, no quiero que nadie nos vea. ¿Patrulla la seguridad esta zona por la noche? ¿Qué diablos vamos a hacer si alguien viene caminando por la playa?

—¿A qué esperas? —grita por encima del sonido de las olas y me estremezco, esperando que nadie la oiga. Me meto en el agua y me reúno con ella donde el mar roza nuestros muslos. Me ataca la boca con fervor, me rodea el cuello con las manos y aprieta su cuerpo desnudo contra el mío. Gimo y la atraigo hacia mí. Nos adentramos y el agua cubre más partes de nuestros cuerpos. Sus pezones rozan mi pecho y ella se estremece. Los quiero en mi boca. Quiero saborear la sal de su piel por última vez.

Cuando bajo la cabeza hacia su pecho, enreda las manos en mi cabello y me aferro a ella. Mi nombre sale de sus labios como un susurro. Suelto su pezón y la levanto, llevándola más adentro hasta que el agua oculta su pecho. Mi polla se desliza contra su centro caliente y húmedo e instintivamente flexiono las caderas. Ella se levanta y recibe mi embestida mientras la cabeza se frota contra su clítoris. Unas cuantas veces más, nuestro ritmo se desincroniza y, de repente, la penetro. Ella jadea y los dos nos quedamos quietos. Estoy enterrado profundamente, el cuerpo de Taylor apretándose fuertemente a mi alrededor.

—Taylor —muerdo, un poco sin aliento. Se siente increíble. Necesito toda la fuerza de mi cuerpo para no empezar a bombear dentro de ella.

—¡Dalton! —grita al balancear las caderas.

Tengo que parar, pero en lugar de eso la agarro por las caderas y la guío arriba y abajo por mi cuerpo.

—Joder —siseo, conteniendo mi inminente liberación. Me besa con fuerza, apoyando los brazos en mis hombros—. Tenemos que parar —le advierto—. No llevo condón.

—Mierda —suspira—. Tenemos que conseguir uno.

El momento en que la bajo de mi polla es el más triste de mi vida. Ella desenrolla sus piernas de detrás de mis caderas y yo la coloco de nuevo sobre sus pies. El agua casi le llega a la cabeza, así que la agarro en brazos y la llevo de vuelta, dejando nuestra ropa tirada en la arena. Me enjuago los pies y las pantorrillas lo mejor que puedo y me dirijo a la cama, donde la tumbo sobre las sábanas. Su mirada me hace detenerme un instante. Brillan de afecto y de algo más que yo temo. *Amor*.

Taylor lleva años enamorada de mí, pero este viaje lo ha cambiado todo. Esto va más allá del enamoramiento adolescente y la atracción física. Ella se preocupa por mí. Puede que incluso esté enamorada de mí. Y eso es lo más aterrador del mundo. ¿Podría manejar la responsabilidad de ser el hombre que ella ama? Ella se merece tanto. Un hombre que la mime y la convierta en su máxima prioridad. Un hombre que la ame con la misma ferocidad con la que ella ama. Un hombre que no se esconda en un país extranjero tras haber sido plantado por la persona con la que creía que pasaría el resto de su vida. Ella se merece más de lo que yo puedo darle ahora mismo, pero maldita sea si no quiero intentarlo.

Dejo a un lado esos pensamientos mientras ella me absorbe con sus ojos color avellana oscurecidos por el deseo. Estoy a punto de volver a hundirme en su abrazo y su calor, pero entonces recuerdo por qué hemos entrado. Condones.

Agarro un paquete de la caja escondida en la mesilla de noche y vuelvo a la cama. Cuando abro el papel de aluminio, Taylor levanta las manos, impidiendo que me lo enrolle. Inclino la cabeza, observando con curiosidad lo que hará a continuación. Se acerca al borde de la cama y me rodea con sus delicados dedos. Cuando se lame los labios, casi me desmayo de expectación. Echo la cabeza hacia atrás mientras sus labios húmedos se deslizan por mi corona y mi pene.

Yo gimo, y la vibración envía una sacudida de placer a lo largo de mi cuerpo, aterrizando directamente en mis pelotas. Ella hace ruiditos suaves como si le gustara el sabor y cada uno de ellos casi me deshace. Cuando por fin me suelta con un sonoro chasquido, estoy tan a punto de correrme que tengo que tomarme un momento para calmarme.

Finalmente me pongo el preservativo y me coloco encima de ella. Pone sus suaves manos en mi pecho y las desliza lentamente por mi torso, agarrándome y guiándome hasta su entrada cuando llega a mi excitación. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en su hombro cuando la penetro. Es como el paraíso para un moribundo.

Me balanceo dentro de ella, buscando su clítoris entre los dos, sabiendo que estallará como un cohete en cuestión de segundos. Se separa rápidamente, gritando mi nombre. Le rodeo la nuca con la mano y la levanto hasta que se sienta a horcajadas sobre mí mientras yo me incorporo. Sus rodillas se apoyan en mis caderas, dejando su garganta expuesta y a la altura de mi boca. Mis labios le toman el pulso y le besan la mandíbula y la barbilla hasta que se posan en la suya. Ella encuentra su segunda liberación y la mía no tarda en llegar.

~~~
~~~

Dejar este lugar es agridulce.

Espera, no. Sólo estoy amargado. No estoy listo para irme. Estoy seguro de que no estoy listo para enfrentar a todos en casa. No soporto sus miradas lastimeras ni sus palabras de ánimo. Uno pensaría que la expresión *hay muchos peces en el mar* ya está gastada, pero no. La gente sigue utilizándola. Además, yo no busco otro pez. Tengo todo lo que siempre he deseado.

Cuando me subí al avión el fin de semana pasado, no tenía intención de encontrar nada serio con alguien nuevo. Mi plan era ir a la playa y a los bares, y si encontraba a alguien con quien vibrar, consideraría la posibilidad de enrollarme sin expectativas ni emociones de por medio. Sólo pura atracción física y liberación.

No esperaba que la presencia de Taylor me afectara de forma tan explosiva. Pensé que haríamos nuestras cosas, aparte de las actividades que ya había reservado, y que simplemente volveríamos al mismo sitio para dormir. La mayoría de las noches, al menos. Pero no había sido así. Tenía toda mi atención desde el momento en que pisamos esta isla, quizá incluso antes. Diablos, renuncié a mi oportunidad de un poco de acción a una milla de altura por ella. Taylor se me acercó sigilosamente y yo no estaba preparado para rechazar su ataque. Me atacó con su adorable y entrañable personalidad y su sutil sensualidad, dejándome positivamente indefenso. No estoy seguro de adónde iremos a partir de aquí, pero estoy dispuesto a averiguarlo.

La agarro de la mano mientras nos acercamos a la puerta de embarque, temiendo que si la suelto me despertaré y me daré cuenta de que todo ha sido un sueño, de que no hemos pasado los últimos seis días divirtiéndonos como nunca. Se acomoda a mi lado en nuestros asientos de primera clase y le pongo la mano en la rodilla, apretándosela. Quiero tocarla en todo momento, aunque sólo sea para sentir el bienestar que me proporciona su cuerpo.

—¿Lista para ir a casa? —Estoy seguro de que ya sé la respuesta, pero quiero oírla de sus propios labios.

—No —ella hace un mohín y apoya la cabeza en mi hombro. Ya lo he expresado cuando estamos en la playa aquella mañana, disfrutando de nuestra última fiesta antes de abandonar nuestro pequeño paraíso privado.

—Echaré de menos esto —dijo mientras tiré de ella hacia mí, su cuerpo en bikini me tentó a sacarla del agua y devolverla a la cama que dejaría de ser nuestra en un par de horas.

—Yo también —confesé contra sus labios. Nuestro beso fue profundo y desesperado. Somos dos amantes que sentimos que se nos acaba el tiempo. No es que no vayamos a seguir viéndonos cuando volvamos a casa, pero sabemos que no será así. Tendremos que volver a nuestras vidas habituales, a nuestras tediosas obligaciones y a nuestros horarios normales. Habrá días en los que no podremos vernos y probablemente apenas hablaremos. No tendremos el lujo de cenar juntos todas las noches ni de pasear agarrados de la mano por las calles. Las cosas cambiarán. Sólo espero que no sea para mal.

~~~

Aiden nos está esperando cuando aterrizamos. Taylor corre hacia él, rodando su equipaje detrás de ella. Va tan rápido que se le vuelca y pierde el equilibrio. Se ríe y lo recoge, enderezándolo mientras Aiden acorta la distancia entre ellos. La abraza y sus pies se despegan del suelo. La suelta y la pone en pie mientras yo me pongo a su lado, con cuidado de no acercarme demasiado a Taylor para no parecer demasiado familiarizado con ella.

—Amigo, tienes un bonito bronceado —me felicita—. ¿Acaso hiciste algo más que estar
~~~

tumbados en la playa todo el rato?

Casi me atraganto, tragando con fuerza para no sentir la culpa que me obstruye la garganta. No creí que me costaría tanto enfrentarme a él después de haber cedido a la tentación que es su hermana pequeña, pero los remordimientos empiezan a invadirme. Taylor me mira, pero no quiero mirarla. No estoy preparado para confesar, y no voy a permitir que mi extraña expresión traicione alguna información sobre mi traición.

—Había mucho que hacer en el complejo —le digo con una sonrisa fácil, esperando que no se dé cuenta de que no estoy siendo del todo sincero—. Hicimos submarinismo y paddle boarding, fuimos a un encuentro con delfines y montamos en un barco con fondo de cristal. —Dejo que mi voz se apague y mis ojos se desvían hacia Taylor, animándola en silencio a que añada algo a la conversación. Pienso contarle a Aiden lo nuestro, pero no aquí, en medio del aeropuerto, delante de toda esa gente.

—El triciclo acuático fue mi favorito —exclama, captando el rumbo que está tomando la conversación—. Y ¡madre mía, la comida! —exalta—. Estaba deliciosa.

Aiden la observa, asimilando su excitación, antes de dejar que su mirada vuelva a mí. Me estudia durante un largo segundo antes de volver a centrarse en ella.

—¿Qué más? —pregunta.

Está sondeando. ¿Sospecha algo? ¿Tiene idea de algo? ¿Pensó que había una posibilidad de que algo floreciera entre nosotros cuando sugirió que la llevara?

—Había un crucero al atardecer —añade Taylor—. Fue increíble.

No puedo estar más de acuerdo con ella. Había sido divertido provocarla, deslizar mi mano por su muslo y por debajo de su vestido sólo para oír su respiración entrecortada. Pero no puedo decírselo.

—Y nos dieron masajes en la playa.

Mierda. Esas dos últimas cosas suenan como algo que haría una pareja. Ni siquiera nos habíamos enrollado todavía cuando nos dieron el masaje, pero mencionar eso junto con el crucero suena como si hubiéramos sido amantes volviendo de nuestra luna de miel. No se me escapa la ironía de que se suponía que estaría haciendo precisamente eso, pero no con la mujer que está a mi lado.

—Parece que se la pasaron muy bien —ofrece Aiden, agarrándole la maleta a Taylor—. Me imagino que estarán cansados y hambrientos, así que pensé que podríamos cenar y luego llevarlos a casa. —La última parte va dirigida a Taylor.

Me he preguntado por qué él está aquí. No esperaba que nos esperara, pero sabía cuándo debía aterrizar nuestro vuelo.

—¡Eso suena genial! Me muero de hambre —gime Taylor.

Después de quedar en nuestro restaurante italiano favorito, Taylor se va con Aiden y yo me dirijo a mi carro. Una vez que llegamos y nos sentamos en una pequeña mesa redonda, pedimos tres platos de pasta diferentes, los compartimos como solíamos hacer cuando éramos niños. Intento no mirar demasiado a Taylor, pero no quiero parecer que la evito y levantar sospechas. Aiden nos observa atentamente, buscando cualquier señal de que nuestra relación hubiera cambiado durante nuestra ausencia. O tal vez es mi mala conciencia la que habla.

No creo que fuera a ser tan duro volver a enfrentarme a él, pero mi mente no deja de recordar aquel día junto a la piscina cuando éramos más jóvenes. Se empeñó en que me mantuviera alejada de Taylor. Si hubiera cambiado de opinión al respecto, me habría dicho algo, ¿no? O tal vez, como había estado con Gianna los últimos tres años, lo dejó pasar, pensando que nunca

pasaría nada entre nosotros porque yo estaba comprometido con otra persona.

Estoy sudando y me tiro del cuello de la camisa con nerviosismo. ¿Seré capaz de enfrentarme a mi mejor amigo y decirle que me he liado con su hermanita y que quiero ver qué pasa con nuestra relación? ¿Perderé su amistad por faltarle al respeto y no cumplir sus deseos? Estoy peligrosamente a punto de hiperventilar y temo desmayarme si no tomo aire.

—Disculpen —digo con toda la calma que puedo y me levanto de la mesa. Me apresuro a ir al baño, atravieso la puerta y apoyo las manos en el lavabo. Abro el grifo y me echo agua fría en la cara. No puedo mirarme al espejo por miedo a que no me guste lo que veo. ¿He destruido irrevocablemente mi amistad con Aiden? ¿Me perdonará por lo que he hecho?

Una vez recuperado, vuelvo a la mesa y encuentro a los hermanos Wesley bromeando y riendo. La tensión desaparece de mis hombros y mi mandíbula cuando tomo asiento entre ellos.

—¡Deberías haberle visto! —Taylor suelta una carcajada, su mirada se posa en mí—. Sus brazos se agitaron en el aire y golpeó el agua con fuerza.

Exagera la última palabra. A continuación, le cuenta a Aiden una dramática historia de nuestra aventura con la tabla, haciendo de mi falta de equilibrio y elegancia el blanco de sus bromas.

—No fui él único —le recuerdo con una sonrisa, y ella suelta una risita al recordarlo. Ya se había dado bastantes chapuzones en el agua azul pálido.

—Es cierto —admite con facilidad.

Después de cenar, nos dirigimos a nuestras respectivas casas. Lucho contra el impulso de acercarme a Taylor para darle un beso, sabiendo que su hermano nos vería y tendríamos que dar explicaciones. Abre la puerta del acompañante del Beemer plateado de Aiden y mira hacia mí. Vacila y me mira con nostalgia un momento antes de acomodarse en el asiento junto a su hermano. Miro sus luces traseras mientras se alejan, preguntándome cuándo volveré a verla.

Pasará un tiempo.

Paso la mayor parte del domingo deshaciendo la maleta y poniéndome al día con la ropa sucia. Mi día no comienza hasta después del mediodía, ya que estoy tan agotado que me duermo con tres alarmas diferentes en mi teléfono. Cuando por fin salgo de la cama, encuentro un mensaje de Taylor.

Tengo una entrevista de trabajo el miércoles. Deséame suerte.

Yo: *Eso ha sido rápido. ¿Cómo has conseguido una entrevista en las dieciséis horas que llevamos en casa?*

Taylor: *Aiden conoce al gerente. Me consiguió la entrevista la semana pasada mientras estábamos fuera.*

Aiden hace todo lo que puede para ayudar a su hermana a salir adelante. Es muy protector con ella. Se volvería loco si supiera lo que había pasado con su profesor y la universidad. Estoy medio tentado de contárselo, para que podamos ir allí y decirles lo que pensamos; pero Taylor confió en mí, confiando en que guardaría su secreto. No quiere que su familia sepa lo que había pasado, lo que ella había hecho. Si sus padres y su hermano se enteran, sentirá para siempre como si tuviera una A roja grabada a fuego en el pecho.

Yo: *¡Eso es genial! Lo vas a conseguir.*

Taylor: *¡Gracias!*

El silencio se extiende entre nosotros y me pregunto qué estará pensando. Si la tuviera delante, no tendría que adivinarlo. Ella me lo diría, con sus palabras o con su expresión. Ella es un libro abierto y se está convirtiendo en mi lectura favorita.

Dejo el teléfono, pensando que nuestra conversación había terminado, pero un minuto después me llega un mensaje de texto.

Taylor: *Mi entrevista es en el centro. ¿Quieres quedar para comer?*

Joder, ¿voy a tener que esperar hasta el miércoles para verla? Había pasado casi todos los minutos que había estado despierto con ella la semana pasada, y dieciséis horas ya es demasiado tiempo para no verla, besarla o tocarla. La quiero aquí conmigo esta noche. Quiero pedirle que se quede conmigo, pero sé que no conseguiré dormir esta noche con ella en mi cama, y mi día de vuelta al mundo real empezará mañana temprano. Además, su ausencia en casa tras una semana fuera plantearía demasiadas preguntas. Preguntas que aún no estamos preparados para responder.

Yo: *Me encantaría.*

Taylor: *Genial, tenemos una cita.*

Una cita. Con Taylor. Me encanta la idea de tener una cita con ella. Sólo tengo que decidir cómo contarle a Aiden lo nuestro antes de eso, o evitar que nos vean juntos. Si se entera por otra persona, me matará.

~~~

Cuando suena la alarma el lunes a las seis de la mañana, golpeo la mesilla con la mano y busco el teléfono. Encuentro el botón para silenciarlo y me siento, frotándome los ojos. Anoche no paré de dar vueltas en la cama, echando de menos el cálido cuerpo de Taylor acurrucado contra el mío. Tal vez debería haberle pedido que viniera y se quedara a dormir.

Me ducho y me visto con mi traje azul de raya diplomática, saliendo de casa con tiempo de sobra para mi parada habitual de los lunes por la mañana. Después de tomar un café en mi pequeña cafetería favorita, me dirijo a la oficina. Al abrir mi correo electrónico, me estremezco al ver cuántos me esperan en la bandeja de entrada. Aunque había intentado estar al tanto de ellos durante mi ausencia, me había distraído demasiadas veces como para contarlas, y finalmente me di por vencido cuando Taylor y yo empezamos a pasar más tiempo en el dormitorio.

Paso una hora enviando respuestas y garabateando notas en mi bloc de notas sobre asuntos que requerirán mi atención en los próximos días y estoy tecleando cuando mi jefe irrumpe en mi despacho. Tiene la cara desencajada, un poco cenicienta y los ojos cansados, llenos de pánico.

—¿Va todo bien? —pregunto mientras se acerca a mi escritorio.

—Tenemos un problema.

Su tono serio me pone los pelos de punta. *¿Había metido la pata?* Había estado tan angustiado por la ruptura de mi compromiso durante la semana anterior al viaje que es muy posible que hubiera cometido un grave error y él estuviera esperando a que volviera para enfrentarse a mí.

—¿Qué pasa?
~~~

—Hay un problema con nuestras instalaciones en Seattle, y Jim está de baja tras su prótesis de rodilla. —Jim es mi homólogo en la Costa Oeste, y si no puede solucionar el problema en Seattle, envían a…

—Necesito que vueles hasta allí. —Su petición corta mi hilo de pensamiento, confirmando mis temores—. Sé que acabas de volver, y siento hacerte esto después de… —Su voz se entrecorta y su mirada se aparta de mí—. Pero tenemos que salir adelante, y tú eres la única persona en la que confío para ocuparte de ello.

Sus ojos me suplican y, por un momento, casi me parece que tengo elección. Pero en realidad, no la tengo. Rechazarlo pondría en peligro mi carrera y, la verdad, no tengo una buena razón para no ir. Querer estar cerca de Taylor no cuenta. Aunque aún no conozco los detalles del desastre de la costa oeste, tengo la sensación de que estaré fuera más de unos días. Esto parece grande, como algo que me tendría en el otro extremo del país durante al menos una semana, tal vez más.

—¿Cuándo tengo que irme?

—Esta noche —responde.

—¿Esta noche? —pregunto, sorprendido.

—Sí, cuanto antes mejor. Ocúpate de lo que necesites aquí y luego ve a casa a hacer las maletas. Le diré a tu asistente que te reserve el vuelo y el hotel.

Joder. Así no es como había planeado volver al trabajo. Pero no hay nada que pueda hacer al respecto, excepto sobresalir en mi trabajo. Tengo que ser competente y controlar la situación para poder volver a casa lo antes posible.

Cuando aterrizo en Seattle varias horas después, ya ha anochecido y estoy listo para una ducha caliente y una buena noche de sueño. Cuando entro en el carro que me ha alquilado mi asistente, saco el teléfono del modo avión e inmediatamente suenan varias alertas de texto. Pensé que sería Taylor, miro hacia abajo y veo que no sólo hay un mensaje suyo, sino tres de Gianna. Dios mío, ¿qué quiere? En contra de mi buen juicio, abro primero el suyo.

Hola Dalton. ¿Qué tal, cómo estás?

Al no recibir respuesta, envió otro mensaje.

Me gustaría mucho ponerme al día contigo. Llámame cuando oigas esto.

¿Está loca? ¿Ponernos al día? ¡Canceló nuestra boda cinco días antes de casarnos! ¿Por qué demonios voy a querer hablar con ella? Me desplazo hacia abajo, la curiosidad es mi único incentivo para querer leer lo que viene a continuación.

***Gianna:** Mira, sé que probablemente soy la última persona con la que quieres hablar, pero es muy importante que me llames. Hay algo que necesito discutir contigo. ¿Puedes reunirte conmigo esta semana?*

Paso sin ver. No me importa de qué necesita hablar conmigo. No tengo ningún deseo de verla después de todo lo que nos hizo.

Me planteo dejar sus mensajes sin contestar, pero sé lo persistente que puede llegar a ser. Si no le respondía, me llamaba y me mandaba mensajes hasta que conseguía algo de mí.

Dalton: *No puedo. Estoy fuera de la ciudad por trabajo.*

Gianna: *¿No acabas de volver?*

Por supuesto que ella lo sabría. Alguien le dijo que fui a ese viaje sin ella. ¿También le dijeron que Taylor fue conmigo? ¿Alguien más aparte de Aiden sabe que ella iba a ir? Tal vez Taylor lo publicó en las redes sociales y Gianna lo encontró. Probablemente por eso de repente está interesada en hablar conmigo. Descubrió que había llevado a otra mujer a nuestra luna de miel, alguien que ella sabe que ha estado en mi vida durante años, nada menos.

Yo: *Emergencia en Seattle. Tuve que venir.*

Soy breve, no quiero animarla. Ella seguirá adelante si le doy demasiado o no lo suficiente. Sé cómo funciona.

Gianna: *¿Cuándo volverás?*

Yo: *Ni idea.*

Es la verdad. No sé lo que me espera mañana por la mañana ni cuánto tardaré en arreglar el desastre.

Me envía una retahíla de emojis, la mayoría caras ceñudas y circulitos amarillos con una lágrima corriendo por la cara. Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco. Me la imagino haciendo pucheros, con las comisuras de los labios hacia abajo en señal de decepción. Sabe hacer pucheros mejor que cualquier niño que conozca. Ella es un poco ridícula para una mujer de su edad. Antes me parecía entrañable, pero ahora me da grima solo de pensarlo. Mi teléfono emite otro mensaje de texto.

Llámame cuando vuelvas.

No respondo. No tengo intención de ponerme en contacto con ella cuando llegue a casa. La única mujer con la que quiero hablar es Taylor, y pienso ir directamente a su casa en cuanto vuelva.

Capítulo Diecisiete

Taylor

Vuelo a Seattle esta noche. Emergencia de trabajo. No sé cuándo volveré.

Eso es todo lo que decía el mensaje de Dalton de ayer por la tarde. No he sabido nada de él en todo el día y me estoy preocupando. Desde luego, no esperaba que se subiera a otro avión y cruzara el país. Supongo que es un riesgo que se corre trabajando en el mundo corporativo.

Le respondo deseándole un buen vuelo. Quiero añadir que espero que regrese pronto a casa, pero no quiero parecer pegajosa y desesperada. Debo de tener cuidado con Dalton. Salió de una relación muy seria y duradera y no quiero asustarlo. Si me apego demasiado a él y empiezo a actuar como si fuera algo serio, huirá y perderé mi oportunidad con él. Así que, aunque le eche muchísimo de menos y daría cualquier cosa por oír su voz, tengo que mantener la calma. No puedo dejar traslucir lo desesperadamente que quiero estar con él.

Voy al salón de belleza y me cortan el cabello, para que esté fresco y cuidado para la entrevista de mañana. Es un puesto de anfitriona en uno de los restaurantes de lujo del centro. No es el Exeter al que había pensado presentarme, pero es igual de bonito. Si lo hago bien como anfitriona e impresiono al gerente, tengo muchas posibilidades de pasar a un puesto de mesera, con la posibilidad de ganar propinas sustanciosas.

Cuando llego a casa, elijo mi traje para la entrevista y lo cuelgo detrás de la puerta para que esté listo por la mañana. Aiden me hace preguntas de práctica para ayudarme a prepararme. Él nunca ha trabajado como mesero ni en el sector de la alimentación, pero dice que muchas de las preguntas de la entrevista son bastante estándar y que, si yo puedo con las suyas, podré con las de cualquiera.

Me acuesto con las gallinas, con la esperanza de estar bien descansada por la mañana, pero al igual que las dos noches anteriores, me resulta difícil conciliar el sueño sin los fuertes brazos de Dalton acunándome. No sólo eso, sino que me he acostumbrado a los efectos sedantes de mi liberación nocturna.

Me levanto temprano, aunque mi entrevista no es hasta las diez y media. El trayecto en carro dura unos veinte minutos, suponiendo que no hay mucho tráfico, pero no quiero arriesgarme. Aiden me sugirió que llegue un poco antes para demostrarles que puedo ser puntual, así que me tomo el doble de tiempo que necesito para conducir hasta la ciudad y encontrar estacionamiento.

Me tiemblan las manos de los nervios al salir del carro. Sólo he tenido otros dos trabajos en mi vida. En el instituto, trabajé en un restaurant local en verano sirviendo helados y hotdogs. Ni siquiera tuve que hacer una entrevista, ya que los dueños eran amigos de mis padres y me conocían desde la guardería. Mi segundo trabajo fue de cajera en una ferretería durante mi primer y segundo año de universidad. Sólo conseguí ese trabajo porque el gerente me miró las tetas durante toda la entrevista. Acabé siendo una cajera de mierda porque no se me daba muy

bien estar de pie en un sitio mucho tiempo. Cuando había poco trabajo, me aburría y me iba, dejando mi fila desatendida. Me metía en líos más veces de las debidas, pero sorprendentemente nunca me despidieron. Supongo que tuve suerte de que al director le gustara tanto mi parte delantera.

Cuando mi carga lectiva se hizo demasiado pesada y mi nota media empezó a resentirse, mis padres me permitieron dejarlo y centrarme únicamente en los estudios. Me dieron una asignación para gasolina y otras necesidades que mis nóminas habían cubierto, y siguieron pagándome el seguro como siempre.

Aunque tienen una buena posición económica, mis padres esperan que mi hermano y yo nos ganemos lo que tenemos, y como yo no voy a ir a clase este verano, me incorporaré de nuevo a la vida laboral. En la casa de los Wesley ya no me quedaría holgazaneando por ahí. No es que pueda hacerlo. No me va bien con el tiempo ocioso. Nunca entendí cómo mi amiga Avery puede soportarlo. Va a la escuela durante los semestres de otoño y primavera, y se pasa los veranos en casa de sus padres viendo Netflix y descansando junto a la piscina. No me malinterpretes, yo también me relajo junto a la piscina de vez en cuando, pero ella hace de ello su profesión. Se llevará una gran sorpresa cuando tenga que empezar a ganarse la vida.

Son las diez y dieciocho cuando entro en el restaurante. Hay algunos trabajadores correteando, sirviendo el almuerzo y recogiendo los pedidos. Pasan unos minutos hasta que alguien se da cuenta de que estoy allí y se acerca al mostrador.

—¿Cuántos? —pregunta sin aliento la joven mesera, sacando los menús de debajo del mostrador.

—No he venido a comer —le digo mientras consulta la pantalla de su ordenador. Hace una pausa y sus ojos se desvían hacia mí—. Tengo una entrevista —le informo rápidamente. Parece muy ocupada y no quiero hacerle perder el tiempo.

—¡Oh! —chista, animándose un poco. Su espalda se endereza y sonríe—. Sígueme —me indica, girando sobre sus talones y guiándome hacia la parte trasera del restaurante. Giramos por un pasillo con un par de puertas a cada lado y ella asoma la cabeza por una, informando a su ocupante de que yo estoy aquí.

—Entra, cariño. —Me dedica otra sonrisa amistosa y me hace señas para que entre.

—Señorita Wesley —me saluda la señora de detrás del mostrador levantándose de la silla. Me tiende la mano y se la estrecho—. Soy Caroline, la gerente.

—Hola, Caroline. Encantada de conocerte. —*Empieza con un saludo amistoso.* Obsérvala.

—Encantada de conocerte, también. Empecemos. —Me indica que me siente frente a ella. Me acomodo en la silla, manteniendo la espalda recta pero la postura relajada. *Mantén la calma y la confianza, pero no actúes como si lo tuvieras todo controlado.* Obsérvala—. Tu hermano me dijo que querías empezar enseguida —empieza. —Es decir, si este trabajo es adecuado para ti y tú lo quieres —añade.

—Sí. —Lucho contra la costumbre de decir *um* y *uh* y me aclaro la garganta—. No tomaré clases este verano, así que mi horario es muy flexible y estoy disponible para empezar en cualquier momento.

—¡Genial! Hablemos del puesto y luego te haré una visita guiada. —Caroline me hace un resumen del trabajo antes de acribillarme a preguntas sobre mi historial laboral y mi experiencia. Me explica que empezaré como anfitriona y que mi turno variará en función del horario y del personal. Puedo empezar tan pronto como a las ocho de la mañana o tan tarde como a las dos de la tarde. Aún no estoy segura de cómo conoce a mi hermano ni de por qué está dispuesta a

concederme esta entrevista, pero estoy demasiado agradecida para cuestionarlo.

—Vamos —me indica, levantándose de su asiento—. Te enseñaré el lugar.

La sigo hasta la cocina. El sous chef está añadiendo ingredientes a una olla grande en la reluciente cocina industrial de gas, removiendo después de cada toque de pimienta y pizca de hierbas. Otro cocinero corta verduras para las ensaladas y un tercero prepara filetes y pollo a la parrilla.

—Todo, excepto las bebidas, se prepara aquí detrás y se coloca allí —me indica, señalando la estantería donde se alinean algunos platos de comida, a la espera de que los meseros los recojan.

Nos abrimos paso por el comedor, que empieza a llenarse rápidamente, y nos detenemos delante, donde la anfitriona se dispone a sentar a un nuevo grupo que acaba de llegar. Agarra una pila de menús y conduce a un grupo de mujeres de mediana edad elegantemente vestidas a una mesa. Caroline me enseña hábilmente a saber qué mesas están libres, cuáles ocupadas y qué meseros tienen asignados.

—No tardarás mucho en aprender el sistema —me dice con una sonrisa. Regresamos a su despacho y volvemos a sentarnos—. ¿Alguna pregunta? —inquiere, cruzando las manos sobre el escritorio. Le aseguro que he sido muy minuciosa y que por el momento no tengo ninguna.

—Como habrás notado, necesitamos una anfitriona urgentemente. Nuestros meseros intentan sentar a los clientes por la mañana, cuando no hay tanta gente, pero no dan abasto. Nuestras anfitrionas actuales entran a las once y media cuando el tráfico empieza a aumentar, pero realmente necesitamos cobertura durante todo el día. Si tus referencias son correctas, no me cabe duda de que pronto recibirás una oferta de trabajo. —Es una gran noticia. Hablamos brevemente del sueldo, y cuando me dice lo que ganan de propina algunos meseros y meseras, casi se me cae la mandíbula al suelo—. Estaremos en contacto. —Concluye y se levanta de la silla para acompañarme a la puerta.

Salgo al sol de la mañana y respiro hondo. Pronto tendré trabajo y estoy impaciente por empezar.

—¡Tú! —gruñe en mi dirección una voz femenina contrariada. Hay rabia y acusación en esa simple palabra, que atrae mi atención hacia la acera. Levanto la vista y miro a mi alrededor mientras la gente pasa rápidamente a mi lado.

Mis ojos se posan en una despampanante mujer rubia de unos treinta años. Lleva el cabello rizado sobre los hombros y un vestido vaporoso con flores rojas y amarillas. Va vestida de otra manera y lleva el cabello suelto alrededor de la cara, pero la reconocería en cualquier parte.

La esposa de Jason. ¡Santo cielo! Ella está parada justo frente a mí y me reconoció. ¿Cómo sabe quién soy yo? ¿Él se lo dijo?

Camina hacia mí con la cara llena de furia. Me clava un dedo perfectamente cuidado en el pecho y me estremezco.

—*Tú eres* la fulana que sedujo a mi marido —acusa.

Me quedo con la boca abierta. *¿Eso es* lo que piensa? ¿De verdad me acaba de acusar de ser una rompe hogares en una acera concurrida en pleno día? Me arde la cara de humillación y rabia. Este día había ido demasiado bien. Debería haber sabido que algo saldría mal.

—Así es —se burla—. Tengo tu número.

Su desdén me hace recuperar la sobriedad y cierro la boca. Realmente no quiero hacerlo aquí con una mujer enfurecida, hormonal y a punto de dar a luz en cualquier momento, pero hay que decirlo. No voy a dejar que me convierta en la villana. No, ese título está reservado para el bastardo de su marido.

—Mire, señora Barret, no sé lo que le han dicho…

—Oh, no necesitaba que me *dijeran* nada —me interrumpe—. Te vi salir corriendo de ese salón cuando Jason *me* besó —dice, señalándose a sí misma—. A su *mujer* —espeta, recordándome su puesto—. Cuando por fin me confesó por qué estaba en periodo de prueba, supe que habías sido tú.

—No es lo que piensa —empiezo, con la necesidad de explicarme creciendo por segundos. No me absolverá por completo de mis pecados, pero al menos ella sabrá que no conocía su estado civil cuando empezamos a vernos.

Se burla, mirándome por debajo de la nariz.

—¿No es eso lo que dicen todas? Me lo ha contado todo.

Mentiras, estoy segura. Si ella está tan enojada conmigo, entonces definitivamente le había dado una línea de mentiras.

—¿Te ha dicho que no te había mencionado ni una sola vez? —Sus ojos se abren fraccionadamente, dándome la respuesta que no está dispuesta a expresar—. ¿O que nunca llevó su anillo en el campus? —Sus labios se contraen en una línea plana—. No tenía ni idea de que estuviera casado.

—¡Mentiras! —grazna, con la barbilla temblorosa—. Me dijo que lo sabías y que aun así fuiste a por él, que le acorralaste en su despacho.

Me estremezco y retrocedo como si me hubiera abofeteado.

—Ese mentiroso hijo de puta —murmuro para mis adentros.

Me mira, con los ojos abiertos como un gato asustado. Su cuerpo vibra de rabia, pero está visiblemente incómoda y un poco asustada. Es evidente que no suele enfrentarse a la gente por la calle. Aquí estaba, dispuesta a traer un hijo al mundo, enfrentándose cara a cara con la amante de su marido. Cualquiera en su situación se sentiría inquieta, y teniendo en cuenta las circunstancias, ella está manteniendo la compostura bastante bien.

—Lo siento —empiezo—. Esta no es una conversación que esperaba tener, y realmente no creo que debamos tenerla aquí —digo, haciendo un gesto a nuestro alrededor con la mano abierta. —¿Puedo invitarte a comer o a un café o algo?

Se queda con la boca y los ojos abiertos de asombro.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque a pesar de que no sabía que Jason estaba casado, cometí un error y saliste herida por ello. Me gustaría tener la oportunidad de aclarar las cosas contigo y, sinceramente, tengo miedo de que te pongas de parto si seguimos discutiendo en la calle.

Me sorprende soltando una carcajada.

—A mí también me da un poco de miedo —admite, frotándose el estómago con una mano.

Acepta hablar conmigo durante el almuerzo, así que caminamos unas cuantas puertas hasta un pequeño bistró que sirve café y comida gourmet. De ninguna manera puedo volver a Francesca y arriesgarme a ser humillada delante de mí posible futuro empleador y mis compañeros. Encontramos una mesa escondida en un rincón donde podemos tener algo de intimidad para discutir las cosas.

—No puedo creer que esté haciendo esto —dice una vez que estamos instaladas.

—Lo mismo digo —respondo, tan sorprendida como ella. ¿Cómo demonios hemos llegado hasta aquí? Estoy a punto de tomarme un café con la mujer del hombre con el que había tenido una aventura de siete meses. Esto es más que incómodo.

—Sé que soy una desconocida para ti y que no tienes motivos para confiar en mí ni para creer

nada de lo que te diga —empiezo, sin rodeos—. Pero ni una sola vez sospeché que Jason estuviera casado—. Hace una mueca de dolor en sus ojos azules mientras se mueve incómoda en la silla—. Nunca vi un anillo. No había fotos tuyas en su despacho. —Yo lo sabría. Había pasado mucho tiempo allí.

Le tiembla la barbilla, pero mantiene las lágrimas a raya. Ojalá pudiera retirar esa última parte, sabiendo que le duele aún más de lo que ya le ha dolido el agudo escozor de su infidelidad. La borró de su vida mientras estaba en el campus, fingiendo que nunca había jurado honrarla y conservarla en la salud y en la enfermedad, en las buenas y en las malas. Se presentó como un soltero, sin ataduras con ninguna mujer. Nunca dijo que estaba a punto de ser padre.

—Nunca habría aceptado una relación con él de haberlo sabido —le aseguro, proyectando tanta sinceridad en mi declaración como puedo. Me sentí mal cuando la vi y me di cuenta de quién y qué era ella para él. El hecho de que estuviera embarazada de él lo hacía aún más insoportable. ¿Cómo podía hacerles esto?

Un mesero viene a tomar nuestros pedidos antes de que ella pueda responder. Ambas echamos un vistazo a los menús y elegimos rápidamente para que nos deje seguir conversando.

—¿Por qué debería creerte a ti antes que a él? —pregunta. Vuelve a ponerse en guardia y me mira con desconfianza.

—No puedo responder a eso por ti —digo simplemente—. Es tu marido. Es la persona con la que elegiste pasar tu vida, lo que significa que debes amarle y tener una gran confianza en él.

Traga saliva y desvía la mirada. Hay una grieta allí, una que crece por segundos. Sabe que estoy diciendo la verdad. La intuición femenina está trabajando duro aquí, y ella está luchando valientemente contra ella. Continúo antes de que tenga la oportunidad de cerrar esa brecha, encajando un hecho que sería difícil de tragar en esa pequeña astilla.

—Pero no tengo ninguna razón para mentirte. No tengo nada que ganar con ello. Me vas a odiar de cualquier manera, pero no soy yo quien tiene que enfrentarse a ti todos los días sabiendo que lo que hice estuvo mal. Saldré de aquí y es muy posible que no vuelva a verte, pero tu marido está en una situación mucho más precaria. —*Tendría* que volver a enfrentarse a ella, posiblemente todos los días del resto de su vida, si tiene la suerte de conservarla.

—¿Entonces por qué te importa?

—No puedo irme de aquí sin al menos darte mi versión de la historia —respondo—. Porque creo que mereces saber la verdad. —No te conozco, pero sé que no te mereces lo que él había hecho. Engañar no está bien. Jamás. Si tenían problemas como él decía, debería haber hecho todo lo posible por solucionarlo con ella en lugar de salir conmigo. Y no dejaría que siguiera engañándote. No podía dejar que se saliera con la suya con sus mentiras.

Su cuerpo se hunde, sus hombros caen derrotados.

—¿Cómo ocurrió? —Su voz es tan baja que apenas la escucho por encima del bullicio de la hora de comer. Me estremezco y palidezco, insegura de si puedo revelar a esta mujer ya desconsolada cómo me había perseguido su marido. Tuve que desnudarme ante Dalton para darme cuenta de que eso era lo que había pasado, y no al revés. Me había culpado tanto a mí misma que no me di cuenta de lo hábilmente que él había orquestado los acontecimientos que rodearon nuestra aventura.

—Empezó como cualquier otra relación. Coqueteábamos y nos mirábamos cuando nadie nos veía. Un día, después de clase, me llevó aparte para repasar un trabajo y me dijo lo bien que lo había hecho. Después de eso, me prestó mucha atención personalizada, ayudándome con las cosas que me costaban y elogiándome cuando hacía algo bien. —Se sienta estoicamente,

absorbiendo cada palabra como si la memorizara—. Una tarde me pidió que pasara por su despacho porque había olvidado llevar las tareas a clase. Era jueves y quería repasarlo antes del fin de semana para que yo tuviera las respuestas correctas para nuestro examen de la semana siguiente.

Su mandíbula se tensa y sus fosas nasales se abren. La treta es obvia para ella, pero yo había estado tan enamorada de él que no me había dado cuenta de lo que hacía. O tal vez sí, pero estaba tan dispuesta a seguirle la corriente que simplemente no me importaba. Después de todo, nunca sospeché que estaba en peligro de convertirme en la otra mujer, no sólo en su interés amoroso prohibido.

—Fue la primera vez que me besó —confieso. Pensar en sus labios sobre los míos una vez me dio vértigo de excitación, mi cuerpo enrojeció de acalorada anticipación. Ahora sólo me entristece y me da náuseas. Me besó y luego probablemente se fue a casa a besarla a ella.

—Déjame adivinar —grita, con las manos agarrando el borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos—. Te pidió que te convirtieras en su ayudante para poder tenerte cerca.

No es una pregunta. No, es una afirmación de hecho. ¿Le dijo cómo me había seducido?

—Sí, ¿cómo…?

—Ya lo ha hecho antes —espeta, endureciéndose su rostro—. Hace un par de años, empezó a tontear con una estudiante y los pillé besándose en su despacho. —Mis ojos se abren de par en par, sorprendidos. ¿No es la primera vez que hace algo así? Parecía tan dispuesta a echarme toda la culpa a mí, aunque sabe que él tiene un historial de seducción de sus alumnas.

—Quería creer que había cambiado —confiesa, con la voz entrecortada—. Me lo prometió. —Una lágrima resbala por su mejilla y se la limpia con rabia.

—Lo siento mucho. —Le agarro la mano, pero dudo. Ni siquiera sé su nombre de pila. Dudo que agradezca mi contacto o mi consuelo.

Respira entrecortadamente antes de continuar.

—Él decía que nunca se había acostado con ella, pero en el fondo yo sabía que mentía. Pero no quería creerlo, así que fingí que no lo creía. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

—No eres estúpida —le aseguro—. Lo amas. Te lo pone muy fácil. —Ahí está. La verdad que no había querido afrontar. El hecho innegable que hacía su traición aún más atroz. Me había enamorado de él. Era tan encantador y atento que era difícil no amarlo. Pero ese amor se apagó y se consumió, su infidelidad extinguió la llama como una boca de incendios a una vela.

—Tú también —afirma ella, con un abanico de emociones recorriendo sus facciones. Pena, rabia, angustia, celos.

—Lo hice —admito—. Pero ya no. —Mi corazón pertenece a otro.

Dalton.

Él es como un rayo de sol que ilumina mi autoestima en mis días más oscuros. Su invitación al paraíso fue mi salvación. Aquella semana que pasé con él unió los pedazos rotos de mi alma después de que otro la hubiera destrozado.

—Todavía lo hago —confiesa—. ¿No es patético? —Mi corazón se rompe de nuevo por ella.

—*No* eres patética —declaro—. Es tu marido —me hago eco de mi afirmación anterior—. Juraste amarle incondicionalmente y a pesar de cualquier dificultad, ¿verdad? —Ella asiente—. Así que has cumplido tu parte del trato.

Vuelve a limpiarse los ojos. No sé lo que es estar en su situación, estar casada con alguien y amarlo tan profundamente, aunque te traicione. No la juzgaré por seguir amándolo, pero tampoco

pretenderé que él merece su perdón. En última instancia, es su decisión.

—Está bien seguir queriéndole. Probablemente siempre lo harás. Pero no tienes que perdonarle. —Su expresión cambia de derrotada a atónita—. Esa parte depende totalmente de ti. Nadie más puede tomar esa decisión por ti.

—Tengo que hacerlo —se atraganta—. Nuestro bebé —dice, acunando su estómago.

—Lo entiendo. —Vuelvo a tenderle la mano—. Haz lo que creas que es mejor para ti —susurro, con los ojos bajos—. Y para tu hijo.

¿Creo que debe dejarle el culo y quitarle todo lo que tiene? Sí, claro. Pero tiene que llegar a esa conclusión por sí misma. Si decide perdonarle y darle otra oportunidad, espero que él la aproveche y la aprecie. Espero que se convierta en el mejor padre y marido que alguien pueda pedir. Pero no tengo mucha fe en su capacidad para hacerlo.

Sus hombros se estremecen con sollozos silenciosos y le aprieto la mano, ofreciéndole el poco consuelo que puedo. No puedo imaginar el dolor que debe de sentir. Jason tiene suerte de que alguien lo ame tan profundamente. Es un maldito idiota que, desde luego, no la merece.

—Señora Barret, yo…

—Melody —corrige—. Por favor, llámame Melody.

—De acuerdo. —Parece una Melody, muy elegante y bien arreglada—. Melody, espero que, pase lo que pase, encuentres la felicidad. Te mereces algo mejor que el lío que te han montado, y siento mucho haber participado en él.

—Gracias —moquea y se seca los ojos por última vez—. Y siento haberte atacado así —añade avergonzada, bajando la cabeza.

—No pasa nada. Sinceramente, creo que cualquier otra me habría arrancado los ojos.

Suelta una risita y luego se echa a reír a carcajadas. Me siento aliviada de que mi broma le haga gracia. Alguien tiene que animar el ambiente.

—Ah, gracias. Necesitaba reírme. Ha pasado demasiado tiempo —admite, secándose los ojos ahora llorosos por la risa. Agradezco que ya no sean lágrimas de desesperación.

Nuestro almuerzo llega poco después, poniendo fin a la conversación. Salimos de aquel bistró con la barriga llena y el corazón un poco más ligero.

—Gracias por eso —dice Melody, señalando el edificio del que acabamos de salir—. Necesitaba escuchar tu versión de la historia y la brutal verdad sobre mi marido.

Asiento en respuesta.

—Siento que hayamos tenido que conocernos así. Creo que, en otras circunstancias, tú y yo podríamos haber sido amigas.

—Creo que tienes razón. —Sonríe, y esa mirada le sienta mucho mejor que el semblante triste y enfadado de una mujer despechada.

—Soy Taylor, por cierto. Creo que no me he presentado correctamente. —Extiendo la mano y se la ofrezco.

—No creo que te haya dado muchas oportunidades —responde ella, agarrándola.

Nos damos la mano y nos separamos. Puede que no seamos amigas, pero al menos ya no somos las enemigas en los que Jason nos había convertido.

Capítulo Dieciocho

Dalton

Tiro la chaqueta del traje sobre el respaldo de la silla y caigo de bruces sobre la cama. Vaya pesadilla. La situación en Seattle es un desastre. No sé si Jim había metido la pata hasta el fondo o si la mierda se había desatado porque había dejado el lugar desatendido. En cualquier caso, de alguna manera se había convertido en *mi* desastre y yo soy el responsable de limpiarlo.

Son poco más de las diez de la noche y estoy a punto de desmayarme. Me he pasado todo el primer día revisando papeleo que había sido muy mal gestionado. Es obvio que quienquiera que Jim hubiera dejado a cargo no estaba haciendo su trabajo. Ocho horas después de vadear los montones de facturas, informes de gastos y otros datos mal recopilados, estoy dispuesto a arreglar todo el problema con un bidón de gasolina y una cerilla encendida. Esto va a ser eterno. Lo único que quiero es ver a Taylor, pero probablemente no cumpliré mi deseo hasta dentro de dos semanas. Todo lo que tenemos por ahora son unos pocos mensajes de texto y la promesa de una videollamada cuando ambos estemos libres.

El día siguiente es muy parecido al primero. Termino sobre las seis y media de la tarde, vuelvo al hotel y va al gimnasio. No he hecho ejercicio desde antes de mi viaje y necesito una forma de aliviar todo el estrés de estar aquí fuera cuando donde realmente quiero estar es envuelto con Taylor en mis sábanas.

Una hora y media después, apenas puedo andar y sentir los brazos como gelatina, pero estoy mucho más relajado de lo que había estado en días. Vuelvo a mi habitación y pido el servicio de habitaciones, poniéndome al día con los correos electrónicos mientras espero. No sólo tengo que ocuparme de la situación actual en Seattle, sino también del trabajo que he dejado en casa. Hay muchas cosas que mi equipo puede hacer sin que yo esté encima de ellos, pero sigue siendo mi trabajo dirigirlos y asegurarme de que todo se haga. Una vez concluido este fiasco, pienso pedir un aumento.

Cuando por fin llega mi cena, la devoro. No estoy acostumbrado a pasar tanto tiempo sin comer, pero después de comer nos la pasamos trabajando hasta el momento de irnos, y luego me fui directamente al gimnasio.

Con el estómago lleno, por fin puedo pensar con más claridad. Quiero hablar con Taylor, pero no sé qué he hecho con mi teléfono. Finalmente lo encuentro en la parte trasera de los pantalones que me había puesto para ir a trabajar. Hoy había estado tan ocupado que no había tenido tiempo de revisarlo. Cuando lo saco, hay un par de mensajes de ella.

Taylor: *¡La entrevista fue genial! Espero tener noticias pronto.*

Una hora más tarde, había enviado otro mensaje.

No te vas a creer con quién acabo de comer. Llámame cuando puedas.

No estoy seguro de que me gusta cómo suena eso. ¿Había comido con su hermano? ¿Sabía él lo nuestro ahora? Vuelvo a revisar mi teléfono. No tengo llamadas perdidas ni mensajes de él, así que dudo que sea él de quien habla. ¿Podría haber sido alguien de la escuela? A lo mejor habían entrado en razón y habían dejado de tratarla como a una maldita delincuente.

Es tarde y no estoy seguro de que aún esté despierta, así que le envío un mensaje rápido en lugar de llamarla por si ya está dormida.

Yo: *Hola, siento no haber llamado. Acabo de llegar. Esto es un desastre. ¿Sigues despierta?*

Espero varios minutos mirando el móvil, deseando que responda. Daría cualquier cosa por oír su voz ahora mismo. Cuando no sé nada de ella al cabo de diez minutos, me meto en la ducha y dejo el teléfono en el lavabo para oírlo sonar si llama. No llama. Me meto en el edredón de mi cama provisional y me quedo dormido. Ni siquiera tengo tiempo de poner el despertador antes de quedarme dormido.

De alguna manera, a la mañana siguiente sigue sonando, mi teléfono chirria. Suena mal, no como mi alarma habitual. Abro los ojos y lo agarro. Está sonando y el número de la oficina de Seattle parpadea en la pantalla. Mierda. Son más de las ocho y les había dicho a todos que ya estuvieran allí. Salto de la cama y corro al baño, silenciando la llamada. Me cepillo los dientes, me peino y arreglo el cabello, y un traje limpio decora mi cuerpo en menos de cinco minutos. Vuelvo a llamar para avisarles de que estoy de camino. Técnicamente es la verdad, ya que mientras hablamos camino a toda velocidad por el pasillo.

Cuando por fin llego a la oficina, todos esperan ansiosos mi llegada. Les asigno una tarea a cada uno y me encierro en el despacho de Jim. Tengo una llamada programada con él a las nueve. Necesito que me dé su opinión sobre algunas cosas y quiero preguntarle para ver si puede determinar dónde empezó la avería.

Una hora más tarde, he terminado mi segunda taza de café y tengo una idea de dónde habían ido mal las cosas. Jim no quiere señalar a nadie, pero está claro que su segundo al mando es el problema. Parece que Gary siempre había querido más poder y una oportunidad para demostrar su valía. Se había probado a sí mismo, de acuerdo, sólo que no de la manera que él esperaba. Sin Jim para mantenerlo a raya, tenía rienda suelta sobre los proyectos que Jim supervisaba y casi los llevó a la ruina. Tendrá suerte si conserva su trabajo después de esto.

Gary y yo nos sentamos y tenemos una larga y agradable reunión en la que repasamos todo lo que había ido mal en las últimas cuatro semanas. Le pido que me explique cada una de las tareas y decisiones que había tomado para que podamos elaborar un plan de acción, y le aconsejo sobre sus terribles habilidades de gestión. No había delegado adecuadamente y archivaba los formularios de forma incorrecta. Su mesa y su ordenador son un desastre de desorganización. Nos llevará otro día entero ocuparnos de aquel desastre.

No almorzamos hasta las dos. Miro el celular y veo que Taylor me había contestado esa mañana.

Hola, acabo de recibir esto. Anoche me acosté temprano. Parece que has tenido un día ocupado.

Yo: *Muy ocupado. Hoy es más de lo mismo.*

Ella responde inmediatamente.

Taylor: *¡Oh, no! ¿Tendrás que estar mucho tiempo ahí?*

Yo: *Probablemente. Supongo que un par de semanas.*

Taylor: *¿Puedes hablar?*

En lugar de responder, la llamo. Estoy ansioso por oír su voz y no quiero esperar ni un segundo más. Además, es el único descanso que tendré en todo el día. Me contesta al segundo timbrazo.

—Bueno, hola, muchachote —responde a modo de saludo y yo sonrío. Me encanta cómo su espíritu juguetón me tranquiliza al instante.

—Hola —le contesto, con el ánimo por las nubes—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Tengo muchas cosas que contarte. Me alegro de que hayas llamado.

—Sí, yo también. Necesitaba oír tu voz. —*Uy. No quería decir eso en voz alta.* Escucho un pequeño jadeo al otro lado de la línea y luego nada.

—Lo mismo digo —responde ella al cabo de un momento, con voz grave y melancólica.

¿También necesitaba oír mi voz? El silencio flota en el aire entre nosotros. ¿Por qué es tan incómodo? He estado dentro de ella. Mi boca y mis manos han explorado cada centímetro de su cuerpo. Nos separan miles de kilómetros y, de repente, no sabemos cómo hablarnos. Después de varios segundos, me aclaro la garganta.

—Entonces, ¿qué querías decirme?

—¡Oh! —grita emocionada—. ¡Conseguí el trabajo!

—Felicidades. Es fantástico. Debes haberles impresionado mucho para que ya te hayan ofrecido el trabajo.

Ella se ríe.

—Creo más bien que estaban desesperados por cubrir el puesto y yo estaba fácilmente disponible.

—Oye, no te subestimes. Seguro que han podido ver lo increíble que eres. —Me quito el teléfono de la oreja y me golpeo la frente con el borde. ¿Por qué demonios sigo diciendo gilipolleces como esa?

Porque es *increíble*, me dice una vocecita desde el fondo de mi mente. Aun así, tengo que dejar los cumplidos y las declaraciones cariñosas. Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, tengo que ir despacio. Decirle cosas así lo convierte en algo más serio de lo que estoy dispuesto a hacer en ese momento.

—Yo emm… —empieza, tartamudeando un poco. *Uh oh, esto no puede ser bueno*—. Almorcé con la esposa de Jason. —Cometo el error de beber un sorbo de agua mientras habla y casi me ahogo, escupiéndola por toda la habitación.

—¿Tú *qué*? —grazno, mientras toso.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, continúa. —Me sereno, tomando otro trago de agua para aliviar mi garganta.

—Me la encontré al salir de mi entrevista. Me reconoció y se cabreó. —Deja escapar una risita.

¿Qué diablos puede encontrar de divertido en eso? me pregunto. Procede a contarme todo el incidente y la conversación que siguió. La pobre mujer parecía destrozada pero decidida. Aunque me siento fatal por ella, me siento aliviado por el bien de Taylor. Reunirme con la mujer de Jason y mantener con ella una conversación abierta y perspicaz parece aligerar aún más la carga de su culpabilidad. Sé que confiar en mí la había ayudado y que había sido capaz de hacerle ver que

ella no tenía la culpa de que Jason le fuera infiel, pero contar con la comprensión y el perdón de su esposa hace mucho más por su conciencia de lo que yo jamás hubiera podido.

—Me alegro de que te encontraras con ella, entonces.

—Yo también. Odio decir esto, pero espero que no se quede con él. Es un cerdo y ella se merece algo mucho mejor. Pero si ella puede encontrar en su corazón perdonarlo y él deja de joderla, espero que pueda ser feliz con él de nuevo.

Me sorprende lo dulce y compasiva que puede llegar a ser. Pienso que Jason merece que le den una patada en los huevos y le obliguen al celibato por lo que les había hecho. Sé de primera mano lo que se siente al tener una pareja infiel, al verla con otro cada vez que cierras los ojos. Dios, puedo imaginarme aquel moño de hombre revoloteando cada vez que Gianna abría las piernas para Antonio.

—Dalton, ¿sigues ahí?

—Sí, lo siento. Estoy aquí.

¿Cómo había dejado que los pensamientos de mi ex prometida vuelvan a mi mente mientras hablo con Taylor? La estoy superando. Taylor me está ayudando a olvidar a Gianna y cómo me había destrozado el corazón. Al menos, lo había hecho. Mientras estuvimos recluidos en aquella isla, me devolvió la vida en más de un sentido y me hizo olvidar lo mucho que Gianna me había hecho daño. Pero la insistencia de Gianna en los últimos días me pone nervioso, y todos esos viejos sentimientos hacia ella siguen intentando resurgir. Me esfuerzo por hacerlos retroceder, pero con cada mensaje de texto y llamada telefónica, un poco vuelve a salir a la superficie. Cada vez que su nombre aparece en mi pantalla, una multitud de emociones vuelven a inundarme.

Empiezo a dudar de mi relación con Taylor. No le hemos puesto una etiqueta, y yo no tengo prisa por hacerlo, pero tenemos algo especial. Pero no sé si alguno de los dos está preparado para ello. Su desamor es casi tan reciente como el mío. ¿Ambos corremos el riesgo de ser el rebote del otro?

Taylor cambia de marcha y me habla un poco de su nuevo trabajo. Cuando empiezo a bostezar, suelta una risita y se ofrece a dejarme ir. Me disculpo por bostezarle al oído, pero me asegura que no pasa nada y me ordena terminantemente que me tome otra taza de café. Antes de colgar, me aseguro de que sepa que será tarde para ella cuando termine y que probablemente esperaré hasta mañana para llamarla. Su zona horaria está tres horas por delante de la mía y no quiero tenerla despierta hasta medianoche sólo para que podamos hablar.

El día siguiente es un poco más tranquilo. Es viernes y todo el mundo está listo para un descanso, incluido yo. Mañana vendré a la oficina y trabajaré solo, aprovechando la soledad y la falta de distracciones e interrupciones. Podré hacer el doble de trabajo y posiblemente estaré un día más cerca de irme a casa.

Gianna vuelve a preguntarme cuándo volveré a la ciudad. Tengo la tentación de decirle que me deje en paz, que no tengo ningún deseo de verla ni ahora ni en el futuro, pero no puedo hacerlo. Me preocupa que algo este muy mal, ya que insiste tanto en decírmelo en persona. Inmediatamente pienso en su madre, que había tenido un susto de cáncer hace un par de años. Acabó sometiéndose a una histerectomía total para asegurarse de que no se extendiera y, desde entonces, en todas las revisiones le habían dado el visto bueno. ¿Había cambiado? Esperaba que no fuera eso.

Con eso en mente, le envío un mensaje rápido, suavizando mi respuesta.

Yo: *Espero que en algún momento de la semana que viene.*

Mañana trabajaré todo el día para ver si puedo acelerar las cosas.
Vale. Que tengas un buen día, D.

Ella está usando mi apodo de nuevo. Solía llamarme D todo el tiempo, pero había dejado de hacerlo en los últimos dos meses. Al principio no le di importancia, pero, mirando atrás, debió de ser entonces cuando empezó a desenamorarse de mí.

El día pasa rápido y, como hemos avanzado mucho, acepto una invitación para tomar algo con el resto del equipo después del trabajo y, por una vez, salir de la oficina a una hora normal. Disfrutamos de un par de rondas en un elegante bar de la zona alta y puedo conocer un poco mejor a algunos de ellos. Gary, que había estado enfurruñado desde nuestra reunión, por fin se anima y se une a la conversación.

A las siete, decido terminar mi última copa y volver a mi habitación para empezar temprano por la mañana. Llamo a Taylor cuando llego y la pillo volviendo a casa del trabajo. Es su primer día de trabajo y parece agotada.

—Después de las dos primeras horas, estaba sola —dice, abrumada pero orgullosa. Lo ha llevado bien y no ha recibido ninguna queja de nadie del turno de esta noche. Terminamos la llamada cuando llega a su casa y prometemos seguir hablando mañana por la noche.

El sábado es como un torbellino. Trabajo hasta bien entrada la noche, pero consigo el doble de cosas que cualquier otro día. Después de todo, quizá estaré en casa a mediados de semana. Decido averiguar el horario de trabajo de Taylor y darle una sorpresa, tal vez convencerla de que pase la noche conmigo. Me muero de ganas.

Camino con paso ligero por el vestíbulo del hotel. Este desastre está llegando a su fin más rápido de lo que esperaba.

—Dalton. —La voz familiar me detiene en seco y me giro, esperando equivocarme. Gianna se levanta de uno de los sofás de felpa que salpican el vestíbulo y se alisa el vestido antes de acercarse. Camina despacio hacia mí, como si temiera que salga corriendo si hace algún movimiento brusco.

—¿Qué haces aquí? —digo, mis hombros pasan de relajados a tensos en un instante.

—Necesitaba verte. —Su voz y sus ojos están llenos de súplica.

—¿Así que apareciste *aquí*? ¿En Seattle? —Me pongo en pie, incrédulo ante su descaro, mientras ella da otro paso cauteloso hacia mí. Ahora está a mi alcance y quiero sacudirla. ¿Por qué demonios ha volado hasta Seattle?

—Es importante.

—¿Tan importante que no podía esperar hasta que regresara?

Asiente con los ojos muy abiertos y asustados. La inquietud me aprieta el estómago. Esto no puede ser bueno.

—Vamos. —Me dirijo a los ascensores y pulso el botón de subir. Sea lo que sea, es mejor hablarlo en mi habitación y no en un vestíbulo abarrotado de gente. Me sigue, con los tacones golpeando el suelo de mármol. Cada golpecito me produce una oleada de ansiedad. Cuando las puertas se cierran, casi tiemblo de nerviosismo.

Me quito la corbata y la chaqueta cuando entramos en mi habitación y me giro para mirarla. Parece preocupada, como si supiera que voy a echarla en cuanto me lo cuente todo.

—¿De qué va esto, Gianna? —pregunto, exasperado. Saca algo del bolso y se acerca a mí con recelo. *¿Qué demonios es esto?* Me entrega el papel cuadriculado y bajo la mirada. El corazón me da un vuelco y se me hunde en el estómago como un plomo.

Capítulo Diecinueve

Taylor

Llamo a Dalton cuando salgo del trabajo, con la esperanza de pasar el trayecto de vuelta a casa hablando con él de nuevo, pero no contesta. Al día siguiente tampoco contesta a mis mensajes ni a mis llamadas. Empiezo a preocuparme, pensando que quizá le había pasado algo. Podría estar herido o en algún hospital y nadie se enteraría. Pienso en preguntarle a Aiden si sabe algo de él, pero entonces querría saber por qué se lo pregunto. *Mierda*. Esto no es bueno.

Doy vueltas en mi habitación y pienso en qué hacer. Quizá intentare llamarle una vez más. Pero si ya ha visto todas mis llamadas perdidas, podría salir corriendo. Finalmente decido enviarle otro mensaje.

Yo: *Oye, hazme saber que estás bien. Estaba a punto de decirle a Aiden que te llame.*

Mi teléfono suena dos minutos después. *Ya era hora.*

Dalton: *Hey, lo siento. He estado ocupado.*

¿Eso es todo? ¿Dos llamadas perdidas y tres mensajes ignorados y eso es todo? Exhalo mi frustración. ¿Por qué está tan raro? Tiro el teléfono sobre la cama y me dirijo a la ducha. Ahora que sé que está bien, me niego a seguir pegada a ese trasto y decido ocuparme de mis asuntos. Mañana tengo que estar en el trabajo a las nueve de la mañana, así que de todos modos tengo que prepararme para ir a la cama.

Cuando regreso, tengo unos cuantos mensajes. Abro la aplicación de mensajes y los leo. Luego dejo caer el teléfono como si me hubiera quemado. Temblando, vuelvo a agarrarlo, con la esperanza de haberlos leído mal.

Dalton: *Creo que tenemos que poner freno a esto que está pasando entre nosotros.*
Es demasiado pronto.
Lo siento.

Se me aprieta el estómago y el pecho. *No. No, no, no.* Esto no puede estar pasando. Por fin había tenido mi oportunidad con él. No puede acabarse tan pronto. Mis ojos buscan ávidamente el siguiente mensaje, esperando que haya cambiado de opinión.

Dalton: *Ambos estamos saliendo de malas relaciones y ninguno de nosotros está en condiciones de involucrarse con alguien más tan pronto. No quiero que nos precipitemos en algo para lo que no estamos preparados. Y no quiero que seamos el despecho del otro.*

Puedo estar de acuerdo con esa última parte, pero él no es realmente mi despecho. Es la persona que he estado esperando toda mi vida. Solo hicieron falta unas cuantas malas relaciones

y un viaje al Caribe para que encontráramos el camino el uno hacia el otro.

Dalton: *Aún me importas y espero que podamos seguir siendo amigos. Pero por ahora, ambos necesitamos tomarnos un tiempo para superar todo lo que ha pasado. Quizá algún día podamos volver a intentarlo.*

Me desplomo sobre la cama, apretando la almohada contra el pecho. Había tenido mi oportunidad con Dalton James y la había echado a perder. Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Esto no puede ser el final. Necesito hablar con él en persona. Necesita verme, estar cerca de mí para que pueda sentir la química entre nosotros y saber que lo que se está desarrollando entre nosotros es real.

Yo: *No hagas esto.*

Yo: *Podemos tomarnos las cosas con calma. Sabes que entre nosotros hay algo más que amistad. No podemos ignorarlo como hemos hecho durante años.*

Dalton: *Lo siento mucho. Necesito tiempo.*

¿Qué se supone que debo decir a eso? ¿No, *no te daré tiempo*? No puedo hacer eso. Lo perderé para siempre. Así que le respondo lo único que puedo.

Yo: *De acuerdo.*

~~~

El resto de la semana me siento como un zombi, haciendo las cosas a la perfección, sin propósito ni pensamiento consciente. El trabajo es la única distracción que tengo, y me desespera. Incluso pido más horas, aunque ya tengo horas extra. Un par de noches puedo quedarme hasta tarde y ayudar a los meseros mientras la otra anfitriona está de servicio. Por suerte, la mayoría de las noches duermo con facilidad, ya que trabajo hasta la extenuación todos los días. Lo único que puedo hacer es ducharme antes de meterme en la cama.

El lunes siguiente recibo un correo electrónico de la universidad en el que se me informa de que puedo matricularme en las clases del semestre de otoño. Busco los códigos de todas las clases que necesito y los introduzco, rezando para que aún estén abiertas. Afortunadamente, puedo conseguir todo lo que necesito. Vuelvo a comprobar que Jason no imparta ninguna de ellas antes de pulsar enviar.

A medida que pasa la semana, la niebla se disipa un poco y también mi ánimo. Es mi segunda semana sin Dalton y, aunque mi corazón sigue añorándolo, consigo funcionar más como un ser humano normal. Mi horario de clases está fijado para el semestre de otoño y me va bien en mi nuevo trabajo. Mi primer sueldo es increíble por todas las horas que he trabajado, y además he empezado a ganar propinas. El fin de semana va viento en popa, pero el sábado por la mañana me vengo abajo.

Estoy actualizando la pantalla del ordenador con las mesas disponibles cuando se abre la puerta y alguien entra. La persona está casi en el mostrador cuando levanto la vista. El aire se me va de los pulmones de golpe y me quedo inmóvil, mirando el rostro perfectamente maquillado que esperaba no volver a ver.

—Kayla —canturrea Gianna con falsa emoción—. Es *tan* agradable verte de nuevo. No sabía que trabajabas aquí.
~~~

Me sacudo de mi estado de parálisis.

—Mi nombre es Taylor —corrijo suavemente. Ella lo sabe. Me conoce desde hace tres años. Es su forma de ser una zorra rencorosa. Ya debe de saber que Dalton me había llevado a ese viaje, en el que se suponía que estaría ella. No entiendo por qué le importa. Ella fue la loca que canceló su boda.

—Yo también me alegro de verte, Gianna. —Esbozo una sonrisa falsa y agarro los menús. La puerta se abre de nuevo, trayendo consigo una brisa húmeda y el sonido de la lluvia golpeando el hormigón del exterior—. ¿Mesa para cuántos? —pregunto, mirando la pantalla del ordenador para comprobar las mesas disponibles.

Cuando levanto la vista, siento como si me hubieran dado un puñetazo en las tripas. Dalton está de pie junto a ella, con la mano apoyada en la parte baja de su espalda. Se pone rígido cuando sus ojos se clavan en los míos. Nuestras miradas permanecen fijas el uno en el otro, ambos sorprendidos al ver al otro. Contengo un sollozo y trago saliva.

¿Por eso había terminado conmigo y lleva casi dos semanas sin hablarme? ¿Para volver con *ella*?

—Cuatro —responde Gianna, atrayendo de nuevo mi atención hacia ella. Parpadeo, mientras mi cerebro busca el significado de la palabra—. Somos cuatro —explica, extrañada por mi confusión—. Mis padres se unirán a nosotros. —Gira su cuerpo hacia el de Dalton y le rodea con el brazo, apoyando posesivamente la mano en su bíceps. Si es posible, él se tensa aún más. El rabillo del ojo se estremece y los músculos de su mandíbula se flexionan.

—Bien. —Agarro cuatro menús. Miro más allá de ellos, buscando a dos personas más, pero no veo a nadie más—. ¿Quieren sentarse o prefieren esperar al resto de su grupo? —Mi voz tiembla mientras lucho contra las lágrimas, pero que me condenen si dejo que alguno de ellos vea lo herida que estoy, especialmente Dalton.

—Ya puedes sentarnos. —El tono de Gianna es condescendiente. Siempre había sido un poco distante conmigo, pero nunca había sido abiertamente hostil. Eso obviamente había cambiado. Definitivamente sabe lo nuestro—. Me muero de hambre —se queja dramáticamente, llevándose la mano al estómago. El gesto me resulta familiar. Había visto a alguien hacer eso recientemente, pero no puedo identificarlo. Debo de tener la mente nublada.

—Síganme —les digo. No miro a Dalton, me niego a mirarle a los ojos. Si lo hago, perderé la compostura. Me estoy derrumbando poco a poco y no puedo dejar que lo vean. Seré un desastre mayor que Melody aquel día en el restaurante.

Mi paso vacila al pensar en ella. La forma en que se frota su prominente vientre…

Oh, Dios. Gianna me recordó a eso. La forma en que se tocaba el estómago, como si allí hubiera algo que amar y proteger. Toso para cubrir mi sollozo. Estamos a pocos metros de su mesa. No voy a conseguirlo. Estoy a punto de perder la cabeza en medio del restaurante. Respiro hondo varias veces, haciendo todo lo posible por contener las lágrimas. Puedo hacerlo. *Tengo que hacerlo*. No dejaré que me vea derrumbarme.

Dejo con calma los cuatro menús sobre los cuatro cubiertos y dejo que mi atención se centre en un punto más allá del hombro de Gianna.

—Su mesero le atenderá enseguida. —Me doy la vuelta y me alejo.

—Taylor. —Doy un pequeño respingo al oír la voz de Dalton pronunciando mi nombre, pero mi paso no vacila ni se ralentiza. Me dirijo directamente a la oficina de Caroline.

—Taylor, ¿qué te pasa? —me pregunta cuando me acerco a su escritorio—. Estás pálida como un fantasma. —Se levanta, viene a mi lado y me pone el dorso de la mano en la frente.

—No me encuentro bien. Creo que necesito ir a casa. —Es la verdad. Siento que mi corazón se parte, que mis entrañas se convierten en polvo y se van flotando. Ya no queda nada.

—Por supuesto. Ve —me insta—. ¿Necesitas que alguien te lleve?

—No. —No puedo esperar a que alguien me lleve a casa. Tengo que irme ya—. Estaré bien —le aseguro antes de salir por la puerta con paso rígido. Me apresuro a salir de allí, sin atreverme a echar un vistazo al comedor por miedo a ver a Dalton o Gianna. Una vez a salvo en el interior de mi carro, se abren las compuertas y todo mi dolor sale a borbotones.

Cuando le vi por primera vez junto a ella, no podía entender cómo había podido volver. Después de todo lo que ella le hizo, ¿cómo pudo elegirla? Pero si está embarazada de él, no le dará la espalda. Intentará que funcione por el bien del niño. Nunca haría pasar a alguien por lo que su padre les hizo pasar a él y a su madre. Su mayor miedo siempre ha sido que se convierta como él.

Pero eso no significa que tenga que volver a tener una relación con Gianna. Hay mucha gente que hace funcionar la coparentalidad. Dalton será un padre maravilloso, independientemente de su relación con la madre. Sin embargo, la eligió a ella.

Permanezco sentada durante largo rato, con los ojos llenos de lágrimas, como la lluvia incesante que cae sobre mi carro. Mi camiseta está empapada, pero no estoy segura de qué fuente ha sido la del agua, si de mis ojos o del cielo. Me aparto los mechones húmedos de la cara y me limpio la nariz. Es hora de volver a casa y olvidar que alguna vez había amado a Dalton James.

Cuando llego a casa, me voy directamente a la cama, me meto bajo las sábanas y lloro hasta quedarme dormida. Allí me encuentra Aiden horas después, cuando llega a casa.

—¿Qué demonios? —ladra desde la puerta—. ¿Por qué no estás en el trabajo? ¿Ya has dimitido? —pregunta enfadado, dirigiéndose hacia mi cama. Me doy la vuelta y él se sobresalta al verme.

Suelta una maldición por lo bajo mientras se hunde en el borde de mi cama, contemplando lo que tiene delante. Nota mi cara hinchada, los ojos casi hinchados de llorar y el cabello pegado a la mejilla por las lágrimas.

—¿Qué ha pasado?

No debería decírselo. No tiene por qué enterarse así. No tengo ningún derecho a abrir una brecha entre mi hermano mayor y su mejor amigo, pero tengo que decírselo a alguien, y Aiden me mira como si estuviera considerando seriamente llamar a un cura para que me dé la extremaunción.

Así que me confieso. Le cuento todo a mi hermano mayor.

Más tarde, esa misma noche, estoy acurrucada en el sofá con un platón de helado, viendo una película con Aiden. Había cancelado sus planes del sábado por la noche para quedarse en casa conmigo. Nuestros padres están fuera de la ciudad por una de las conferencias anuales de trabajo de papá, así que me habría quedado sola de no ser por él. No podría haber pedido un hermano mayor mejor. Está a mi lado cuando lo necesito y yo me apoyo en él cuando todo es demasiado.

Vamos por la segunda película de Will Farrell cuando suena el timbre. Me acurruco más en el sofá y me subo la manta hasta la barbilla. Estoy hecha un desastre y no puedo abrir la puerta así.

Aiden pone los ojos en blanco y se levanta.

—No te preocupes. Yo me encargo —dice con sarcasmo. Quienquiera que esté allí se impacienta y empieza a aporrear la puerta—. Está bien, está bien. Ya voy —advierte Aiden a la persona del otro lado—. Hijo de puta —espeta, mirando por la mirilla. Abre la puerta de golpe e inmediatamente da un paso adelante—. ¿Qué coño haces aquí?

Me pongo rígida. ¿Con quién está hablando? Seguro que no es…

—¿Ella está aquí? —Es la voz de Dalton. Suena desesperado.

—¿*Quién* está aquí, *amigo*? —dice Aiden, su voz teñida de una mueca de desprecio. Hay un momento de silencio antes de que Dalton vuelva a hablar.

—Necesito hablar con Taylor. Es importante.

—Cualquier cosa que necesites decirle a ella, puedes decírmela a mí. ¿O ahora nos guardamos secretos el uno al otro? —*Mierda. Esto está a punto de ponerse feo.*

—No es lo que piensas.

—¿No es lo que pienso? —Aiden repite como un loro, aumentando su volumen—. ¿Me estás tomando el pelo? —él está furioso y temo por la seguridad de Dalton, pero no me atrevo a moverme—. Envié a mi hermana a ese viaje contigo, con la esperanza de que ustedes dos pudieran *finalmente* tener una oportunidad el uno con el otro… —*No puede ser*—. ¿Y qué hiciste? Te la tiraste durante días y la engañaste, haciéndole creer que tenían algo especial, sólo para volver a casa y volver corriendo a los brazos infieles de Gianna.

¿Qué está pasando? ¿Acaba de admitir mi hermano que nos juntó a propósito? ¿Lo sabía todo este tiempo? La cabeza me da tantas vueltas que casi me pierdo la respuesta de Dalton.

—Eso no es verdad. Es más complicado que eso.

—¡No me importa lo complicado que sea! Sólo tuve que ver a mi hermanita desmoronarse por completo porque mi mejor amigo le arrancó el corazón y lo pisoteó.

Sus palabras hacen que vuelva a dolerme el pecho. Me acerco la manta a la boca para amortiguar mis sollozos. No sé cuánto más puedo aguantar.

—Está embarazada, Aiden. —Dalton alza la voz, claramente por encima de la necesidad de defenderse—. Gianna va a tener un hijo mío. No puedo abandonarla.

Aiden se queda callado un momento antes de volver a hablar.

—¿Cómo sabes que es tuyo?

—¿Qué? —pregunta Dalton, sonando sorprendido. Yo tampoco lo había pensado, pero es una pregunta válida—. Amigo, ella se follaba a otro mientras ustedes estaban comprometidos.

—Está demasiado avanzada. He visto la ecografía. Está de casi diez semanas. ¡Ella ni siquiera conocía a Antonio entonces!

—Eres idiota. —Aiden suspira y echo un vistazo por encima del hombro. Puedo verle de pie junto a la puerta abierta, pero no puedo ver el exterior. Espero que Dalton no entre en la casa, porque seguramente me verá si lo hace—. Podría estar mintiéndote. Canceló tu boda por este tipo. ¿Crees que no lo conoce desde hace más de dos meses y medio?

Dalton no responde. Está meditando la posibilidad o preparándose para lanzarle un puñetazo a Aiden por llamar zorra a la madre de su hijo.

—¿Por qué mentiría si pudiera ser de él? Rompió con él porque va a tener a *mi* bebé.

—¿Por qué te mentiría? —Aiden repite incrédulo—. Porque eres seguro. Tienes un buen trabajo, dinero, una casa. ¿Eres tan tonto que no puedes ver eso?

—Gianna tiene su propio dinero. No necesita el mío —replica Aiden.

—Ella tiene *el* dinero de sus *padres*. Hay una gran diferencia.

—¿Qué importa? Sigue sin ser una buena razón para mentir.

—Recuerda mis palabras, James. Hay algo sospechoso en esto y vas a terminar jodido.

—Mira —él comienza, su voz pesada con exasperación—. Vine aquí para hablar con Taylor. ¿Dónde está?

—Ella no está aquí.

—Mentira. Su carro está en la entrada.

—¿Cómo sabes que alguien no la recogió? —Aiden pregunta. Casi suena como una burla—. Podría estar en una cita ahora mismo. No es como si estuvieran saliendo.

Sí, definitivamente una burla.

—Por favor, déjame hablar con ella —suplica Dalton—. Te tengo demasiado respeto como para entrar en tu casa contra tu voluntad.

—¿Pero no demasiado respeto para follarte a mi hermana y romperle el corazón?

Se oye un silbido y, de repente, la puerta se cierra de golpe. Escucho el clic de la cerradura, seguido de un fuerte golpe. Aiden entra en la sala frotándose los nudillos.

—Lo siento mucho —digo, con las lágrimas humedeciendo de nuevo mis mejillas.

—¿Por qué lo sientes?

—Por interponerme entre ustedes. Han sido amigos durante casi veinte años y yo lo arruiné.

—No, no lo hiciste. —Se acerca y pone su brazo alrededor de mis hombros, dándoles un apretón—. Dalton es el que metió la pata. Si no lo arregla, entonces la caída de nuestra amistad estará en sus manos.

Capítulo Veinte

Dalton

¿Qué voy a hacer? Mi mejor amigo me odia, la mujer con la que quiero estar piensa que soy un mentiroso, igualito que su ex, y yo voy a ser padre en unos siete meses, más o menos. He metido la pata hasta el fondo. Mi vida cayó en picada cuando estuve Seattle. Sabía que debería haberme quedado en la isla con Taylor. Ahora estaríamos tomando cocteles azucarados en la playa, viendo subir la marea. En lugar de eso, estoy intentando averiguar dónde carajos voy a poner una cuna y un cambiador.

Gianna y yo tenemos que hablar. Ahora que se nos ha pasado el shock, tenemos que decidir qué hacer a partir de este momento. Ya no estoy enamorado de ella y no quiero engañarla. Quiero estar ahí para ella y el bebé, pero ella necesita saber que nunca volveremos a ser pareja.

Quiere mudarse conmigo y continuar donde lo dejamos. He estado recibiendo sus insinuaciones desde que me emboscó en el hotel. Prácticamente se me tira encima, pero yo no quiero. Ella piensa que estoy preocupada por el bebé y trata de asegurarme que no hay ningún peligro en mantener relaciones sexuales estando embarazada. Yo lo sé. Pero no quiero. Al menos, no con ella. La única mujer que quiero está sentada al otro lado de la ciudad pensando que la he dejado de lado por una mujer que ya me había jugado mal una vez.

Me estremezco cuando Gianna entra en mi casa y arroja las llaves sobre la encimera. Tintinean con fuerza sobre el granito, seguidas del chirriante sonido de su voz llamándome por mi nombre.

—Aquí estoy —respondo desde el dormitorio de invitados.

Unos segundos después, entra en la habitación y se me tira encima. Se acerca para besarme, giro la cabeza y sus labios se posan en mi mejilla. Ella se hace la desentendida, como si eso sea lo que pretende, pero veo el destello de dolor en sus ojos.

Me siento como el gilipollas más grande del mundo. Ella intenta reconciliarse conmigo por el bien de nuestro hijo nonato y yo ni siquiera me atrevo a besarla. Tal vez estoy siendo mezquino, castigándola por engañarme, pero ella ya no tiene el encanto de antes. Sí, técnicamente sigue siendo sexy, con sus curvas femeninas, su cintura todavía delgada y su cabello largo y oscuro, pero yo sé lo que hay debajo y no es nada bonito.

—¿Es aquí donde vamos a poner el cuarto del bebé?

Nosotros no, quiero decirle. *Yo*. Aquí es donde voy *a* poner el cuarto del bebé. Aquí es donde él o ella dormiría mientras esté conmigo.

—Sí —respondo en su lugar.

Ya hablaremos pronto. No es necesario alterarla ahora.

—Mis padres quieren que vayamos a cenar —empieza, con un brillo esperanzador en los ojos.

He aceptado algunas comidas y salidas con sus padres, ya que van a formar parte de mi vida

para siempre. Más vale llevarse bien con ellos. Además, siempre me han caído bien. Son buenos conmigo. Habían malcriado a Gianna y son los principales responsables de que esté ensimismada y dependa económicamente de los demás, pero son buenas personas.

—De acuerdo —acepto fácilmente—. ¿A qué hora?

—A las siete. Eso nos da tiempo de sobra —dice sugestivamente, sus ojos se posan en mis labios mientras inclina su cuerpo hacia el mío. Me aparto de ella, sujetándola con las manos en los codos para que no se caiga.

—Tengo que terminar algunas cosas del curro antes de irnos. Te recogeré en tu casa.

Se le cae la cara y da un paso atrás.

—Oh.

Parece abatida, pero no puedo dejar que me vuelva a engañar. Si vuelvo allí, no habrá vuelta atrás. Nunca tendré otra oportunidad con Taylor, y eso es lo que estoy esperando. Estoy esperando hasta que todo este lío se resuelva y pueda pedirle perdón. Sólo espero que no sea demasiado tarde para cuando tenga mi oportunidad.

Me siento a cenar con Jillian y Frank Venetti, los padres de Gianna. Él es un italiano robusto de unos cincuenta años, con un espeso bigote negro y el pelo generosamente salpicado de canas. Ella es una mujer enjuta, con los mismos ojos azules que Gianna y el cabello rubio rojizo. Aquellos ojos azules son lo único que Gianna tiene de su madre. El resto es todo Venetti.

—¿Ya han pensado en nombres? —pregunta Jillian, colocando su servilleta en la mesa junto a su plato. Terminamos nuestros postres y estamos listos para el café. Me alegro de no haber bebido ya un trago del mío, o lo habría escupido por toda su bonita mesa. Apenas me he hecho a la idea de ser padre. Los nombres de los bebés aún no están en el radar—. Sé que aún es pronto, pero es una de las cosas más emocionantes de tener un bebé.

—Todavía no —le ofrezco con una sonrisa tensa. Mis dedos se enroscan en mis muslos mientras los nervios se apoderan de mí. Gianna aprovecha la ocasión para consolarme. Enreda sus dedos en los míos y lucho contra el impulso de quitármela de encima. No necesito su contacto, no lo deseo. Pero tengo que ser amable. No sólo por sus padres, sino por nuestro hijo.

Después de cenar, llevo a Gianna a su apartamento. Duda antes de abrir la puerta para salir.

—¿Puedes acompañarme? Odio llegar sola tan tarde.

No puedo negarme, ¿verdad? Su seguridad es primordial, y si cree que necesito que la acompañe hasta la puerta de su casa, no lo dudaré.

—Este barrio ya no es lo que era —se lamenta mientras marca el código para entrar en su edificio. Empujo la puerta y espero a que entre para seguirla—. Ya no es tan seguro como cuando me mudé.

Se había mudado seis meses antes de comprometernos. El barrio no ha cambiado tanto. Quizá es más precavida ahora que no sólo tiene que preocuparse por ella.

—Si la seguridad es un problema, podemos encontrarte un nuevo apartamento.

Sus hombros se hunden por la decepción y tardo un momento en darme cuenta de por qué. Ella quería que le propusiera mudarse a mi casa. Ese era el plan. Su contrato termina en un par de meses, pero ya se habría mudado conmigo si nos hubiéramos casado. Ahora tendrá que firmar un nuevo contrato o buscarse otro sitio donde vivir. Si necesita ayuda, no dudaré en ayudarla, pero no se va a mudar conmigo. Ya no hay lugar para ella allí.

Nos detenemos ante su puerta y saca las llaves del bolso.

—¿Quieres entrar un minuto?

Me mira esperanzada y el corazón se me retuerce dentro del pecho. Estoy a punto de partirme

en dos. Una parte de mí quiere decir que sí, ceder. Me guste o no, vamos a ser una familia. Será mucho más fácil si me dejo llevar, si volvemos a estar juntos y criamos a nuestro hijo en un hogar biparental, como el que soñaba de niño. Pero ¿durante cuánto tiempo será esa la opción más fácil? Cuando me puso los cuernos dañó nuestra relación irreparablemente. Ya no la veo como antes. Ya no veo al amor de mi vida ni a la mujer con la que quiero envejecer. Una parte de mí siempre la va a querer, pero no estoy *enamorado* de ella, y no es justo para ninguno de los dos fingir.

Suspiro y le pongo las manos sobre los hombros. Esto va a ser una mierda, pero hay que hacerlo. Ya no puedo andarme con rodeos. No le gustan las sutilezas, así que tendré que ser franco. Sólo espero que no intente alejarme del bebé como castigo por lo que estoy a punto de hacer.

Capítulo Veintiuno

Taylor

Doce llamadas perdidas. Quizá estoy loca. Tal vez soy obsesiva, pero no me atrevo a borrar el registro de llamadas porque me gusta ver cuántas veces Dalton ha intentado ponerse en contacto conmigo. Esa noche me llamó tres veces, pero sólo dejó un mensaje de voz. Lo escuché una vez, sin darme la oportunidad de regodearme en él antes de borrarlo. No importa. Me lo sé de memoria.

Taylor, necesito hablar contigo. Necesito explicarte. Esto no es el final.
Es sólo un tiempo. Por favor, llámame.

Un tiempo, una mierda.

Llamó tres veces al día siguiente, y tres al siguiente. Al día siguiente fueron dos, luego una y después ninguna. Se rindió y una parte de mí se sintió aliviada. La otra parte volvió a sentirse decepcionada. Volví al trabajo y volví a la rutina. Temía que Gianna y Dalton volvieran a aparecer, pero no lo hicieron. Al menos no juntos.

Han pasado nueve días desde que supe que habían vuelto—no es que lleve la cuenta—cuando Gianna entra con tres de sus amigas. Yo trabajo en la entrada, así que no tengo que sentarlas, pero las colocan en la sección contigua a la mía. Están a sólo dos mesas de distancia de mis clientes más cercanos y puedo sentir el calor de la mirada de Gianna en mi espalda cuando anoto los pedidos. Evito su mirada a toda costa, sin atreverme a mirarlas. Cuando dos de mis mesas se vacían a la vez, recojo mis propinas y me tomo un muy necesario descanso para ir al baño.

Estoy agarrando el papel higiénico cuando dos voces femeninas entran en el baño riéndose. Me quedo helada, esperando que una de esas voces no sea la de Gianna. Dos pares de zapatos de tacón se asoman por debajo de la puerta del retrete mientras se colocan frente al espejo. Probablemente se están pintando los labios después de comer dos hojitas de lechuga.

—No puedo creer que le estés haciendo esto a Dalton. —Mi audición se agudiza al oír su nombre. Es una de las amigas de Gianna.

—¿Por qué? ¿Qué le está haciendo? —pregunta la otra amiga.

—¿No te lo dijo?

—Sé que intenta convencerlo de que la deje mudarse por el bebé, pero él la mantiene a distancia para castigarla —dice la otra, claramente ofendida por Gianna.

—Eres tan ingenua, Jacklyn —se burla la otra mujer.

¿De qué están hablando? Si Gianna está haciendo algo a espaldas de Dalton, él tiene derecho a saberlo, ¿no? Se me ocurre una idea mientras hablan. Sin que ellos lo sepan, están a punto de revelar algo importante y yo tengo que asegurarme de que Gianna no se salga con la suya. Saco mi teléfono e inicio una grabación de voz.

—Sabes que el bebé no es suyo, ¿verdad? —Un fuerte grito ahogado resuena en todo el lugar. Me tapo la boca para ocultar mi propia reacción de asombro.

—¡Estás de broma! —exclama Jacklyn—. ¿Cómo lo saben?

—Simple prueba de ADN.

—¿Lo sabe Dalton?

—Por supuesto que no. ¿Crees que se quedaría por aquí si lo hiciera?

—Entonces, ¿quién es el padre? ¿Es Antonio?

No hay respuesta, pero la primera mujer debió asentir porque las otras dicen que no puede ser y alguien pregunta si Dalton y el tal Antonio lo saben.

—No. Hizo que le sacaran sangre y luego le dijo que no coincidía.

—¿Por qué haría eso? Pensé que amaba a Antonio.

—Lo ama, pero sus padres la amenazaron con desheredarla si se queda con él. Estaban furiosos cuando rompió su compromiso con Dalton.

—¿Saben que el bebé no es de Dalton?

—Dios, no. Estarían devastados.

—Eso está mal —protesta Jacklyn.

—Qué desastre —coincide la otra mujer.

Ambas entran en los compartimentos y yo salgo a hurtadillas del mío, lavándome las manos rápidamente antes de que me pillen. Lo que acabo de aprender me da vueltas en la cabeza.

Gianna engañó a Dalton haciéndole creer que la había dejado embarazada, cuando en realidad el padre es el hombre con el que le estaba engañando. Ella mintió. Sobre todo. Ella había estado durmiendo con este tipo Antonio más tiempo de lo que había admitido, por lo que Dalton no creía que fuera posible que el bebé perteneciera a Antonio basado en lo avanzado que está. Tengo que hacer algo. Dalton tiene derecho a saber que está siendo engañado.

Él creció sin su padre. El perdedor se separó porque no podía manejar la responsabilidad. Dalton nunca quiso ser así, y Gianna lo sabía. Ella está usando eso para mantenerlo cerca, y es sólo cuestión de tiempo antes de que ella hunda sus garras en él tan profundamente, que él nunca será capaz de zafarse de sus garras. Si esto sigue así y ella lograra salirse con la suya con este engaño, él estará atascado con ella para siempre. Una vez que ese bebé llegue y Dalton se responsabilice de él, nunca le dará la espalda, sea suyo de sangre o no.

Y el pobre Antonio… Se perderá todo por culpa de las mentiras de Gianna. Está alejando a un hombre de su hijo por su propio beneficio egoísta. Ella puede salirse con la suya, lo sé. Ambos hombres tienen el cabello y los ojos oscuros. El hijo de Antonio podría pasar fácilmente por el de Dalton.

Aunque estoy destrozada y furiosa con él, tengo que hacer lo correcto. No puedo dejar que siga creyendo una mentira que alterará para siempre su futuro.

Capítulo Veintidós

Dalton

Otra cena con los Venetti. No sé cuántas veces más podré sentarme allí y escuchar a sus padres hablar de lo contentos que están de que estemos de nuevo juntos y de lo felices que les hace la noticia del embarazo de Gianna. Al parecer, Antonio no les importaba mucho.

Tengo que aguantar a Gianna colgada de mí durante la cena y después, mientras visitamos a su familia. No puede despegar sus manos de mi brazo y mi espalda sin que se den cuenta, y me ha pedido que no les diga que no hemos vuelto a estar juntos después de nuestra larga charla de la otra noche.

—Por favor, no se lo digas —suplicó, con lágrimas en los ojos—. Están tan contentos de que hayas vuelto a mi vida. Les rompería el corazón. —Entonces me hizo la única pregunta que no quería responder—. ¿Crees que algún día serás capaz de perdonarme y darnos otra oportunidad?

—Gianna… —Empecé, inseguro de cómo darle la noticia. Ya le había dejado claro que no éramos pareja y que el hecho de que estuviera embarazada de mí no significaba que volviéramos a estar juntos. No podía olvidar que se había acostado con otro y que había cancelado nuestra boda por ese motivo, arruinando cualquier posibilidad de futuro para nosotros. Pero estaba más sensible que de costumbre, debido a las hormonas del embarazo, y no quería ser la causa de su próxima crisis—. Intentemos pasar los próximos seis meses sin presionarnos demasiado. Tenemos que centrarnos en el bebé y en lo que está por venir.

Esa es mi forma de alejarme, pero no estoy seguro de que la mujer lo acepte. Sigue tocándome más de lo necesario e inclinándose para besarme la mejilla cada vez que nos despedimos. Incluso se ha atrevido a hablar de lo mucho que el aumento de las hormonas ha incrementado su deseo sexual. Todo este enfoque sutil de no molestar a la embarazada no está funcionando y, si sigue así, me veré obligado a decirle que nunca va a suceder y posiblemente estallará en ira como una loca.

Ella está agotada cuando la dejo en su departamento, así que esta vez no opone demasiada resistencia. Cuando llego a casa, hay un carro estacionado justo enfrente. Me detengo detrás, apago el motor y dudo un momento antes de bajarme. Al acercarme a la entrada, veo a Aiden sentado en los escalones del porche y me pongo en guardia. La última vez que lo vi, pensé que iba a darme una paliza. Él quería hacerlo. Pude verlo en sus ojos. Le hice daño a su hermana y quería hacérmelo pagar. Esperaba que se hubiera calmado desde entonces.

—Ya era hora de que llegaras a casa —dice a modo de saludo, levantándose del escalón.

—¿Qué haces aquí? —Desconfío de su motivo para estar aquí, así que mantengo la distancia. Si decide lanzar un puñetazo, quiero estar fuera de su alcance.

Él deja escapar un suspiro lento y una sensación de temor se instala a mi alrededor.

—Tengo algo que decirte. ¿Podemos entrar?

—Claro. —Abro la puerta y le hago pasar. Nos dirigimos a la cocina, enciendo la luz y le indico que se siente en la barra.

—¿Tienes cerveza?

—Sí.

—Agarra dos. Ambos vamos a necesitarla.

¿Qué demonios?

—Okayyyy. —Exhalo la palabra, dejándola suspendida en el aire. Meto la mano en el refrigerador y agarro dos cervezas, entregándole la suya antes de abrir la mía.

—Tal vez quieras tomar asiento.

Me siento en el tercer taburete de la barra, dejando uno vacío entre nosotros.

—¿De qué va todo esto?

—Taylor quería que te dijera algo —empieza, y yo me sobresalto al oír hablar de ella.

—¿Por qué no puede decírmelo ella misma? —Me muero por verla para poder darle explicaciones. En ese momento, pensé que estaba haciendo lo correcto al dejar las cosas en suspenso con ella mientras resolvía todo este asunto del embarazo de Gianna, pero una vez más me equivoqué. Debería haber esperado y hablado con ella cuando regresara, pero me entró el pánico. Fui un cobarde, demasiado asustado para enfrentarme a ella, lo que acabó haciéndole más daño.

—Creo que tú y yo sabemos la respuesta a eso. —Él tiene razón. La expresión de su cara cuando me vio con Gianna casi me rompe—. No quiere verte, sobre todo después de que entraras en su restaurante exhibiendo a tu ex prometida embarazada en su cara, pero…

—Espera un momento. —Levanto la mano—. No estaba intentando herirla, no sabía que ella trabajaba allí.

—¿Cómo pudiste *no* saberlo? Te dijo que había conseguido el trabajo.

—Sólo me dijo que consiguió un trabajo como anfitriona. Supuse que trabajaba en ese restaurante.

—Bueno, mierda.

—¿Qué?

—Ella pensó que llevaste a Gianna allí a propósito, para hacer entender que ustedes dos estaban juntos de nuevo.

—*No* volvemos a estar juntos —declaro acaloradamente, con una voz más dura de lo que pretendo. Una ceja se levanta en señal de sospecha, pero continúa—. Vamos a tener un bebé y estoy intentando apoyarla. Quiero estar ahí para ella, para los dos.

—Sí, sobre eso… —Su voz se quiebra y desvía la mirada.

—¿Qué? Escúpelo de una vez. —Me estoy impacientando. Él tiene un mensaje de Taylor, y suena importante.

Aiden respira hondo antes de comenzar a decir—: Vale, de acuerdo. Gianna y sus amigas fueron a Francesca a almorzar hoy, y Taylor escuchó una conversación entre dos de ellas en el baño —él comienza, curvando el labio como si la idea de Taylor en el baño le repugnara—. Hablaban de que Gianna te había mentido.

Mi espalda se endereza y me inclino hacia delante.

—¿Mentirme? ¿Sobre qué?

—Sobre el bebé.

Se me ponen los pelos de punta y aprieto los dientes. Esto es serio. Estas acusaciones son serias. Necesito saber el resto.

—¿Qué pasa con el bebé?

—Amigo, siento ser yo quien te diga esto —empieza, con un genuino remordimiento cruzándole la cara—. Pero el bebé no es tuyo.

Me levanto de mi asiento de un salto, derribando el taburete con las prisas. —¿Qué? —grito —. ¿Cómo es posible que puedan asegurar eso?

—Ella se hizo una prueba de ADN. El bebé es de Antonio, pero no quiere que nadie lo sepa.

—¡Y una mierda! —espeto, aunque tenía mis sospechas. Simplemente no creía que pudiera engañarme así.

—Al parecer, sus padres amenazaron con dejarla sin dinero cuando rompió contigo y se mudó con Antonio. No les gustaba y no aprobaban la relación. —Eso sé que es verdad—. Cuando se enteró de lo del bebé y se dio cuenta de que era suyo, urdió un plan para recuperarte y volver a quedar bien con sus padres.

—No me lo puedo creer. —Mi ira se desborda y pateo otro taburete contra el suelo. Me agarro el cabello y tiro de él con frustración.

—Tengo la grabación.

—¿La grabación?

—Cuando Taylor se dio cuenta de que hablaban de ti, empezó a grabar en su teléfono. Tenía miedo de que no le creyeras sin pruebas, y Gianna se saldría con la suya mintiéndote.

Se me oprime el pecho y estoy a punto de llorar. ¿Cómo puede pensar que no le voy a creer? ¿De verdad piensa que no hay confianza entre nosotros? Claro que la hay. Rompí esa confianza cuando no confié en ella lo suficiente como para trabajar en nuestra nueva relación después de que Gianna me soltara la bomba. Encima, ella pensó que le estaba restregando a Gianna en la cara. Con razón se negaba a verme o a contestar mis llamadas. Mi mente va a toda velocidad, así que el resto de lo que dice Aiden cae en saco roto.

—¿Qué? —le pregunto al ver que me mira expectante. Tiene el celular en alto, con el dedo sobre la pantalla.

—Te dije, ‘¿quieres escuchar la grabación? —De ninguna manera voy a querer escucharla. Ya es bastante malo conseguirla de segunda mano—. Taylor me la envió, y…

—Mierda. ¡Taylor! —gruño con pánico—. Tengo que hablar con ella. Tengo que arreglar esto.

Me dirijo hacia la puerta pero no llego muy lejos. Aiden me agarra y giro sobre él, rompiendo su agarre en la parte superior de mi brazo.

—No lo creo.

—¿Por qué diablos no?

—No te quiero cerca de ella después de todo lo que le hiciste pasar. Tuviste una oportunidad con ella y la jodiste.

—No estoy dispuesto a renunciar a ella.

—Te lo advierto, James, aléjate de ella. —Ya me lo había advertido antes y obedecí, y me costó años de felicidad con una mujer a la que amo con una desesperación que nunca antes había experimentado.

La mujer que amo.

Hasta ahora, no me había dado cuenta de que ese sentimiento es eso. No es sólo química, atracción o compañerismo. La amo. Y sé con cada fibra de mi ser que haría cualquier cosa por estar con ella, incluso si eso significa ir en contra de mi mejor amigo. Respeté sus deseos en ese entonces y mira a dónde me llevó *eso*.

—Lo siento, Aiden, pero ya no me importan una mierda tus advertencias. Nada me impedirá estar con ella. Es decir, si ella todavía me quiere.

—Si vuelves a hacerle daño, te romperé las dos piernas.

—Entonces te pediré perdón desde mi silla de ruedas. —Levanta la comisura de los labios y asiente—. Cierra al salir —le ordeno, agarrando las llaves. Tengo que recuperarla. Ya me preocuparé del resto por la mañana.

Capítulo Veintitrés

Taylor

Mi copa de vino está tan llena que tengo que dar unos sorbitos mientras la llevo de la cocina a la sala para no derramar nada. Tengo el control remoto, una botella de Riesling bien fría y una pila de comedias románticas. Estoy preparada para una acogedora noche en casa. Mis padres están en una cena y Aiden parece haberse ido por la noche, así que tengo la casa para mí sola. Voy por la mitad de *Los Caza Novias* cuando llaman a la puerta. Hago una pausa, dejo la copa en la mesilla, asegurándome de que está en un portavasos. Mi madre se volvería loca si llega a casa y descubre que no estoy usando uno. Dios me libre de poner un anillo en su elegante mesita auxiliar, que nadie puede usar.

Me dirijo a la puerta, me cierro el jersey abierto y me aliso los pantalones. Me he vuelto descuidada desde que llegué a casa. Lo primero que me quité fue el sujetador y luego me recogí el cabello rizado en un moño. Los pantalones elásticos y la camisola son todo lo que necesito para mi maratón en solitario de Vince Vaughn. No hay nadie a quien impresionar.

Miro por la mirilla y doy un paso atrás. Dalton está de pie en mi porche. ¿Por qué está aquí? Vuelvo a mirar para asegurarme de que no me lo estoy imaginando y, efectivamente, allí está, pasándose los dedos por aquel glorioso cabello oscuro. Levanta la mano y vuelve a llamar, sobresaltándome.

—Taylor, abre la puerta. Sé que estás ahí. Tu hermano me dijo que estás en casa.

¿Aiden le dijo que estoy aquí? Eso significa que debió haberle contado a Dalton lo de Gianna. ¿Está aquí para reconciliarse conmigo ahora que sabe de sus mentiras? ¡Que le den! Yo no seré su segunda opción. Nunca volveré a ser la segunda opción de alguien o un secretito sucio. Si no puedo ser la número uno de alguien, no seré nada de ellos.

Me armo de valor contra sus encantos y giro la cerradura, abriendo la puerta a un Dalton de aspecto angustiado.

—Gracias a Dios —dice acercándose a mí. Doy un paso atrás para mantener la distancia. No puedo pensar con claridad con él tan cerca de mí.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a darte las gracias —empieza—. Y a pedirte disculpas.

Me quedo de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando a que continúe.

—¿Puedo pasar? —pregunta tímidamente, inseguro de sí mismo.

Normalmente se muestra tan seguro de sí mismo que es satisfactorio verlo así. Me hago a un lado y le hago un gesto para que entre.

—Taylor, yo…— empieza, pero se detiene—. No tengo palabras para decirte lo arrepentido que estoy. Hay tantas cosas que quiero decir, pero no sé por dónde empezar.

Permanezco en silencio. No le facilitaré las cosas. Si mi dignidad es lo último que me queda, que así sea.

—Lo siento mucho. Cometí un gran error en Seattle. Gianna voló hasta allí y me sorprendió en mi hotel.

—Ah no, ni sigas, no puedo escuchar esto. —Asqueada, me doy la vuelta para alejarme. Me agarra del brazo, pero me zafo de su agarre—. No me toques —le advierto, con las lágrimas amenazando con soltarse en cualquier momento.

—Eso es… No quise decir eso. Yo no… Nosotros no… Mierda, la estoy cagando.

—Puedes repetirlo —resoplo y pongo los ojos en blanco, cruzándome de brazos con obstinación.

—Ella me había estado llamando y mandando mensajes y no me dejaba en paz. Insistió en que teníamos que hablar, y cuando le dije que probablemente estaría fuera de la ciudad un par de semanas, voló hasta allí para decirme que estaba embarazada.

—¿Qué día fue? —El dolor brilla en sus ojos, que es toda la respuesta que necesito. Después de eso, me había dado la espalda y me había dejado.

En lugar de contestar, añade—: Nunca quise que lo nuestro terminara. Sólo tenía que dejarlo en suspenso un tiempo hasta decidir qué hacer con Gianna.

—¿Así que querías que me quedara sentada y suspirara por ti mientras jugabas a las casitas con ella?

—No, nunca quise que suspiraras por mí. Quería llegar a un punto en el que pudiera estar en la vida de mi hijo y tener una relación amistosa con su madre. No te quería en medio de eso. Sentía que era algo que necesitaba tener bien controlado antes de que pudiéramos pensar en tener una relación seria.

—¿Te acostaste con ella? —Sé lo que habían dicho sus amigas de que él la mantenía a distancia, pero no estoy segura de lo que eso significa exactamente. ¿La estaba reteniendo emocionalmente, físicamente, o ambas cosas?

—No —declara con rotundidad—. Ni siquiera estamos juntos.

—¿Entonces por qué viniste al lugar donde trabajo, sabiendo que los vería juntos?

—No sabía que trabajabas allí. Creía que trabajabas otro restaurante. —Se acerca más a mí mientras habla, y esta vez no retrocedo—. Nunca la habría llevado allí de haberlo sabido.

—¿Por qué pensaste eso?

—Nunca me dijiste dónde habías conseguido trabajo. Supuse que, como habías mencionado antes que querías trabajar allí, era donde te habías entrevistado.

—¿Pero por qué estabas allí con *ella si no están* juntos? Parecía una cita.

Él suspira con tristeza—: Sus padres insistieron en llevarnos a comer. Querían celebrarlo. —Hace una mueca de dolor, y sé que está recordando mi reacción al verlos juntos—. Intenté hablar contigo. Quería explicártelo. —Sus ojos se llenan de melancolía mientras da otro paso hacia mí. Leo la sinceridad en su rostro y me ablando, mi fría resolución se desvanece.

—Gianna y yo nunca estuvimos juntos después de tú y yo, y nunca lo estaremos —proclama.

Está tan cerca de mí que tengo que levantar la barbilla para mirarle. Sus ojos están atormentados, como los de un hombre que ha pasado por un infierno en las últimas semanas. Puede que así sea. Su aroma limpio y masculino invade mi nariz y deseo acurrucarme contra él, apretar mi cara contra su cuello como cuando nos tumbamos en la cama después de hacer el amor.

—Lo siento mucho —dice, deslizando su palma contra mi mejilla—. Por todo. Debería habértelo dicho. Debería haberte dejado decidir por lo que estabas dispuesta a quedarte, pero me entró el pánico. Tenía que hacer de mi hijo la prioridad número uno, porque sé lo que es no serlo

en absoluto.

Su declaración me rompe, forzando un sollozo de mis labios. Odio que Gianna le hubiera hecho esto a él, a *nosotros*. Se interpuso entre nosotros antes de que pudiéramos consolidar lo que teníamos, lo que sentíamos. Y todo porque no quería perder su estipendio mensual.

—¿Puedes perdonarme? —pregunta, su mano se desliza hasta mi nuca y sus ojos se posan en mis labios.

Podría. Quiero hacerlo. Sólo tengo que permitirme ceder. ¿Estoy dispuesta a volver a confiarle mi corazón? Es un volado. Él tiene el poder de destruirme por completo, pero ésta también puede ser mi única oportunidad de ser feliz. Si digo que no, siempre lamentaré no haber descubierto lo que podríamos haber sido.

—Sí —respiro, y sus labios se estrellan contra los míos. Me abro a él: mi boca, mis brazos, mi corazón. Inclino mi cabeza perfectamente para que su boca la invada. Su otro brazo me rodea la cintura y me estrecha contra él. Mi corazón se acelera. Esto es lo que me he estado perdiendo desde que volvimos. Había olvidado lo bien que me siento cuando me abraza, cuando me rodea el cuerpo con sus brazos cálidos y fuertes.

Profundiza el beso y gimo. Ahora tiene las dos manos en la cintura y se deslizan por debajo del jersey. Su beso me roba el aliento y mis pezones se fruncen tras la fina tela de mi camisola cuando su pecho roza el mío.

—Taylor, te necesito —declara con la voz cargada de emoción. Está agitado y vulnerable, pero no trata de ocultarlo. Me deja verlo. Me deja ver cada parte, cada defecto. Y me lo bebo, queriendo saberlo todo.

Su duro cuerpo está pegado al mío y puedo sentir el alcance de su deseo presionándome el estómago.

—Dalton —suspiro, con la cabeza ladeada cuando sus labios se acercan a mi cuello. Me siento bien al ceder. He estado empeñada en seguir enfadada con él, en rechazarlo si volvía por aquí, pero mi corazón no está para eso. Mi corazón lo quiere. Siempre lo ha querido.

—Llévame arriba —susurro. Nuestra necesidad crece más allá de nuestra capacidad para contenerla. Nos quemaremos si no hacemos algo al respecto. Él no duda. En cuestión de segundos, estoy en sus brazos con los muslos apretados alrededor de su torso. Encuentra las escaleras y las sube tan rápido como puede mientras me lleva en brazos.

—¿La misma habitación? —Probablemente no ha estado aquí en años. Me sorprendería que recuerde alguna de las habitaciones.

—Sí, es la misma… —Está girando el pomo antes de que pueda terminar. Supongo *que* sabe cuál es la mía. Es la misma que ha sido durante los últimos quince años.

—Sé exactamente dónde está —gruñe contra mi boca—. Solía pasar tan despacio como podía, esperando que salieras en el momento justo y te viera.

Su confesión me sorprende. Nunca me había dado cuenta de que estaba al otro lado de la puerta esperando verme tanto como yo esperaba verle a él. Si oía a Aiden y a sus amigos subiendo las escaleras, esperaba a que llegaran arriba y me iba al baño, o fingía que necesitaba algo de la cocina. Me decepcionaba cuando era otro de los amigos de Aiden, pero cuando era Dalton, se me aceleraba el corazón. Me ponía la ropa más mona y me arreglaba el cabello si sabía que iba a venir. La mayoría de las veces no me avisaba y acababa pareciendo un troll cuando él estaba cerca.

Dalton me lleva a la cama y me tumba suavemente, cubriendo mi cuerpo con el suyo. Me besa como si hubiera pasado años sin besar a nadie. Está hambriento de mis caricias y yo estoy

feliz de saciarlo.

—Te he echado tanto de menos. —Me besa la cara y la mandíbula, y vuelve a mis labios—. Me sentía miserable sin ti. Siento mucho haberte hecho pasar por todo esto. —Vuelve a disculparse.

—Lo sé —le aseguro, cogiéndole la cara con las manos. Su barba raspa mi palma y agradezco el roce. Me encanta su cara cuando no la ha afeitado—. Y no pasa nada. Ya lo solucionaremos.

Sus labios vuelven a los míos y me besa como aquella primera vez en la playa. Es desesperado, necesitado y lleno de alivio. Mis labios se separan y su lengua se introduce en mi interior. Acojo su invasión con la mía y nuestras bocas se unen. Flexiona las caderas, apretando su erección contra mi centro.

—Condón —exijo, lo necesito dentro de mí en ese mismo instante. No puedo aguantar más sin tenerlo. Se separa de mí y presiona su frente contra la mía.

—Maldita sea —murmura sin aliento—. No he traído nada.

Se me cae la cara de decepción.

—Creo que yo tampoco tengo. —Levanta la cara y me estudia durante varios segundos. Sus ojos se abren de par en par en el momento exacto en que se me ocurre una solución.

—Aiden —decimos al unísono. Se levanta de mí y salimos corriendo de la cama. Abro la puerta y cruzo de puntillas el pasillo hasta la habitación de Aiden. Dalton va a las escaleras para vigilar por si acaso mi hermano mayor decide elegir este momento tan inoportuno para volver a casa. Me cuelo dentro y me acerco a su mesilla de noche. Estoy segura de que tendrá algo allí.

No se dará cuenta de que falta alguno si sólo agarro uno, ¿verdad?

Rebusco en el cajón hasta que veo una caja negra que me resulta familiar. Arranco un paquete de papel de aluminio del rollo y voy a cerrar el cajón, pero dudo. *Quizá debería agarrar dos, por si acaso.* Agarro otro antes de meter el resto en la caja y dejar todo lo demás donde lo había encontrado. La puerta se cierra tras de mí y Dalton se gira hacia mí. Sus ojos se oscurecen, el marrón chocolate se vuelve casi negro cuando me mira. Recorre mi cuerpo mientras se acerca a mí. Mi respiración se acelera y mi pulso se acelera, los latidos de mi corazón se convierten en un galope.

Dalton me quita los condones de la mano y me lleva a mi habitación, cerrando la puerta de una patada. Los coloca en la mesilla de noche y me lleva las manos a los hombros. Sus pulgares me rozan las clavículas antes de engancharse bajo los bordes de mi jersey. Desliza lentamente la tela por mis brazos y el suave material se desliza sobre mi piel. Estoy muy sensible y soy hiper consciente de cada sensación. Se me pone la piel de gallina, pero no es por el frío. Estoy ardiendo por él. La anticipación y la excitación me erizan la piel y los pezones.

Una vez se ha quitado el jersey, sus manos buscan el borde de mi camisola y sus dedos se hunden bajo el dobladillo para rozarme el estómago. Me la levanta y sus dedos dejan un rastro de lujuria derretida al rozarme las costillas y los pechos. Levanto los brazos por encima de la cabeza para que pueda quitármela por completo. Sus manos se dirigen inmediatamente a la cintura de mis pantalones. Tira del cordón, soltando el lacito que hay atado allí. Prolonga el movimiento y yo me impaciento cada segundo que pasa.

Respiro hondo cuando se arrodilla frente a mí y tira de la tela suelta a la altura de mis caderas. Mis pantalones se deslizan por mis piernas y él se inclina hacia delante, apretando sus labios contra mi bajo vientre. Me los quita cuando llegan a mis pies. Dalton se levanta y se quita la camisa. No decimos ni una palabra mientras yo busco el botón de sus pantalones y lo abro. Le

bajo la cremallera; mis movimientos, impulsados por la lujuria y la impaciencia, son mucho más rápidos que los suyos. Suelta una risita ahogada cuando le bajo los pantalones por las piernas.

Cuando se los quita, me levanta y me coloca en el centro de la cama. Me besa con dulzura y baja los labios, recorriendo mi cuerpo con besos abrasadores hasta llegar al borde de mis bragas. Son de algodón blanco liso, no el satén y el encaje sexy que había llevado en nuestro viaje, pero él no parece darse cuenta ni le importa. Sólo quiere quitármelas y yo estoy de acuerdo.

Contengo la respiración cuando mete los dedos por debajo de los bordes y me la baja por las piernas. Por fin estoy desnuda para él y me muero de ganas de tener sus manos y su boca sobre mí, por no hablar de la longitud de acero que se abre paso por sus calzoncillos a varios centímetros de su cuerpo. Trago saliva, recordando lo que había sentido, lo llena que había estado cuando se enterró dentro de mí. ¿Sigue mi cuerpo acostumbrado a su tamaño después de semanas separados? Supongo que estamos a punto de averiguarlo.

Él se acomoda entre mis piernas y vuelve a besarme el bajo vientre, bajando por mi pelvis. Mis piernas se abren para él por instinto, como si no pudiera controlarlas. Su lengua caliente busca mi clítoris y mi espalda se arquea sobre la cama. Aquel rápido movimiento me provoca una oleada de placer. Sus grandes manos me sujetan las caderas y me inmovilizan. Su lengua gira y me retuerzo mientras me lleva al límite. Un grito de placer escapa de mis labios cuando el orgasmo se apodera de mí.

—Joder, echaba de menos ese sonido —murmura, subiendo de nuevo por mi cuerpo. Me besa larga y profundamente mientras mueve las caderas y yo me agito contra él. Mi cuerpo está excitado y sensible, cada terminación nerviosa arde de hambre.

Le necesito. Cada caricia, cada sonido que hace, cada palabra que me dirige hace que mi deseo se dispare. Levanto las piernas y le clavo los talones en las nalgas. Atrapo sus calzoncillos y empujo contra la tela. Mis manos se deslizan por la parte delantera de su cuerpo y agarran la cintura. Se da cuenta de lo que intento hacer y se levanta de mi cuerpo para ayudarme a quitarle los calzoncillos. Veo cómo se pone el condón y mi necesidad de él va en aumento.

Me levanto de la cama y me siento sobre las rodillas. Me agarra por el medio y me rodea la cintura con los brazos mientras sus labios encuentran los míos. Dejo que me bese, su gran mano me agarra por la nuca mientras desliza su lengua caliente sobre la mía. Sólo le permito el acceso unos segundos antes de apretarme contra su pecho. Cuando nos separamos, sus ojos buscan los míos para ver qué pasa. No encuentra más que pasión y un conmovedor anhelo de más de una década.

Empujo hacia delante hasta que no tiene más remedio que sentarse y me siento a horcajadas sobre sus caderas. Echa un brazo hacia atrás para sostener su peso y me rodea la espalda con el otro, con lo que nuestros cuerpos quedan uno al lado del otro.

—Suéltate el pelo —pide, con la voz ronca y los ojos entornados.

Hago lo que me ordena y tiro de la goma elástica de mi cabello, dejando que los pesados mechones caigan sobre mis hombros. Clava sus manos en él y acerca mi boca a la suya. Me levanto lo suficiente para que él esté en mi boca. Gime contra mis labios y siento el sonido desde la punta de mis pechos hasta el estrecho canal entre mis piernas que ya palpita de necesidad. Bajo sobre él lentamente, dejando que mi cuerpo se estire y se adapte centímetro a centímetro. Gemimos al unísono cuando está completamente dentro de mí. Abro los ojos y lo encuentro mirándome, con una mirada de pura adoración iluminando sus oscuros irises. Aquella mirada me hace palpitar el corazón y estremecer el vientre. Su mirada me revuelve las entrañas.

Necesitada de movimiento, flexiono las caderas y Dalton aspira con fuerza. Sus manos se

dirigen a mis caderas, sus dedos se clavan mientras me agarra con fuerza. Me echo hacia atrás, inclinando el cuerpo para que pueda tocar todos los puntos correctos. Sus dedos encuentran el tierno capullo justo encima de donde nuestros cuerpos se unen y lo rodean. La tensión se apodera de mi bajo vientre mientras el calor se acumula entre mis muslos. Después de semanas sin el contacto de Dalton, mi orgasmo es como un resorte comprimido durante demasiado tiempo. Una vez soltado, estalla violentamente, sacudiendo todo mi cuerpo.

Dalton me pone boca arriba y me penetra. Mi orgasmo empieza a menguar cuando otro ocupa su lugar. Mis músculos se contraen, lo agarran con fuerza y le arrancan el clímax mientras mi cuerpo se desahoga de nuevo. Se desploma sobre mí, respirando con dificultad y apenas sosteniendo todo su peso sobre mi cuerpo con los brazos.

Cuando sale de mí, siento la pérdida más profundamente de lo que puedo imaginar. Aquella conexión abrasadora y profunda se ha roto y yo quiero recuperarla. Se levanta y se dirige a la puerta, ofreciéndome una vista sin obstáculos de su trasero perfectamente esculpido. Desde la espalda hasta el culo, pasando por sus poderosos isquiotibiales, parece tallado en mármol. Está sólido como una roca, sus músculos perfectamente recortados y definidos. Abre la puerta y se asoma al pasillo. Cuando ve que no hay moros en la costa, sale y regresa un minuto después con el condón usado tirado.

Me estrecha entre sus brazos, me besa suavemente en los labios y luego en la frente.

—¿Cómo demonios he sobrevivido tanto tiempo sin eso? —me pregunta, acunándome contra su pecho.

—La pregunta es, ¿cómo *lo* hice? —Su pecho vibra de risa.

—Me alegro de que estemos de acuerdo.

Dalton baja las sábanas y nos deslizamos entre ellas. Junta nuestros cuerpos desnudos y me abraza. Mi mejilla se apoya en su pecho y mi brazo en su abdomen. Sus dedos me acarician suavemente la espalda y el brazo, haciendo que la piel se me vuelva a poner de gallina. Al cabo de unos minutos sus movimientos cesan y todo su cuerpo se tensa.

—¿Dónde están tus padres?

—En una cena.

Suelta un suspiro y sigue pasando sus dedos por mi piel.

—Espero que no hayan vuelto a casa en los últimos veinte minutos.

—Mejor dicho, diez —me burlo con una risita.

—¿Qué? —dice, incorporándose y fingiendo ofenderse—. Fueron al menos quince.

—Doce, como mucho —bromeo. Nos da la vuelta y se pone encima de mí.

—Catorce —replica, sujetándome los brazos por encima de la cabeza.

—Doce y medio. —La risa se me escapa al ver su mirada acalorada.

—Trece. —Sus ojos se dirigen a mi boca y mi lengua sale disparada para lamerme los labios.

—De acuerdo —acepto roncamente—. Como tú digas.

—¿Qué más me darás? —Acompaña la pregunta con un movimiento de caderas. Está caliente y duro, su cuerpo listo para el segundo asalto.

Me agacho y le doy una palmadita en respuesta. Gime y sus labios descienden hasta los míos.

—¿Crees que podrás llegar a los veinte minutos esta vez?

—¿Crees que puedes conmigo durante veinte minutos?

No estoy segura, pero sin duda estoy dispuesta a aceptar el reto.

Y me alegro de haber agarrado ese segundo condón.

Capítulo Veinticuatro

Dalton

Me despierto rodeado de piel caliente y con aroma a vainilla, no estoy solo. Me acurruco alrededor del suave cuerpo que yace a mi lado en la cama.

Taylor.

Lo de anoche fue intenso. Semanas de malentendidos, sentimientos heridos y frustración sexual culminaron en el mejor sexo de reconciliación que nadie haya tenido jamás. Vine aquí con la esperanza de que me dejara explicarle lo sucedido y, con suerte, me perdonara por haber sido tan idiota. No esperaba que después hubiera sexo explosivo y alucinante.

Ella gime y se estira antes de darse la vuelta para mirarme y murmurar—: Buenos días.

Su sonrisa es genuina y hermosa. Lo echaba de menos. Que se despertara a mi lado, iluminada por la luz del sol que entra por las ventanas resaltando sus pecas, es algo que había anhelado y lamentado perder.

—Buenos días —respondo y le doy un beso rápido en los labios—. Hay tres personas en esta casa que se cabrearían si supieran que me quedé a dormir.

Aiden y sus padres no pueden saber que dormí aquí anoche. No quería quedarme dormido, pero me sentí tan bien teniéndola de nuevo en mis brazos y estaba tan cansado. Estaba agotado de tratar de luchar contra mis sentimientos por ella y los persistentes avances de Gianna.

Gianna.

Tendré que enfrentarme a ella. La confrontación es inevitable. Y tiene que ocurrir hoy.

Agarro el celular y miro la hora. Son casi las ocho, y sé que la señora Wesley se levantará pronto para preparar el café y luego el desayuno.

—Será mejor que me escabulla antes de que todos los demás en la casa se levanta.

—Date prisa.

Aunque Aiden me había dado permiso para venir e intentar recuperar a su hermana, estoy seguro de que no le gustará que pase la noche en su cama. Salgo de la cama de mala gana y me pongo la misma ropa que me había puesto la noche anterior. Ella se pone boca abajo y se apoya en los codos para verme vestirme. Estoy medio tentado de volver con ella, pero necesito salir de aquí.

La beso por última vez y me arrastro en silencio hasta la puerta y salgo al pasillo. Tengo las escaleras al alcance de la mano cuando escucho un chirrido. Suponiendo que es Taylor, que quiere otro beso de despedida, me giro y se me dibuja una sonrisa en los labios. Se me borra cuando veo quién está de pie justo delante de su puerta.

—Veo que se han reconciliado —dice Aiden sin gracia.

Mierda. ¿Por qué está levantado tan temprano un domingo?

—Sí —es todo lo que puedo decir. Agacho la cabeza. Esto podría ser peor que ser atrapado por su padre. Aiden lo sabe todo. Sabe los detalles de lo que pasó entre Taylor y yo y no sé si

alguna vez me lo perdonará.

—Lo que dije anoche va en serio. No vuelvas a hacerle daño.

—No lo haré. Ella es todo para mí.

Su cuerpo se relaja visiblemente.

—Ya era hora, joder —declara—. Llevo años viéndoos dar vueltas el uno alrededor del otro. Me estaba mareando.

¿Qué demonios…?

—Tú fuiste quien me prohibió salir con ella.

—Sí, cuando teníamos como diecisiete años.

Yo estoy incrédulo.

—Amigo, todo este tiempo pensé que estaba prohibida. Nunca dijiste que se había levantado la prohibición.

—Ella es una adulta, idiota. No tengo nada que decir sobre con quién sale. Simplemente no quería que tu culo de adolescente cachondo se metiera con ella entonces. Hubiera sido tío antes de ir a la universidad si no te hubiera advertido de ella.

—Mierda. —Me paso los dedos por el cabello, frustrado por haberme pasado todo este tiempo pensando que pondría en peligro nuestra amistad si perseguía a su hermana.

—Supongo que podría haberte dicho todo esto antes —concede—. Supuse que la habías olvidado cuando pediste la mano de Gianna. Nunca se me ocurrió que ustedes dos todavía estuvieran tan colgados el uno del otro.

—¿Así que siempre lo supiste y no dijiste nada? —él se encoje de hombros. Nunca había tenido tantas ganas de darle un puñetazo en la cara a mi mejor amigo como en ese momento—. Imbécil.

—Lo siento, amigo. Si hubiera sabido que ella terminaría saliendo con una serie de perdedores, los habría juntado hace mucho tiempo. En cuanto a cualquier hombre que sea lo suficientemente bueno para ella, tú eres el más cercano.

—Quieres decir que soy el único, ¿verdad?

—No, amigo. Ni siquiera *tú* eres lo suficientemente bueno para ella. Nadie lo es.

Supongo que puedo entenderlo. No tengo hermanos, al menos que yo sepa, pero me imagino que, de tenerlos, sería igual de protector con ellos.

Nos despedimos y salgo de allí con la tranquilidad de que nuestra amistad sobrevivirá a esto. Tardaremos un poco en volver a la normalidad, pero acabará ocurriendo. Lo mejor es que ya no tengo que ocultar mi atracción por Taylor. Somos libres de buscar una relación sin interferencias ni andar a escondidas a espaldas de su hermano.

El último obstáculo está situado en un apartamento de lujo al otro lado de la ciudad, conspirando para alejar a un niño nonato de su padre en beneficio propio. Debería darle la oportunidad de confesar. Sentarla y pedirle la verdad. Sería difícil seguir siendo civilizado a la luz de su engaño. Lo que ella está haciendo va mucho más allá de lo que haría un ser humano decente y razonable. No es la primera vez que me pregunto cómo había podido quererla tanto. Aún le queda mucho por madurar, pero la inmadurez no es excusa para el infierno que me había hecho pasar en los dos últimos meses. Y ciertamente no es razón suficiente para engañar no a uno, sino a dos hombres con respecto a la paternidad de un hijo. Esta vez ha ido demasiado lejos, y esta indiscreción no tiene perdón.

Le envío un mensaje rápido antes de salir a la calle para ir a casa, pidiéndole que venga sobre el mediodía. Es mejor acabar con esto cuanto antes. Pienso en citarla en algún lugar público,

como ella había hecho cuando puso fin a nuestro compromiso, pero temo que eso se gire en mi contra. En lugar de mantener la compostura porque hay gente alrededor, como había hecho yo, me preocupa que haga lo contrario. Esto va a ser feo, así que tendremos que hacerlo en privado.

Me contesta inmediatamente diciendo que estará allí. Le pido a Aiden que me envíe la grabación por si intenta negarlo todo. El archivo llega justo cuando entro en mi casa.

Aunque quiero que el aroma de Taylor me acompañe todo el día, necesito una ducha. Cierro los ojos mientras el agua caliente me salpica la espalda y los hombros. Los recuerdos del tiempo que pasé con Taylor me invaden. Ella en la ducha conmigo, nosotros en la playa fingiendo que no queremos arrancarnos la ropa el uno al otro, aquella primera noche en la bañera cuando pensé que me quemaría si no le hacía el amor. Ella era todo lo que nunca me había permitido soñar. Cierro el grifo y me seco con una toalla antes de seguir pensando en ella.

Mientras me sirvo una taza de café, reflexiono sobre cómo abordaré a Gianna. Si la ataco a tiros, se asustará y se cerrará en banda. Tiene que mantener la calma y aceptar que yo ya no formaría parte de su vida. Pienso en llamar a sus padres para que intervengan si se descontrola demasiado, pero quiero darle la oportunidad de hacer lo correcto y sincerarse con ellos también.

La puerta de mi casa se abre a las once y media y me estremezco. Tengo que conseguir que me devuelva la llave de la casa de alguna manera, o cambiar las cerraduras. Esto va a ser un asco.

—Hola, D. He traído la comida —me llama desde el vestíbulo. Me reúno con ella en la cocina mientras deja la bolsa sobre la encimera. Hago una mueca de dolor al darme cuenta de que piensa que es una especie de cita o una reunión feliz. Se llevará una gran decepción cuando descubra el verdadero propósito de nuestro encuentro. Extiende la mano para abrazarme y plantarme en la mejilla su característico beso. La agarro por los brazos y la mantengo a raya.

—Tenemos que hablar. —Su sonrisa se desvanece y, por primera vez en semanas, parece nerviosa. Incluso cuando habíamos hablado antes y le había dicho que no íbamos a volver a ser pareja, se había mostrado confiada, pero ahora puede intuir que algo importante está a punto de ocurrir y su bravuconería se desvanece. La conduzco al salón y le indico que se siente en el sofá mientras yo ocupo el sillón contiguo.

—Gianna —empiezo, pero no tengo ni puta idea de qué decir. Había repasado cientos de conversaciones en mi cabeza, pero aún no me había decidido por ninguna cuando ella llegó, treinta minutos antes—. Necesito que seas sincera conmigo.

Empecemos con eso, establezcamos la sospecha.

—Por supuesto —promete, pero sus manos se retuercen en el regazo, lo que indica que ya la he desconcertado. Las aprieta y se las coloca sobre la rodilla cuando se da cuenta de que la miro.

—El bebé. —Le sostengo la mirada. Quiero que me mire a los ojos. Quiero que diga la verdad y confiese por sí misma—. ¿Quién es el padre?

Sus ojos se desvían rápidamente hacia un lado y luego vuelven a posarse en mí.

—No lo entiendo.

—Dime la verdad. —Mi actitud tranquila y mi tono uniforme contradicen la agitación que bulle bajo la superficie—. ¿Quién es el padre del bebé?

Ella abre la boca para hablar, pero vuelve a cerrarla. Quiere mentir, mantener la treta para su propio beneficio egoísta, pero tiene que confesarlo. Una vez que deja caer su máscara, es obvio que la culpa la está carcomiendo. Lleva semanas fingiendo. Fingiendo que sigue enamorada de mí, fingiendo que casi había olvidado a Antonio, fingiendo que espera un hijo mío en vez de suyo. Le tiemblan los labios mientras se le llenan los ojos de lágrimas.

—Dalton —suplica.

Gianna no quiere que la haga confesar, pero necesito oírlo de ella. Quiero estar seguro. Independientemente de lo que me diga en los próximos momentos, voy a estar con Taylor. Si, por casualidad, el niño resultara ser mío, haría honor a mi responsabilidad y colmaría a mi hijo con el amor y el afecto que mi padre nunca me mostró. Estaría ahí para Gianna, pero no como amante. Pero mi instinto me dice que no es así.

—Dímelo. —Mi orden es suave, pero no deja lugar a discusiones.

—¡Esto no tenía que haber pasado! —dice, rompiendo a sollozar.

—Me mentiste.

—Nunca quise hacerte daño.

—¡Intentaste engañarme para que me responsabilizara del hijo de otro hombre!

Ella llora con más fuerza.

—Lo estaba perdiendo todo. No tenía elección. —Levanta la voz, desesperada—. Claro que tenías elección —espeto, poniéndome en pie rápidamente. Mi pecho se hincha de rabia apenas contenida—. Podrías haber madurado y haberte responsabilizado de ti misma, por una vez en tu vida. Tienes un título e innumerables contactos. Podrías conseguir fácilmente un trabajo y mantenerte. Tenías un novio al que obviamente querías. Es decir… —Suelto una carcajada sin gracia, pasándome las manos por el cabello—. Cancelaste nuestra boda por él, así que debe de ser muy importante para ti. Debería ser él quien te ayudara con todo esto.

Ella se burla, cruzando los brazos sobre el pecho desafiante.

—Antonio no tiene un trabajo *de verdad*. Ni siquiera puede vender lo suficiente de sus cuadros para poner comida en la mesa.

Así que ella *era* su *Sugar Mamma*.

—Eso no es una excusa. Lo que hiciste fue imperdonable. Demonios, todo lo que has hecho en los últimos meses ha sido imperdonable. ¿Alguna vez me amaste de verdad?

—Sí —ella responde con un grito estrangulado—. Todavía te amo. Sólo que ya no estoy enamorada de ti. Y creo que tú sientes lo mismo.

—Te acostabas con otro *mientras estábamos comprometidos*, y cancelaste nuestra boda por su culpa. *Luego me* mentiste diciendo que estás embarazada de mi hijo. ¿Puedes culparme por no estar más enamorada de ti?

—Sucedió antes de eso.

—¿Qué? pregunto, sorprendido. *¿Cómo puede decir eso?*

—Las cosas cambiaron entre nosotros en el último año. Cuanto más nos acercábamos a la boda, más evidente se hacía que no estábamos hechos el uno para el otro.

—Como dije esa noche, podrías habérmelo dicho antes.

—Seguía pensando que eran sólo los nervios previos a la boda. Para los dos. Hasta que no conocí a Antonio no me di cuenta de lo que faltaba en nuestra relación.

Eso me duele. Aunque nunca quise que volviera y estoy dispuesto a entregarle mi corazón a Taylor, me duele oír esas palabras salir de su boca. Pero necesito oírlas.

—Tienes que decirles a todos la verdad. ¿Lo saben tus padres?

—No —ella responde. Sus hombros se hunden y su cabeza cuelga vergonzosamente—. Van a volverse locos.

—¿Quieres que vengan aquí? ¿Acabar con esto ahora? —Sus ojos se clavan en los míos y se abren de miedo. Me reprendo mentalmente. ¿Por qué me ofrecí a hacer eso?

—Creo que será mejor que se lo diga primero a Antonio. Se merece oír la verdad antes que

nadie.

—Tienes razón —acepto—. Él debe saberlo.

—Siento mucho todo lo que te he hecho. —Las lágrimas vuelven a brotar de las comisuras de sus ojos—. Me entró el pánico. No sabía cómo iba a vivir sin el apoyo de mis padres. Fue la única solución que se me ocurrió en ese momento. Tú estabas fuera de la ciudad, mis padres no me hablaban, Antonio pasaba horas en su estudio y yo vomitaba todas las mañanas.

De algún modo, consigue que sienta compasión por ella. No me cabe duda de que está asustada, y la gente suele tomar decisiones irracionales y a veces devastadoras por miedo. Por eso, no puedo odiarla. No la quiero, y desde luego no me gusta en ese momento, pero no la odio.

—No voy a decirte que está bien porque no lo está, pero acepto tus disculpas. —El perdón vendrá después. Su traición está demasiado fresca ahora y necesito algo de distancia.

Me devuelve la llave de casa sin rechistar y la mando a paseo con el almuerzo que había traído, animándola a reunirse con Antonio. Tan enfadado como yo estoy con ella, él estará aún más furioso. Al menos, debería estarlo.

No puedo creer lo fácil que fue. Esperaba que lo negara todo, obligándome a presentar la grabación. Ni siquiera me preguntó cómo lo supe. Al menos no tengo que delatar a su amiga. Si lo hubiera hecho, esa chica lamentaría el día en que se cruzó con Gianna Venetti.

Una vez solucionado el lío, me dejo caer en el sofá, levanto los pies y enciendo la televisión. Hace semanas que no puedo relajarme de verdad, y ya es hora de ponerme al día con Sports Center.

~~~

A las ocho de la noche, suena mi teléfono y en la pantalla aparece una foto mía con Taylor durante aquel crucero al atardecer. Como había prometido, me llamaría en cuanto terminara su turno. Aún no le he contado lo de la reunión con Gianna. No es una conversación que quiero tener por mensaje.

—Hola —la saludo.

—Hola, guapo —responde ella.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien —responde un poco sin aliento—. Estuve ocupada todo el día. Acabo de salir.

—¿Estás cansada?

—La verdad es que no. Dormí muy bien anoche. —Suelta una risita mientras una sonrisa de respuesta se forma en mis labios.

—¿Quieres venir a ver una película conmigo?

—Claro. Puedo estar allí en veinte.

Es ahora o nunca.

—Estaba pensando que tal vez podrías correr a casa antes de venir hacia aquí y hacer una maleta para quedarte a dormir.

Ella se queda callada un instante y casi me retracto. Sé que ya hemos pasado varias noches juntos, pero esto es diferente. Aparte de Gianna, nunca he permitido a otra mujer entrar en mi espacio. Es un gran paso invitarla a quedarse. Me hace sudar la gota gorda, esperando su respuesta.

—Creo que podría hacerlo —ella dice finalmente, con una sonrisa audible en su voz.

Menos de una hora después, ella está acurrucada a mi lado con mi brazo rodeándole los
~~~

hombros.

—¿Qué quieres ver? —le pregunto, desplazándose a través de nuestras opciones.

—Cualquier cosa con Tom Hardy.

—Tom Hardy, ¿eh? ¿Ese es el que te pone a cien? —bromeo.

Ella se muerde el labio y sacude la cabeza, sus ojos brillando con picardía.

—¿No? ¿Y a quién pertenecería ese honor?

Ella se gira, apoya una rodilla junto a mi cadera y balancea la otra pierna sobre mi regazo. Sus manos se acercan a mi cara y me mira a los ojos. Mis manos se posan en sus caderas mientras espero su respuesta, sospechando que ya sé cuál será.

—Tú —dice ella, un instante antes de que sus labios desciendan sobre los míos. Su beso empieza lento y dulce, pero cuando abro la boca para profundizarlo, el calor aumenta considerablemente. Mis manos se deslizan por debajo de su camiseta y recorren su espalda, deleitándome con el tacto de su piel sedosa. Es suave y cálida, y huele de maravilla.

Gira las caderas y gimo. La fricción es suficiente para avivar mi deseo sin aliviarme. Necesito quitarle los pantalones cortos y sentir ese centro caliente y húmedo contra mi piel. Me pongo de pie, acunándola contra mí, con su peso apoyado en mis manos, que ahueca bajo su culo.

La llevo por el pasillo hasta mi habitación, sin soltarla hasta que estamos en mi cama. Me pasa las manos por los hombros y los brazos, explorando cada músculo, con las suaves yemas de los dedos deslizándose casi reverentemente sobre mi piel. La tumbo sobre la cama y me levanto para quitarme la camisa. Sus ojos color avellana están bordeados por un anillo de oro que parece arder como un infierno.

Pasa las manos por la parte exterior de cada muslo, observando su rostro y memorizando sus reacciones. Me encanta ver cómo la afecta mi tacto. Cuando mis dedos encuentran el borde de sus pantalones cortos, sus labios se separan en un jadeo silencioso y sus ojos se abren ligeramente. Levanta el culo y me permite quitárselos. Quiero ir despacio. Quiero provocarla, que se sienta satisfecha, pero no puedo esperar más. Le bajo los pantalones cortos por las piernas y voy por su tanga rosa. Se quitala camiseta apresuradamente, con la misma impaciencia que yo.

Chocamos, piel contra piel, nuestras lenguas se zambullen en la boca del otro en busca de sabor. Ambos estamos necesitados y frenéticos, cada movimiento alimentado por la lujuria y algo un poco más profundo. Yo estoy cayendo. Ella también, si estoy interpretando bien la situación. Somos dos barcos perdidos en el mar, golpeados y magullados por quienes habíamos amado antes. Nos habíamos encontrado en medio de una tormenta y por fin navegamos hacia aguas más tranquilas.

Mi pecho se llena de esperanza y mi corazón palpita de emoción. Tal vez es demasiado pronto para involucrarme con otra persona, pero una cosa es segura. Nadie, ni siquiera Gianna, me había hecho sentir como Taylor. Tardé esos seis días y seis noches en darme cuenta de lo que me había estado perdiendo.

Epílogo

Taylor - Dos años después…

No veo la hora de volver a ese lugar. Ahí fue donde empezó todo. El momento en que pisamos esta isla selló nuestro destino. No había forma de escapar a nuestra atracción, a la química explosiva que mantenía nuestros cuerpos en alerta máxima cada vez que el otro estaba cerca. Luchamos contra ello durante años, pero aquellos últimos días en los que intentamos negar lo que sentíamos fueron los más duros. Cuando por fin cedimos, juro que oímos cantar a los ángeles. Fue así de eufórico.

Nuestra villa era maravillosa, pero nada comparado con el bungalow sobre el agua que Dalton nos consiguió esta vez. Es realmente mágico. Podemos salir de nuestra habitación y meternos en el agua en sólo un puñado de pasos. Unas cuantas escaleras es todo lo que nos separa del azul claro del mar Caribe. Hay una enorme sección del suelo de nuestra habitación hecha de cristal para que podamos ver el mar sin tener que salir. La bañera de nuestra terraza es más lujosa que la que teníamos antes, y hay una piscina infinita. Esta vez había ido por todas.

Una pequeña parte de mí se alegra de que nos hubiera reservado un sitio mejor que el que había reservado para él y Gianna cuando se suponía que era su luna de miel. Rara vez pensaba en su ex prometida últimamente, y ya no me siento insegura por no estar a su altura, pero sigue siendo satisfactorio saber que, hace más por impresionarme. Sobre todo, porque yo soy mucho más fácil de impresionar de lo que ella lo había sido nunca.

Cuando empezamos a salir oficialmente, Dalton solía comentar lo poco exigente que era yo. Siempre le sorprendía que optara por una velada tranquila en casa con él, una botella de vino barato y una película, en lugar de una cena elegante y cócteles en los lujosos clubes del centro. Se sorprendía cuando quería ir a Target a por unos vaqueros nuevos en vez de a Saks, y le encantaba cuando iba a la tienda de bricolaje con él en leggins y sin maquillaje.

Él está contento. Más que eso, está feliz. Está lo más relajado que le he visto en más de cinco años. Es una sensación maravillosa saber que yo tengo algo que ver con eso. Nuestro amor no requiere esfuerzo. Eso no quiere decir que no tengamos desacuerdos de vez en cuando, pero rara vez se trataba de algo importante. Aun así, siempre aprovechábamos la oportunidad para tener sexo ardiente y semi enfadado. Aquella noche en la habitación de casa de mis padres fue sólo el principio. Cuando me fui a vivir con él cuatro meses después, me peleé con él por dejar la tapa del baño levantada para avivar el fuego.

Sólo tardó unas semanas en darse cuenta antes de empezar a hacérmelo a mí. ¿Maquillaje olvidado en la encimera del baño? Me encontraba sentada en el sofá con los libros de texto extendidos sobre el regazo y empezaba a darme la lata. Yo me enfadaba e intentaba apartarle, y él me ponía boca arriba con los brazos por encima de la cabeza en cuestión de segundos, castigándome con sus embestidas. Me hacía esperar hasta el orgasmo, prolongando el placer hasta que estaba a punto de llorar. Me moría de ganas *de* pelearme con él. Las consecuencias

serían muy satisfactorias.

La única pelea seria que tuvimos fue el día en que me confesó su papel a la hora de librarme de la escuela por la aventura con mi profesor. Le había contado a Travis, amigo suyo y de mi hermano, lo que había pasado con Jason y, más tarde, la reunión que yo había tenido con el decano y su compinche. Dalton y Travis decidieron hacerles una visita, concertando una reunión con los dos bajo pretextos. Travis estaba esperando los resultados del examen del colegio de abogados en aquel momento, pero se presentó allí con la chulería de un abogado experimentado. Juntos ilustraron a los sinvergüenzas sobre la monumental metedura de pata que ambos habían cometido y amenazaron con emprender acciones legales si interferían de algún modo en la finalización de mis estudios. Mi cuenta se descongeló y poco después pude matricularme en todas las clases, algo que me había preguntado pero que estaba demasiado emocionada para cuestionar en ese momento.

Estaba furiosa porque se había entrometido en mis asuntos con la universidad. Peor aún, involucró a Travis, revelando así mi sucio secretito a otro amigo de mi hermano. Estuvimos dos días enteros sin hablar, mientras yo lloraba en casa de mis padres. Cuando por fin cedí y respondí a su llamada, me explicó por qué lo había hecho. Temía que siguieran escondiendo bajo la alfombra las indiscreciones de los profesores titulares e intimidaran a los estudiantes para que se callaran. Dalton indagó en el pasado del decano Crawford y descubrió que fue el mentor de Jason cuando empezó a enseñar en la universidad. Al parecer, le enseñó algo más que cómo enseñar en la universidad. Hubo rumores de que tuvo aventuras con estudiantes en aquellos días, pero nunca hubo pruebas ni nadie dispuesto a dar la cara. Jason continuó su legado cuando Crawford ascendió a decano. Nunca supe cómo consiguió ese puesto.

Dalton me dijo que les temblaban las piernas cuando él y Travis se marcharon y me prometió que podría matricularme en las clases lo antes posible. También me aseguró que sólo le había contado a Travis lo mínimo sobre mis indiscreciones para asegurarse su ayuda y consejo. Sin embargo, Travis no era estúpido. No le habría costado mucho averiguar el resto. Aun así, una vez que me calmé y fui capaz de comprender plenamente la motivación de Dalton para interferir, fui capaz de ver que me había salvado de un año de mirar por encima del hombro, esperando a que cayera el otro zapato. Ya no me chantajeaban para que guardara silencio sobre un profesor sinvergüenza que manipulaba a jóvenes estudiantes para que tuvieran aventuras con él, y eso era increíblemente liberador. Lo hizo porque me quería y sabía que sería un caso perdido todo el año si tuviera ese peso extra sobre mis hombros.

Por suerte, nunca volví a saber nada de Jason ni del decano. Me enteré por un compañero que había tomado algunas de las clases de Jason junto conmigo que Melody lo dejó poco después de que naciera el bebé. Bien por ella, por los dos.

~~~

Nuestros primeros días de vuelta en la isla son muy parecidos a los últimos días de nuestro anterior viaje. Tomamos el sol y nos besamos en el agua. Sus manos me tocan el culo y me aplasta la pelvis con su erección, y acabamos en la cama al mediodía, hechos un lío de miembros enredados y piel salada. Por la noche, cenamos y paseamos por la playa, disfrutando del entretenimiento y las fiestas nocturnas. Aprovechamos la piscina infinita y la bañera de la terraza. Espero que nuestros vecinos del bungalow no vean ni escuchen nuestras actividades nocturnas, pero al final no me importa.
~~~

El cuarto día, saco el famoso bikini rojo con el que perdió la cabeza la última vez para provocarle. Se puso gruñón y posesivo, como yo esperaba. Tuvimos un poco de intimidad ahí fuera, pero eso no importaba. Ese bikini incitó su lujuria y encendió sus celos. Disfruté los tres minutos que pude ponérmelo, pero aún más cuando me lo quitó.

Esa noche tenemos reserva para cenar temprano, así que salimos de nuestro trocito de paraíso privado cuando el sol aún está alto en el cielo. Nos damos un festín de patas de cangrejo y cola de langosta partida, y lo pasamos todo con generosas cantidades de sangría. Cuando salimos del restaurante, el sol se está ocultando en el cielo, tiñendo las nubes de un intenso resplandor naranja y morado. Caminamos por la playa a paso tranquilo y pasamos por delante de un pequeño bar que nos resulta familiar, situado junto a la arena. Es el lugar donde Dalton me había apartado de Nico para reclamarme como suya. Me rio al recordarlo, tan contenta de que finalmente cediera y me confesara lo que sentía por mí.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Dalton, tirando de mi mano. Me acerca más y me rodea con el brazo mientras caminamos.

—¿Recuerdas ese lugar? —Señalo la playa.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —Su mandíbula hace un tictac de fastidio y se me acelera el pulso.

Tal vez debería empujar al oso un poco más. Podría hacer nuestra noche un poco más divertida.

—Estaba tan enfadada contigo por abalanzarte y arruinarme la noche. —Su boca se aplana en una línea dura y me rio entre dientes—. No te pongas así. Me alegré después, cuando supe por qué entraste tan melancólico.

—*No* estaba melancólico —él afirma a la defensiva, pero la comisura de sus labios se tuerce.

—Estabas *totalmente* melancólico. Pensé que ibas a retar a Nico a un duelo. —Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. El sonido, profundo y rico, me hace vibrar el pecho y se instala en mi estómago. No sabía que una risa pudiera ser tan sexy.

—Oye, si no te hubieras escapado esa noche y me hubieras hecho perseguirte, no habría sentido la necesidad de ponerme melancólico. Estaba cabreado —admite.

—Me di cuenta. —Los dos nos reímos. En retrospectiva, fue gracioso. Le había fastidiado a propósito sólo para cabrearle. Tuvo el inesperado y fabuloso efecto secundario de que se pusiera en plan cavernícola, me llevara a nuestra villa y me hiciera el amor. Y por eso, no me arrepiento lo más mínimo.

Se detiene y me gira para mirarle. Me acerca y me besa suavemente en los labios. Le rodeo el cuello con los brazos y alzo la mirada hacia él. Sus ojos son de un cálido marrón chocolate en cualquier otro momento, pero esta noche han adquirido un tono más parecido al whisky al reflejarse en ellos el brillo dorado del atardecer.

—¿Recuerdas este lugar de aquí? ¿Dónde estamos ahora?

Miro a mi alrededor, intentando recordar el significado, pero aquella noche fue un torbellino, el paisaje pasaba borroso.

—Este es el lugar donde todo cambió —dice cuando no respondo de inmediato—. Es donde nos dimos nuestro último primer beso.

—¿Nuestro último primer beso? —pregunto, perpleja. Eso no tiene ningún sentido.

—Técnicamente nuestro primer beso fue hace diez años, pero pasó tanto tiempo antes del siguiente que fue como volver a darnos nuestro primer beso. —Su dulce declaración me hace sonreír. Aquel primer beso en su viejo Tahoe fue un desastre. Empezó perfecto, pero luego me apartó y me rompió el corazón en mil pedazos. La siguiente vez fue mucho mejor, y lo que yo

quiero recordar como ese hito tan especial.

—Aquí fue donde empezó nuestra historia de amor —anuncia, con los ojos tiernos de afecto y una sonrisa eufórica que se dibuja en sus hermosos labios. Me agarra las manos y me frota los nudillos con los dedos—. Y espero que también sea donde empiece nuestra *eternidad.* —Me suelta la mano derecha, se arrodilla y se mete la mano en el bolsillo.

Me llevo la mano a la boca, cubriendo un grito ahogado. *¿Está a punto de…?*

—Taylor Marie Wesley, pasé demasiados años tratando de evitar amarte. Desperdicié tanto tiempo… tiempo en el que podríamos haber sido felices juntos. No desperdiciaré más. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa? —Me suelta la mano y abre una caja de terciopelo negro. Ni siquiera miro el anillo. Caigo de rodillas frente a él y atraigo su rostro hacia el mío, plantando mis labios sobre los suyos.

—¡Sí! —grito entre besos—. Sí —repito, esperando que no sea un sueño. Si lo es, no quiero despertarme nunca.

Nos besamos durante lo que me parece una eternidad antes de separarme por fin, con los ojos húmedos de lágrimas de felicidad.

—¿Quieres ver el anillo?

—¡Oh, el anillo! —Estoy tan feliz con la perspectiva de convertirme en su esposa, que me olvidé del anillo—. Sí, dámelo. —Su risa llena el aire una vez más y mi cara se calienta. No pretendo ser tan brusca y exigente, pero lo deseo más de lo que jamás había deseado nada material en mi vida. Se me corta la respiración cuando por fin apunta la caja abierta en mi dirección.

—Dalton —respiro, mis ojos parpadeando hacia los suyos. Es perfecto. Un anillo de diamantes con halo vintage y una banda de oro rosa. Yo misma no podría haber diseñado un anillo más apropiado. Lo saca del cojín de terciopelo negro y me agarra la mano izquierda.

—Estoy deseando pasarme el resto de mi vida peleándome contigo para que podamos tener un increíble sexo de reconciliación. —Una risita brota de mis labios mientras él desliza la fría sortija en mi dedo anular.

—Empecemos ahora mismo —le ofrezco. Me envuelve en sus brazos y nuestros labios se encuentran con la misma intensidad eléctrica que la primera vez que nos besamos en esta playa. El cielo se oscurece mientras corremos hacia nuestro bungalow, donde me hace el amor por primera vez como futura señora de Dalton James. Nos olvidamos por completo de la pelea, pero sí que recordamos cómo hacer las paces.

Fin

Muchas gracias por leer Seis Noches en El Paraíso. Espero que hayas disfrutado de la historia de Taylor y Dalton. Si es así, me encantaría que consideraras leer más de mis títulos.

Para obtener una lista completa de los libros de Ashley Cade, visita
https://www.authorashleycade.com/books.

Agradecimientos

Hay tanta gente a la que quiero dar las gracias, pero intentaré ser breve. En primer lugar, quiero darte las gracias a ti, lector, por darle una oportunidad a Seis noches en el paraíso. Significa mucho para mí.

A mi marido, gracias por escuchar mis divagaciones sobre estos personajes y por entretener a nuestros hijos para que yo pueda escaparme y dedicarles unas palabras incluso cuando nuestras vidas están más que agitadas.

A mi equipo alfa/beta, Bobbie-Jo, Tricia, Jennifer, Brittany, Amanda, Katelyn y Tiffany, gracias por su apoyo incondicional y sus comentarios que me han ayudado a perfeccionar esta historia.

A mi editora, Stacy, ¡haces milagros! Gracias por una vez más hacer magia con mi manuscrito y pulir mis palabras. Siempre se ven mucho mejor después de que tú has conseguido tenerlos en tus manos.

A mi diseñadora de portadas, ¡gracias por crear esta preciosa portada para mí! Tu talento nunca deja de sorprenderme.

¡Gracias, Tiffany por todo lo que haces! No podría pedir una mejor asistente personal. Gracias también por corregir este libro con tan poco tiempo de antelación y por tolerar mi forma de hacer las cosas a la ligera.

Gracias al equipo de Daisy Services por proporcionar esta traducción al español para ayudar a que mis historias lleguen a nuevos lectores.

Por último, pero no por ello menos importante, doy gracias a Dios por todas las bendiciones de mi vida.



Sobre la autora

Ashley es una de las autoras más vendidas del *USA Today* a quien le gusta escribir romances emotivos con toques de humor y mucho picante. Sus héroes dignos de desmayarse derretirán tus Kindles (junto con tu ropa interior). Reside en Ohio con su marido y sus dos hijos, donde escribe apasionantes historias de amor sobre personas imperfectas que encuentran su felices para siempre.

Sigue a Ashley

Boletín
Facebook
Instagram
TikTok
Goodreads
Bookbub
Pinterest
Página web